ojos sean capaces de ver, y luego oirás cuanto tus oídos son capaces de oir». (X, 39-56).

Suponemos que, leído esto, nuestros lectores habrán hallado justificadas las insinuaciones del artículo VIII, al hablar del *cuarto período*. Fáltanos añadir el complemento de todas estas visiones.

XII

Prevalece el hombre del mar. Desengaño de sus enemigos.

A la visión de la mujer y la ciudad sigue la visión del águila monárquica española, que ya conocen nuestros lectores, y á esta la visión del hombre salido del mar en figura de viento, hombre valeroso y combatido, que debe dar el triunfo á Sión reformando el águila. He aquí algunas particularidades de este hombre:

«Y ví, y he aquí que se esculpió *para sí mismo* un monte grande, y voló á la cumbre. Yo traté de ver la región ó el lugar donde estaba esculpido el monte, y *no pude*. Y después ví, y he aquí que todos los que se congregaron para combatirle, *temían mucho, y sin embargo osaban pugnar*.

»Y cuando él vió el ímpetu de aquella multitud que venía, no levantó su mano ni empuñó la espada ni otra arma belicosa, sino que hizo sólo lo que ví, esto es, despedir de su boca como un soplo de fuego, y de sus labios espíritu de llama, y de su lengua arrojaba centellas y tempestades; y reuniéndose *en un todo* este soplo de fuego y espíritu de llama y poder de la tempestad, cayó impetuosamente sobre la multitud preparada á la lucha y los abrasó á todos, de suerte que al punto ya no se veía nada de aquella muchedumbre, á no ser polvo y olor de humo; yo lo ví, y temí.

»Y después de esto vi al mismo hombre bajando del monte y llamando á sí otra multitud pacífica; y acercábanse á él muchos hombres, unos con el rostro alegre y otros entristecido; unos á la fuerza y otros conduciendo algunos de los que se ofrecían. Yo me puse enfermo de pavor». (XIII, 6-13).

No comentaremos; quédese esto para su debido lugar; pero tendremos que poner algunas notas á la

explicación que de estas visiones da el ángel al Profeta, después de indicarle lo que está pasando en estos tiempos, según vimos en el art. X.

«Entonces, le dice, será reconocido mi hijo, á quien viste como un varón subiendo del mar. Y cuando todos sigan su voz, dejará cada uno la guerra que hace contra otro en su región y se formará una multitud innumerable, como queriendo venir á combatirle; pero él permanecerá firme en la cumbre del monte Sión.

»Sión vendrá y se mostrará á todos presta y edificada, así como viste esculpirse sin manos un monte. Mi mismo hijo argüirá lo que han excogitado las gentes, esas sus impiedades que se acercaron á la tempestad por los malos pensamientos de ellos y los tormentos con que empezarán é ser atormentados, que son semejantes á la llama, y los perderá sin trabajo *por la ley* que es semejante al fuego.

»Y en cuanto á que le viste recogiendo hacia sí otra multitud pacífica, son las diez tribus (1) que fueron llevadas cautivas de su tierra en los días del rey Oseas (2), á quien se llevó cautivo Salmanasar (3) rey de los asirios (4), y los trasladó detrás del río (Eufrates) á otra tierra; mas ellos diéronse el consejo de dejar la muchedumbre de los gentiles y pasar á una región ulterior, donde nunca habitó el género

---

(1) Desde aquí debe entenderse en sentido tropológico alusivo toda esta narración: á los israelitas no puede aplicarse en ningún concepto el conjunto. Alude al presente estado de la Iglesia, y en particular á la de España.

(2) Oseas quiere decir *salvador* ó *salud;* pero Oseas fué mal rey, y Dios le castigó entregándole con su pueblo á Salmanasar. En cuanto rey, tenía obligación de ser lo que indicaba su nombre: el *salvador* ó la *salud* del pueblo, y fué todo lo contrario. No se olvide esta particularidad.

(3) Salmanasar significa *paz quitada*, *paz encadenada*, etc.

(4) La palabra *asirios* viene de Asur, hijo de Sem, de quien descendían, y significa *dichosos*, *felices*, *bienhadados*, etc., ora sea propiamente, ora por perífrasis ó catacresis. Uniendo los significados de los nombres Oseas, Salmanasar y asirios, es como si el texto dijera: «En los días del rey que se esperaba fuese el salvador del pueblo, á quien Salmanasar cautivó dando á Israel la paz de los cautivos, paz entre cadenas, en el reino de los que prometían felicidad, ventura, dulce libertad á los pueblos». Conviene esto á la raza latina, cuyos reyes Borbones fueron destronados por los Salmanares de los asirios liberales; y particularmente conviene á España.

humano (1), para observar allí la legitimidad de su programa (2), que en su región no habían observado (3).

»Mas entraron por las angostas entradas del río Eufrates (4), pues entonces el Señor les hizo prodigios (5) y detuvo las venas del río hasta que pasaron (6); porque aquella región era de muy largo camino, un camino de año y medio (7), pues

---

(1) «Esta empresa no es continuación de otra, es nueva», escribió de la suya D. Carlos VII en su *Diario*.

(2) *Legitima sua*. La palabra *Legitima* en el Sagrado Código se toma por leyes ú ordenanzas legítimas, derecho, etc.

(3) Como consta de la nota penúltima, pues D. Carlos dijo que era *nueva*. Su abuelo dejó bastante que desear, su tío también, y su padre mucho más, por lo cual en la España tradicionalista andaba harto decaido el verdadero programa tradicional.

(4) En hebreo se llama *Pherat*, que quiere decir *el que fructifica ó crece*. Es decir, que para la *empresa nueva* ó para entrar en la región donde pudieran observar el buen programa, era menester pasar por las estrecheces que lleva consigo toda fructificación ó crecimiento de aquella índole; y en efecto, pasaron el caudaloso río de sacrificios que les impuso la empresa carlista.

(5) Muchos fueron menester para que el carlismo cumpliese con su misión, que si no era de triunfo, era *contener* á los poderes liberales.

(6) Mantuvo en los buenos carlistas el espíritu de sacrificio hasta hoy, merced á lo cual sigue fructificando y creciendo entre los auténticos el amor á la *legitima sua*.

(7) Suelen las Sagradas Letras llamar mes á un solo día de él, como es de ver en Amós, VIII, 5; Isaías, LXVI, 23; I Machab., I, 61, etc.; y *mensis dierum*, mes de días, al mes entero, como en Numer. XI, 20 y en otras partes. Podemos, pues, tomar aquí meses en vez de días para interpretar el texto; y siendo lunares los meses de los hebreos, ó sea de 29 y 30 días alternativamente, que hacen un año de 354 días, el año y medio de Esdras nos da justos 531 días, ó sea 531 meses. Estos dan 44 años y tres meses lunares. Reduciendo esta cuenta según los días naturales que tienen de más nuestros meses, tendremos un resultado de *cuarenta y dos años, siete meses y nueve días*. Ahora bien; el camino recorrido en la región de la *empresa nueva* comienza en 1861, cuando las declaraciones librecultistas de D. Juan de Borbón hicieron volver los ojos de la España tradicionalista á su hijo D. Carlos, en quien luégo aquél abdicó; y desde entonces, el camino de año y medio de meses en vez de días naturales, nos lleva cerca de 1904, que es cuando se acaba el andar caminando por aquella región y se vuelve á pasar el río. Empezando á contar por el primer levantamiento carlista en 1833, la cuenta nos lleva al desastre de la última guerra civil, desde el cual andan los carlistas por la región de la *empresa nueva*, esperando llegar á un cabo á que no llegarán por ese camino. La nota siguiente dará más luz.

la región se llama *Arsareth* (1). Entonces habitaron allí hasta el tiempo novísimo; y ahora, cuando otra vez empiecen á venir, otra vez al Altísimo detendrá las venas del río para que puedan pasar (2). He ahí por qué viste venir una multitud pacífica; pero *los que quedaron de tu pueblo, son los que se hallan dentro de mi término*». (XIII, 32-48).

XIII

Desde el triunfo à la cuarta generación.

A lo referido en el artículo precedente sigue la regeneración del pueblo por medio de los libros ó leyes que da Esdras ó el Gran Monarca, para lo cual le llama expresamente la voz de Dios del modo que expresa el cap. XIV. A esta regeneración alude varias veces el

---

(1) Hubo en la desembocadura del Araxe, en el mar Caspio, la ciudad de *Arzarat;* en la Armenia menor *Arzeria* y *Arzice,* y en la Mesopotamia *Arzanene;* pero no son éstas el *Arsareth* de Esdras, como el mismo Dom Calmet reconoce, confesando, empero, que no sabe cuál es ¿Qué lugar ha de ser, si evidentemente es metafórico? Tómese el significado del sustantivo *arx* (fortaleza), ó *ars* (arte, regla, facultad), ó bien sólo de *Ar* (capital de Moab, y quiere decir, ya levantamiento ó solución, ya ruína ó desnudez); únanse todos estos significados con el etimológico de ar-eth (de *ar* queda dicho; *eth* quiere decir *mi señal ó divisa)* y con el histórico de *Areth,* y el lector se explicará el sentido de la palabra *Arsareth* sin que nosotros nos esforcemos. Pero es muy de notar el episodio de *Areth,* según consta del I de los Reyes XXII, 5. Areth es la montaña ó bosque á donde se fué David con sus hombres, volviendo del extranjero á la Patria para defender contra el ilegítimo Saúl sus legítimos derechos al trono. El nombre *Arsareth,* por consiguiente, es la descripción de los hechos carlistas hasta hoy con solo una palabra. A esa región de Arsareth fuéronse para observar *legitima sua,* y en ella siguen hasta que llegue la hora de repasar el río.

(2) Lo cual supone evidentemente un desengaño tan grande, que les hace abandonar la región de Arsaret y volver á su tierra, á la Tradición legítima, á la definitiva conquista de la Patria, unos dispuestos á todo sacrificio y otros forzados y tristes, como el ángel nos ha dicho en el texto, pero acudiendo pacíficos al hombre á quien antes combatían.

ángel, diciendo á Esdras como en el cap. VI en nombre del Señor:

«Todos los que se libraren de las plagas que te he predicho, serán salvos y verán mi salud y el fin de vuestro siglo... Y se mudará el corazón de los vivientes y se convertirá á otro sentir, pues el mal será borrado y extinguido el dolo, y la fe florecerá, y será vencida la corruptela, y aparecerá la verdad que tanto tiempo permaneció sin fruto.» (VI, 25-28).

Varios profetas señalan la duración de esta época de ventura, haciéndola más ó menos larga según el acontecimiento de que parten, y ponen el fin de ella con la muerte del Gran Monarca en Jerusalén, hecha entrega de su imperio á Jesús Rey de reyes. Conviene con esto la profecía de Esdras, señalando una época de cuarenta años que termina con la muerte del Gran Monarca, tiempo del Anticristo y fin del siglo para entrar en la cuarta generación.

«Será revelado mi hijo Jesús (1), le dice el Señor, y los que quedaren se regocijarán durante cuarenta años. Y después de estos años morirá el Cristo mi hijo». (VII, 27, 28).

Sigue la subversión general del mundo después del Anticristo, y añade el Señor:

«Y se revelará el Altísimo sobre el trono de su juicio, y pasarán las miserias y se congregará la longanimidad. Sólo el juicio permanecerá, y la verdad será estable y triunfará la fe, y á ésta acompañarán las obras y se manifestará el premio, y las justicias vigilarán y las injusticias no dominarán ya». (VII, 33-35).

Con esto hemos entrado en la cuarta generación, en el reinado personal y temporal de Jesucristo; reinado del que Esdras, con palabras que el Apocalipsis

---

(1) En lenguaje sagrado se llaman hijos de Dios todos los que le sirven; Cristos todos aquellos á quienes el Señor escoge para el ejercicio de algún ministerio; y en cuanto al nombre Jesús, conviene al Gran Monarca, no como á Jesucristo, pero sí como al Sacerdote y Príncipe Jesús, hijo de Josedech, cuya coronación y mando fueron una acabada figura de los del Gran Monarca, según hemos visto.

toma y la Iglesia repite, nos ofrece este sublime cuadro (1).

«Yo, Esdras, recibí del Señor en el monte Oreb la orden de ir á hablar á los hijos de Israel; y como me presenté á ellos, me reprobaron, y despreciaron el mandato del Señor. Por lo tanto, á vosotros, gentes que escucháis y entendéis, os digo:

»Esperad á vuestro Pastor; él os dará el descanso de la eternidad, porque muy cerca está ya aquel que debe venir al fin del siglo. Preparaos para recibir los premios de su reino; porque brillará para vosotros una luz perpetua, durante la eternidad del tiempo. Huíd de la sombra de este siglo: recibid la alegría de vuestra gloria.

»Yo doy público testimonio de mi Salvador. Recibid el don que se os ha confiado y regocijaos, dando gracias á Aquel que os llamó á los reinos celestiales. Levantaos, permaneced firmes y considerad el número de los señalados para el convite del Señor.

»Los que se apartaron de la sombra del siglo recibieron del Señor túnicas esplendentes. He aquí, Sión, tu número completo; cierra ya el número de los hijos que deseabas: ruega al imperio del Señor que se santifique el pueblo que fué llamado desde el principio.

»Yo Esdras ví en el monte Sión una gran muchedumbre que no pude contar, y todos alababan con cánticos al Señor. Y en medio de ellos había un joven excelso de estatura, más eminente que todos ellos, imponiendo en la cabeza de cada uno de ellos sendas coronas, con lo cual era aquél más exaltado.

»Estaba yo asombrado viendo este milagro. Entonces pregunté al Angel y le dije: ¿Quiénes son estos, Señor? El cual me respondió: Estos son los que depusieron ya su túnica mortal y tomaron la inmortal y confesaron el nombre de Dios; ahora son coronados y reciben la palma del triunfo.

»Y dije al Angel: ¿Quién es aquel joven que les impone las coronas y les reparte las palmas? Y me respondió: *es el Hijo de Dios á quien confesaron en el siglo.*

»Yo empecé á magnificar á los que tan fuertes se mantuvieron por el nombre del Señor, y entonces me dijo el Angel:

«VÉ Y ANUNCIA Á MI PUEBLO CUÁNTAS Y CUÁLES MARAVILLAS DEL SEÑOR DIOS HAS VISTO». (II, 33, 48).

(1) La primera parte es muy aplicable al reinado del Gran Monarca.

Apéndice al Capítulo XII

Habemus ad Dominum.

Sortes mittuntur in sinum, sed a Domino temperantur, dice el Eclesiástico; ó por decirlo á la castellana, el hombre propone y Dios dispone.

La campaña de difamación contra *Luz Católica* y su pobre Director sigue con encarnizamiento creciente; llega ya á los límites de lo inverosímil; para inutilizar al que llaman loco, millares de hombres se vuelven locos y hacen y dicen y creen locuras inauditas. Y hay, por añadidura, una persecución que no es de difamación, y tal vez es la más funesta. En esa presta gran ayuda á los perseguidores el inspirador malo que, según ellos, antes inspiraba á Corbató y ahora le habla de viva voz. En esta naciente empresa del españolismo de la Tradición y ejército de Cruzados de la Tradición, suceden cosas que racionalmente no se explican sino suponiendo la rabia infernal con que la mira Lucifer: no, los hombres no son tan malos que para servir á Dios nos persigan de esa manera; en todo caso no se acordarían de Dios, á no ser que se acordasen con intento explícito de ofenderle.

Además, se enredan y agravan á veces las dificultades de tal manera, que en algunas apenas se descubre malicia humana y hay que atribuirlo casi todo á la saña del infernal enemigo. Entonces, cuando nos vemos abrumados y sentimos nuestra miseria y nuestra impotencia, es cuando nos hallamos más fuertes como el Apóstol: *cum infirmor, tum potens sum;* porque vemos que todo ha de ser de Dios, y lo que es de Dios no lo deshace el demonio.

Pues sí; el hombre propone y Dios dispone. Pro-

pusimos, con aconsejo y aprobación, borrar ya de *Luz Católica* nuestro combatido nombre, aunque no cejar en nuestro trabajo; darle otra dirección y dejar en absoluto ciertas cuestiones tan odiosas como hasta hoy necesarias; pero el Señor ha dispuesto las cosas contra nuestros deseos y proyectos, y continuamos firmes en la brecha hasta que á Dios plazca relevarnos ó disponer de nuestra vida. Al cabo, algunos meses no son mucho tiempo; quizá no pasen muchos sin que los ciegos empiecen á ver.

Adelante, adelante, *¡sursum corda!* nos dicen los que ven claro; y respondemos con una tranquilidad de espíritu que no se altera por el fragor de estas luchas: *habemus ad Dominum.*

Mas ¡oh amigos! los odios toman tales proporciones, la confusión se va haciendo tan aterradora y el día del gran peligro se vislumbra tan amenazador, que no bastan la tranquilidad de unos, ni los alientos de otros, ni los trabajos de muchos, para conseguir el fruto que nos proponemos. ¿Qué hacer? Es muy sencillo.

¿Se acuerdan nuestros amigos del artículo *Pruebas y milagros*, publicado en nuestro número 26? Repetimos todo lo dicho entonces; repetimos la oración á María Inmaculada, de nuestros núms. 12 y 63, y añadimos algo más, quizá para muchos más decisivo.

Tenemos fe ciega en lo que enseñamos; sabemos cierto cuál será la solución de este ruidoso asunto; tenemos seguridad absoluta de que seguimos un camino recto; nos consta que hacemos bien á la Religión y á la Patria, y cumplimos con la voluntad de Dios; en fin, sabemos todo cuanto es menester para que no sea temeraria nuestra campaña, sino prudentemente valerosa.

Pero todo eso, mil veces más que eso sabía acerca de su empresa el gran Moisés, y sin embargo dudó un momento, y fué castigado. Un Angel habló á Gedeón, y Gedeón dudó también; otro Angel habló al padre de San Juan Bautista, y Zacarías dudó igualmente; Je-

sucristo en persona dijo á Pedro que anduviese sobre las aguas, y con estar andando, Pedro dudó; y todos los Apóstoles oyeron durante tres años al Verbo humanado y le confesaron Hijo de Dios, y al fin dudaron y le dejaron solo en poder de los verdugos, y aun después de afirmar los otros que lo habían visto resucitado, Tomás no quiso creer. Estos ejemplos suelen hallarse en los Santos, lo cual permite el Señor para que más desonfíen de sí propios y sólo en su divino auxilio confíen.

Pues ¿qué no acontecerá en nosotros, tan llenos de miserias y pecados? No obstante la seguridad arriba dicha, momentos hay en que la persecución nos conturba de tal modo, que llegamos á vacilar y preguntarnos: ¿Es posible que tantos hombres se engañen, afirmando que vais por mal camino? Cierto que otros muchos afirman lo contrario, y en general son éstos más espirituales que aquéllos; pero ¿es seguro que éstos juzgan bien en tan delicado asunto y aquéllos no? ¿Quién lo asegura?

Estos últimos días, particularmente, nos han asaltado de tal suerte las dudas, merced al encarnizamiento de la persecución y á los tremendos obstáculos surgidos en el camino de nuestros propósitos, que la tribulación ha sido muy penosa. Ocasión hubo en que, si un Angel del cielo hubiera venido á comunicar con nosotros, quizá de él hubiéramos dudado. Resolvimos, pues, acudir á un recurso extremo y es el siguiente:

Tenemos fe, repetimos; tenemos seguridad; pero ahora queremos seguir dudando y suponer que podemos ser víctimas de una ilusión fatal. Pues bien; si es así, hacemos gran daño á la Religión y á la Patria y seducimos á muchos corazones rectos, y nosotros no queremos que así sea, no, jamás, antes morir mil veces. Por lo tanto, siendo uno de los casos en que se puede pedir santamente á Dios un milagro, más se puede lo que no es milagro.

Yo, pues (permítase que hable ya en singular), por las entrañas de la divina misericordia suplico de rodillas á todos mis lectores, que por intercesión de nuestra Madre celestial y de los Santos á quienes tengan devoción, pidan á Dios el esclarecimiento público y pronto de este asunto, esto es, que si voy mal, si mis trabajos parjudican á la Religión ó á la Patria, me niegue el Señor todo apoyo y todo recurso para que muera cuanto antes *Luz Católica* y pueda yo retirarme á llorar mis ignorancias y mis pecados, lejos de los hombres á quienes con tan buena voluntad perjudiqué. Pero si voy bien, pídanle todos que brille pronto la verdad, que convierta ó inutilice á los culpables, para que sepan los demás el camino que deben seguir.

Es infalible que la oración de muchos penetra los cielos. ¿Qué no podrá la oración de tantos millares de lectores de *Luz Católica?* Es más; yo les suplico que hagan interesar en el asunto cada uno á sus amigos, y oremos todos juntos para que el Señor nos muestre la verdad, aunque yo haya de cubrirme el rostro y desaparecer para siempre. No me busco á mí, á Dios busco, y quiero que la causa de Dios triunfe aunque para ello me toque ser anatema.

¿Quién no podrá rezar una parte de Rosario, ofrecer una Misa, una Comunión, una penitencia, una limosna? Ayudadme, lectores amadísimos, ayudadme por caridad; y á fin de que todos se animen y á tan poca costa trabajen por el triunfo de la verdad que nos ha de salvar, nadie tenga escrúpulo en comunicarme lo que para este fin haga ó rece, aunque sólo sea una *Ave María.* Se publicará en esta revista con las iniciales del interesado, sin ellas, con todo su nombre ó como guste; y siendo infalible que tantas oraciones han de ser escuchadas, no pasará mucho tiempo sin que se sepa quién es el que va mal.

Anímense mis lectores, otra vez se lo suplico por

caridad, anímense; yo, entre tanto, espero tranquilamente que el Señor resuelva según su divino beneplácito. ¡*Habemus ad Dominum!*

(*Luz Católica*, núm. 65=2 Enero 1902).

CAPÍTULO XIII

EL ORIGEN DEL GRAN MONARCA

CAPÍTULO XIII

EL ORIGEN DEL GRAN MONARCA

I

De sangre real y humilde cuna.

Admirable es el acuerdo de todas las profecías en dos cosas, acerca del origen genealógico del Gran Monarca: 1.ª, que será descendiente de muchas generaciones de reyes; 2.ª, que su genealogía no será conocida al pronto.

En cuanto á lo primero, San Francisco de Paula lo hace descender de Santa Elena, la Santa de la Cruz, y de su hijo Constantino, el emperador de la Cruz, los cuales con la Cruz vencieron al mundo, como él lo ha de vencer con su Cruz y sus Crucíferos. Descenderá de Constantino, según el Santo, por Pepino y Simón de la Limena, que era español.

Los demás profetas descubren un origen más inmediato del gran hombre, haciéndolo descendiente de las Casas de Borbón y Austria, algunos con palabras muy categóricas y terminantes; pero ninguno le hace venir de Luís XIV ó sus sucesores, sino de más arriba, dato importantísimo que rogamos tenga en cuenta el lector. Por eso, tratando de su genealogía, todos los profetas hablan de «la vieja sangre de los siglos, la

antigua rama primogénita, etc., etc.», sin que se halle una sola frase relativa á sangre nueva ó á rama segundogénita, como es la de España.

Con todo esto, el Descendiente de tantos reyes y emperadores, nacerá en humilde cuna; se le tendrá por hijo de una familia de la plebe; será pobre como su familia y su casa, que habrán padecido grandes reveses; será, en fin, tan perseguido y menospreciado como declaran las profecías reproducidas en esta obra y otras que no hemos tenido lugar de poner. No le valdrá su ingenio, ni su intrepidez, ni su saber, ni el conocimiento de sus destinos, hasta que suene la hora de Dios y se levante repentinamente de su abatimiento por obra de Dios, para regenerar el mundo. Antes que se levante, se habrá convertido á Dios de todo corazón, porque escrito está que, de joven, será muy pecador.

¿Cómo se concilia esta obscuridad, este abatimiento, con el altísimo origen de Gran Monarca? Del mismo modo que la humilde condición de San José con la sangre real de David que corría por sus venas. Hoy nada cierto se sabe; pero puede rastrearse algo, y al efecto vamos á copiar unos párrafos rarísimos de una carta escrita por un sacerdote desde París á un religioso español.

(*Luz Católica*, núm. 18=31 Enero 1901).

II

L'Homme au Masque de Fer.

(El hombre del antifaz de hierro).

«El hombre (Gran Monarca) será desconocido, ignorado, inesperado, humilde de nacimiento, pobre, perseguido, desterrado, en todo lo cual y más conviene su principal profeta San Francisco de Paula, que le hace descendiente de Cons-

tantino por Simón de la Limena. El hombre ha de ser español; esto es, constante y cierto, pese al esceptismo de usted.

»En la historia hay tantos misterios, que no pocas veces corre sangre de reyes por las venas del último plebeyo. ¿Ha oido usted hablar del hombre misterioso que aquí llamaron *Masque de Fer*? Vivió á fines del siglo XVII y principios del XVIII, si puede decirse que vivió quien estuvo toda su vida secuestrado en presidio y cubierto con antifaz de hierro, de donde le vino el nombre.

»Algunos han dicho que es un personaje de novela; otros que fué un italiano notable, un noble francés, un patriarca, etcétera, etc., y otros, creo que los más acertados, que fué un hermano de Luis XIV, á quien éste condenó desde jovencito al suplicio indicado, así que descubrió que era su hermano primogénito. Lo indudable es que existió, y con su máscara de hierro para que de nadie fuese conocido; y para mí lo es también que fué hermano primogénito de Luis XIV.

»Su madre, Ana de Austria, hija de nuestro Felipe III, no gozaba de buena reputación: Luis XIII, su marido, la tenía por adúltera de costumbre, y por cierto que merecía mejor concepto. Tuvo dos ó tres abortos, quién sabe si provocados á ciencia y paciencia, ó quizá por arte de su marido. Uno de dichos «abortos» no fué tal á mi parecer, sino que fué el nacimiento de un Delfin; es decir, pudo ser aborto, pero la criatura nació llena de vida, y entonces la escondieron, diciendo luégo á la madre que había salido lo que suele salir de un aborto, y no se habló más.

»El mismo Delfin, de quien el otro que vino después, esto es, Luis XIV, era un retrato acabadísimo, descubrió hacia sus veinte años cuál era su verdadero origen; lo supo Luis XIV, que acababa de subir al trono, le encerró y tomó las medidas más inauditamente rigurosas para que nadie penetrase en el misterio, y ahí tiene usted á *L'Homme au Masque de Fer*.

»Más aún: no sería extraño que Ana de Austria no hubiese padecido ningun verdadero aborto, sino que hubiese dado á luz hijos tan sanos como Luis XIV, el cual fué engendrado cuando Luis XIII no parecía creer ya en los supuestos adulterios de su mujer, y *por eso no fue aborto*. Además, Luis XIII era supersticioso, y se sabe que no poco caso había hecho de ciertos agoreros y profetastros que le predijeron no sé cuántos desastres acerca de los hijos que hizo desaparecer por eso ó lo consintió.

»Estas interpretaciones son las más raras de todas las que se dan; pero no creo haya otras que se acerquen tanto á la verdad, si no son la verdad misma.

»Ahora bien; dan por cierto algunos que á *Masque de Fer*

se le concedió casarse con una mujer que debía correr la misma suerte de él, y aseguran que ella le dió hijos. Es probable que ya los había tenido de otra, siquiera uno, antes de caer bajo la garra feroz de su hermano. ¿Qué se han hecho sus hijos?

»Se cuentan sobre esto mil historias. Una de ellas dice que el gobernador ó alcaide del castillo (de la isla de Santa Margarita, situada al pie de los Alpes Maritimos, en donde *Masque de Fer* estuvo preso muchos años, antes de ser trasladado á la Bastilla), asi que *Masque de Fer* fué padre, envió el niño á una familia honesta de Córcega (no está lejos de esta isla la de Santa Margarita), con fondos é instrucciones, haciéndoles saber que el niño venía de buena parte, *buona parte* en italiano, y este origen se le dió por apellido; el biznieto de aquel niño fué Napoleón Bonaparte.

»Lo que se desprende de todas estas historias es que *Masque de Fer* tuvo descendencia, y que ésta no es conocida. Si el hombre de San Francisco de Paula y de tantos profetas fuera uno de esa descendencia (esta es nuestra opinión), todo lo que de él dicen quedaría muy claro: sería Borbón y Austria, como hijo que era *Masque de Fer* de una y otra casa, y sería «de la antigua rama primogénita (no de la nueva, no de la de Aujou, que no es la antigua ni la primogénita), *ya reputada por todos extinguida*», como una profecía dice: y en efecto, no se sabe que de aquella rama quede un solo miembro.

»Estas ideas y otras muchas y serias y graves que no tengo lugar de exponer, me inclinaron á creer en la verdad de la descendencia de *Masque de Fer* ó de algún otro hermano suyo ignorado, al mismo tiempo que me burlaba yo de una pitonisa que tenemos en París, y hasta me burlé en mis correspondencias públicas. Después vi realizadas de tal modo algunas predicciones de la pitonisa, y sobre todo, vi tan de cerca la conformidad de algunas de dichas predicciones con profecías muy autenticas y venerables, que me fuí convenciendo de la inspiración de la joven; inspiración que, por otro lado, carece de todo indicio de venir de Dios,ó por lo menos es del género sibilítico.

»Pues bien; estudiando las predicciones de esta nueva sibila, muchacha ignorante, hallé ésta que compendia maravillosamente todo cuanto las profecías me habían hecho comprender sobre el origen de nuestro hombre: se lo pondré en francés, tal como lo tengo delante:

»*C'est un Bourbon. Ce n'est ni un d'Orleans, ni le duc d'Anjou* (rama española), *ni un Naundorff* (rama francesa ó sedicente tal); C'EST UN DESCENDANT DE MASQUE DE FER.

»Hace de cuatro á seis años, no tengo presente la fecha

(esto se escribía hace tres años), dijo la misma que el tal hombre tenía entonces unos treinta años, *une treintaine d'années*; y poco después le dijo «su ángel», según ella afirma, que en aquel momento estaba el hombre pensando en venir á Francia (quizá huyendo, como indican varias profecías).

»Note usted, para su gobierno, que esta muchacha predijo con bastante anticipación, y con detalles que pasman, el horroroso incendio del Bazar de la Caridad. Ha dicho otras cosas acerca del hombre, pero no quiero extenderme más».

Nos extenderemos nosotros, que el asunto lo merece; y antes de pasar á otro artículo, cerraremos éste diciendo: que si el Gran Monarca no es descendiente de Masque de Fer, un misterio análogo envolverá de todos modos su genealogía.

III

Más datos.

En primer lugar, preguntamos: No obstante ser verdad que se han cumplido literalmente varias predicciones de la susodicha joven, ¿qué fe merecen sus predicciones sobre el Gran Monarca, si el mismo autor de la carta precedente dice que su inspiración no viene de Dios? He aquí la respuesta, tomada de otra carta de la misma persona:

«N. se me había manifestado siempre incrédulo cerrado en esto de profecías. Yo también lo fuí en un tiempo, quizá más que él; pero estudié las profecías como él no las estudiará nunca, y hoy no desprecio ni siquiera las que evidentemente son inspiradas por Satanás, ni otras en apariencia ridículas. Consulta la suma ú otro buen tratado de Teología, y verás:

1.° Que si la profecía *simpliciter* tal no puede ser inspirada por el demonio, puede serlo la *secundum quid*.—2.° Que verificándose siempre esta profecía demoniaca por medios sensibles ó visión imaginaria, no siempre es verdadera como la divina; pero lo es muchas ó las más veces.—3.° Que los profetas inspirados por el demonio no siempre que anuncian verdad es por inspiración de éste, sino que á veces la anuncian

por inspiración divina. Estos tres puntos son claros y no admiten duda; por lo cual, no debe despreciarse ninguna profecía, aunque manifiestamente venga del demonio, sino que se la debe estudiar antes de rechazarla.

»Una profetisa ó pitonisa, que parece inspirada por el demonio, ví yo por gran casualidad; le hice unas preguntas, y me predijo cosas que me han acontecido al pie de la letra. También me dijo que al fin triunfaría. Suceda ó no esto, no me burlo de ella como me burlaba antes».

Esta pitonisa es la misma sibila de quien habla la carta del artículo precedente. Examináronla una comisión de médicos y otra de teólogos, y unos y otros se quedaron sin saber qué decir, conviniendo solamente en que no eran naturales los transportes sibilíticos de la joven. En París la conocen todos.

Gastón Mery, el conocido periodista que dió publicidad á todos los vaticinios de esta sibila, preguntóle en cierta ocasión por el nombre del Gran Monarca, y respondió ella, según leemos en el folleto *Guerre et Révolution*, publicado en 1896 por el barón de Novaye, que su nombre significa *partisan d' Henri V*. Creemos que esto se refiere á la legitimidad, de la cual será el Gran Monarca un campeón infatigable, antes de empezar á obrar como enviado de Dios. Tal vez esto tiene también alguna relación con las *Reveries d' un marechal de France*, publicadas por M. Deodat de Boispreaux, en las cuales se lee:

«El Gran Monarca purificará el trono de los Borbones... y realizará el sublime pensamiento del *Padre del Pueblo*, esto es, del gran Enrique».

Una de las señales de la inminente aparición del Gran Monarca será el desquiciamento de Inglaterra; y en efecto, conforme con otras profecías, dice la del Venerable P. Nectou, jesuita:

«Cerca estará este acontecimiento cuando Inglaterra empiece á quebrantarse. Esto se conocerá como se conoce que el verano se acerca cuando las hojas de la higuera empiezan á brotar».

Esto mismo anuncia la sibila parisiense, diciendo que «Inglaterra será desmembrada porque en todas partes ha usurpado». Los heroicos boers empezaron á hacer buenos estos vaticinios.

Volviendo al tema de «Masque de Fer», al mismo Gaston Mery declaró la sibila que «desde hace algunos siglos, los reyes de Francia eran usurpadores del trono»; y refiriéndose á «Masque de Fer», añadió: «Fué su hermano menor el que reinó», esto es, Luis XIV. El célebre Martín dijo también á Luis XVIII que no le pertenecía la corona.

Nosotros, después de muy meditado el tenebroso asunto de «Masque de Fer», pensamos que puede darse una versión no contraria, mas sí diferente de lo que supone la carta copiada arriba. Es que «Masque de Fer», que parece tuvo siempre esperanza de que al fin se reconociese su derecho, ó por lo menos se le dejase en libertad conservando su rango, desesperando ya de todo y convencido de que acabaría sus días en aquella cárcel de tantos años, ignorado del mundo y casi sin conocer la dicha de la libertad, prefirió ésta á todos los derechos de su sangre.

Entonces debió de hacer á su tirano hermano tan solemne promesa de guardar secreto y expatriarse, y de tal modo debió de representarle los tormentos de su cárcel, que por fin Luis XIV se resolvió á ponerlo en libertad. Y «Masque de Fer» salió de la Bastilla y se vino á España, resuelto por su palabra empeñada y por su propio decoro á no decir jamás quién era, pues no pudiendo dar la menor prueba, hubiera pasado por loco, como le sucedió á Naundorff llamándose Luis XVII, no obstante las atendibles razones que alegaba en su favor. Así, pues, si en España hay descendientes de «Masque de Fer», seguramente hallaréis vestigios de él y de ellos entre los que más se distinguieron por el archiduque Carlos contra Felipe V.

Tal vez los críticos tendrán esta versión por poco

sólida. Sea lo que fuere, podemos asegurar que sólo ella explica la misteriosa desaparición, llamada «muerte» de «Masque de Fer», y sólo ella las palabras atribuídas al gobernador de la Bastilla, el terrible Saint-Mars, que dijo al capellán del castillo cuando éste se le quejó de no haber sido llamado á asistir á «Masque de Fer» *moribundo:*

«Monsieur, se ha hecho lo que era menester, y aquí no sois vos el más perjudicado. El Rey me lo dió y el *Rey me lo ha quitado.* Ni yo ni nadie tiene derecho á decir una palabra».

Tampoco nosotros, lector, añadiremos otra. Los tiempos vuelan; el Gran Monarca llega... Pronto se sabrá si hemos acertado.

(*Luz Católica*, núm. 18=31 Enero 1901).

IV

«Masque de Fer» y Luis XVIII.

Una de las versiones que se han tenido y tienen por auténticas acerca de este tenebroso misterio borbónico, dice que el famoso «Máscara de Hierro»—castellanicemos ya el nombre—era el ministro mantuano Matthioly. Una revista ilustrada de Madrid lo afirmó no hace mucho, y poco después, á 17 de Enero último, se corrigió diciendo:

«Ahora vuelve á afirmarse, y con mayores bases de fundamento que nunca (1), que el «Máscara de Hierro» fué un hermano gemelo de Luis XIV (2), conforme lo supuso Alejandro Dumas en sus *Tres Mosqueteros.*

«En el último número de *L' Intermediaire des Chercheurs et Curieux* se cita una conversación sostenida por Luis XVIII

---

(1) Ya ven nuestros lectores que no somos los únicos en ocuparnos de la cuestión. Los tiempos han llegado: Dios hará que se descubra el misterio, si por ventura conviene descubrirlo.

(2) Opinamos, y nos parece cierto, que fué hermano primogénito, y quizá no de un mismo parto.

con varios individuos de su familia y de su corte, entre los cuales se encontraban el conde de Artois, el duque y la duquesa de Angulema, el duque de Berry, el príncipe y la princesa de Condé, el duque de Borbón, etc.; en la cual, hablando del «Máscara de Hierro», dijo:

»Es un misterio que me ha interesado siempre mucho, é insté varias veces á mi hermano (Luis XVI) para que me lo revelase, y otro tanto hice con algunas de las personas que suponía informadas del asunto. Todas mis instancias y todas mis súplicas fueron inútiles. Mi hermano se negó en absoluto á decirme nada. Lagrange Chaucel afirma que al ir Saint-Mars á recoger al preso para llevarle á la Bastilla, éste dijo al alcaide: «¿Quiere el rey quitarme la vida?» Y Saint-Mars contestó: «No, príncipe, la vida de Vuestra Alteza está segura». (Según esto, no puede ser Matthioly). Si el secreto guardado con tantísimo rigor no tenía una importancia extraordinaria, no se comprende que hubiese sido transmitido con tal misterio de reinado á reinado. Yo sé que cuando le descubrieron el secreto á mi hermano, lloró.

»Me inclino á participar de la creencia general de nuestros contemporáneos, que piensan que el Máscara de Hierro era un hermano gemelo (el mayor) de Luis XIV. Puede afirmarse que Luis XIV reveló en los últimos instantes de su vida á su sobrino Felipe de Orleans que había existido otro heredero del reino de Francia. Confió, sin duda, al regente las pruebas escritas de este gran secreto de Estado, con encargo de que lo transmitiera al joven rey el día de su mayoría de edad, y así sucesivamente éste á su descendencia (1).

»El joven rey (Luis XV) habiendo leído en el *Siglo de Luis XIV* de Voltaire el episodio del Máscara de Hierro, pidió al regente que le revelase quién era aquel misterioso personaje; el regente no se creyó en el deber de revelar aquel importante secreto hasta que el rey fué declarado mayor de edad.

»Más tarde, el Delfín suplicó también á Luis XV que le revelase el secreto, pero el rey le contestó: *Más vale que lo ignoréis, porque os causaría demasiado sentimiento.*

»Mi hermano Luis XVI fué siempre impenetrable en este asunto para su familia y sus ministros; creo que no lo reveló ni á la misma reina María Antonieta. Las desgraciadas cir-

---

(1) ¿Para qué, si Máscara de Hierro había muerto años antes en la Bastilla como se dice? Esto parece probar que al morir Luis XIV vivía su hermano, y que tenía descendencia, sin duda desconocida ya. Todo lo que sigue lo confirma.

cunstancias de la muerte de mi hermano le impidieron sin duda revelarlo antes de su muerte».

«En 1804—añade *Alrededor del Mundo*—Napoleón encargó á Talleyrand y á Moret que hiciesen investigaciones sobre el Máscara de Hierro en los archivos de Estado; pero parece que no hallaron nada. En Diciembre de 1818 el duque de Richelieu, hallándose poniendo en orden sus papeles y los de su familia en compañía de su amigo el conde de Rayneval, que después fué embajador en Madrid, el duque se puso de repente muy grave, y dirigiéndose á M. de Rayneval con un papel en la mano, le dijo: *Mirad, aquí tenéis los papeles que contienen el famoso secreto del Máscara de Hierro. Leedlos.* Rayneval tendió vivamente la mano para coger el legajo misterioso; pero el duque de Richelieu se arrepintió de repente, y cogiendo los papeles, los echó al fuego exclamando: «No; más vale que esto continúe siendo ignorado».

Hasta aquí la revista mencionada, algunos de cuyos detalles nos parecen muy discutibles, bien que otros son de gran valor. Añadiremos uno por nuestra parte. En un opúsculo de Gastón Mery leímos, y hallamos reproducido en *Guerre et Revolution*, del barón de Novaye, que pasando el duque de Parma cerca de la isla de Santa Margarita, dijo: «He ahí la cárcel de Máscara de Hierro. Yo sé muchas cosas de él, y mi tío Chambord poseía todos los documentos que hacen al caso».

Si esto es verdad, y no hay razón para dudarlo, puede colegirse que todos ó gran parte de dichos documentos están en poder del Sr. Duque de Madrid, el cual, por ende, puede sospechar, poco más ó menos, por dónde andan los descendientes de Máscara de Hierro.

(*Luz Católica*, núm. 19=7 Febrero 1902).

V

El misterio de «Máscara de Hierro»

Recientemente se renovó en París la actualidad del misterioso y horrendo crimen cometido por Luis XIV

en la persona de su desventurado hermano *Máscara de Hierro*, con ocasión de las excavaciones hechas en el sitio que un tiempo fué el cementerio donde se suponía fué enterrada la víctima de aquel gran tirano. Con este motivo publicó *La Libre Parole*, á 9 de Diciembre último, un largo artículo, del que traducimos los párrafos siguientes:

«Por los años 640, el Prior de *Saint-Eloi* erigió en dicho lugar una capilla rodeada de un cementerio; capilla que en el siglo XII pasó á ser iglesia parroquial de *Saint Paul-des-Champs*, que subsistió hasta la Revolución. En este cementerio de San Pablo eran enterrados los católicos que morían presos en la Bastilla, y en aquel mismo terreno fué inhumado á 20 de Noviembre de 1703 el enigmático *Máscara de Hierro.*

»Las excavaciones dieron actualidad al antiguo prisionero de Saint-Mars. Guiados probablemente por las memorias de ultra tumba, algunos periódicos indicaron gravemente el lugar *preciso* de su sepultura, y algunas revistas ilustradas dieron la fotografía del monumento funerario: un resto de columna en una ligera elevación del terreno.

»Hizose allí una verdadera peregrinación. Sabios, curiosos, anticuarios, afluyeron al sitio de las excavaciones, turbando la monotonía de aquel rincón del viejo París. Después, como que todo pasa en este mundo, no se habló más.

»Nos pareció curioso conocer el resultado de las excavaciones, así como instructivo é interesante saber qué había podido motivar la súbita exhumación de nuestro enigma histórico. Nadie estaba en mejores condiciones de satisfacer nuestra legítima curiosidad, que el autor de las repetidas excavaciones; por lo tanto, fuimos al *hotel* Carnavalet, en donde nos recibió muy amablemente M. Sellier, inspector de aquellas excavaciones arqueológicas».

Añade *La Libre Parole* que M. Sellier le habló de piedras esculpidas, blasones, capiteles, columnitas, funerarias, monedas de cobre, restos informes, osamentas y otras cosas halladas, y prosigue de esta manera:

—«¿Y el *Máscara de Hierro?* le preguntamos:

»Sonriendo y mirándonos burlonamente nuestro eminente interlocutor, nos respondió:

—«¡Oh! he ahí la gran cuestión. Yo la conozco *á fondo* y me es fácil responderos. Hasta el fin de las excavaciones y por deber de conciencia, he puesto muy particular atención en el

ángulo sud-oeste del terreno en que una porfiada tradición, *del todo injustificada hasta el presente,* sostiene que fueron depositados los restos de *Máscara de Hierro.* Toda solicitud ha sido inútil; pero esto no me sorprende, pues era de esperar.

—Pues ¿qué es, según vos, lo que pudo dar fundamento á esa porfiada tradición?

—Como en todas las leyendas, bastó, al parecer, que un cualquiera, farsante ó iluso, indicase un sitio donde afirmaba estar la tumba del huésped de la Bastilla; pero nada, absolutamente nada precisa en qué sitio fué enterrado *Mathioly.*

—¿Mathioly ó Borbón? observamos nosotros.

—No, respondió muy seriamente M. Sellier; la cuestión está resuelta y *el nombre que consta en la partida de defunción es exactamente el de dicho personaje.* Con ayuda de piezas auténticas, de documentos sacados de diferentes partes, pero más particularmente de los archivos de la Bastilla, el conservador de la Biblioteca del Arsenal ha establecido irrefutablemente la identidad del personaje y reconstituído su estado civil. Habiendo sido primero espía del duque de Mantua y de Luis XIV después, llegó un día en que éste hizo *embastillar* á Matthioly, por detentador de secretos de Estado. No es permitido dudar ya en este asunto. En cuanto á la leyenda...

»Terminada así una tan instructiva audiencia, nos despedimos de M. Sellier dándole las gracias. Pensamos que el resultado de las investigaciones no será muy del agrado de los manes de nuestro inmortal Dumas, ahora que, por final de la carrera, deja sin empleo á los *Quatre braves Mousquetaires*».

Hasta aquí *La Libre Parole* y su mentor M. Sellier. No dirán nuestros lectores que ocultamos las razones adversas á las nuestras en pro de la realidad del príncipe *Máscara de Hierro,* hermano primogénito de Luis XIV. En cuestiones opinables, el amante de la verdad presenta y estudia el pro y el contra.

Razones adversas hemos dicho, y en verdad es mucho decir. ¿Dónde están esas razones? *La Libre Parole* no da ni una, fuera de la autoridad que atribuye en crítica histórica á un arqueólogo que puede ser eminente sin descollar en aquélla, como no descuella M. Sellier. Y aunque este señor tuviera tanta autoridad como aquel periódico le atribuye, ¿hay que creerle por su palabra? De ningún modo, pues él mismo no la

halla fuerte y acude á la autoridad del conservador de la Biblioteca del Arsenal.

Ahora bien; si no andamos muy equivocados, el tal conservador es M. Marius Topin, autor de la obra *L' Homme au Masque de Fer*, cuya sexta edición (París, 1883) tenemos á la vista. De todos modos, nos parece difícil que puedan acomularse más documentos y razones contra la realidad de *Máscara de Hierro* tal como nosotros la defendemos con muchos autores, que los que acumula la obra de Topin; y por añadidura, la «Academia Francesa» coronó esta obra con el premio de Historia.

Pues con ser tan documentada y razonada la obra de Topin, á nosotros nos convenció de lo que no creíamos. Teníamos por fábula la enigmática realidad de un *Máscara de Hierro* hermano de Luis XIV; buscamos en muchas librerías de París obras críticas sobre el caso, y no hallando ninguna como la de Topin, la estudiamos con detenimiento.

Cosa rara; no creyendo en el *Máscara de Hierro*, y estudiando al principal refutador de este personaje, nos convecimos plenamente de que *Máscara de Hierro* era indudablemente hermano de Luis XIV; porque la obra de Topin pretende dar tal extensión lógica á sus documentos, deduce de ellos tantas y tan latas consecuencias, que lo menos que se le puede objetar es el axioma dialéctico: *quod nimis probat nihil probat;* lo que prueba demasiado no prueba nada.

Gran cosa es la crítica bien manejada dentro de sus límites lógicos: pero la criticomanía, esto es, el prurito de criticarlo todo á tuertas ó á derechas, es una de las plagas literarias más funestas de nuestra época y la más allegada al racionalismo: pretendiendo el triunfo de la razón, la oprime y extravía. Ese nos parece el defecto capital del libro de Marius Topin, que parece, además, responder al interés de algunos Borbones, orleonistas, legitimistas, bonapartistas y aun de

muchos republicanos, y en general de todos los franceses, que no quisieran hallar tales borrones en la historia de reyes como Luis XIV.

Es decir, que en este punto la crítica no parte desembarazada en averiguación de la verdad, sino que parte con la carga de un interés preconcebido, sea dinastismo, patriotismo falso, ó amor propio de distinguirse con una solución tan buscada por ingenios eminentes. De ahí que se caiga, como Topin, en tales vicios de lógica, en inconsecuencias tales, que á primera vista se descubren. Pongamos un ejemplo.

Marius Topin, como todos los autores que de esto tratan, describe del principio al fin de su obra las ingeniosas é inauditas artes empleadas por Luis XIV para que no se descubriese quién era el *Máscara de Hierro*, cuya existencia nadie osó negar hasta el presente; y no sólo hace mérito de dichas artes, sino de los muchos crímenes que fueron menester para guardar el secreto. De suerte que, tal como él se expresa, y así es como se expresan también los demás autores, apenas se hallará en la humana historia secreto más tenebroso y bien guardado, ni que más interesara á Luis XIV y su descendencia, ni que tantos crímenes y astucias y gastos exigiera. No parece sino que Luis XIV estuviera dispuesto á ceder una parte de sus Estados por conservar el secreto.

Pues bien: Marius Topin, que todo esto pone en relieve, porque es la pura verdad, entierra la lógica en la misma tumba de *Máscara de Hierro* para afirmar categóricamente, que éste era el mantuano Martthioly, ni más ni menos, según consta del acta de defunción del mismo, cuyo facsímile pone en su obra. ¿A qué venía, pues, tan horrible y pertinaz aparato de secreto, de eterno secreto, y cuán memo era Luis XIV, que no supo precaver se lo violase una partida de defunción? Jamás pudo saberse el nombre del preso enmascarado; entre sombras y misterios impenetrables mu-

rió y fué sepultado; quiso Luis XIV que el secreto le acompañase de tal modo á la tumba, que ni la crítica más aguda pudiese descubrir la verdad; sin embargo, según Topin, una partida de defunción en los registros de la iglesia de San Pablo lo descubrió todo á cuantos presentes y venideros quisieran leerla. ¿Hay crítica en el mundo que admita semejante manera de razonar?

Por otra parte, si de un documento tan auténtico como aquella partida, consta que el *Máscara de Hierro* era Matthioly, y que éste fué encerrado en el cementerio de San Pablo, ¿cómo explica Topin el obstinado secreto que guardaron, según el mismo Topin y todos los autores, Luis XV, Luis XVI, Luis XVIII y otros Borbones, más ó menos conocedores de lo que encerraba aquel negro arcano? ¿No era necio guardar tal secreto, de una cosa tan pública y bien documentada? Y pues tan sumo interés tuvieron Luis XIV y sus descendientes en que jamás se descubriese el misterio, ¿por qué no hacían desaparecer aquel documento traidor?

Lo que todo esto prueba terminantemente es que para los Borbones no tiene importancia alguna la tal partida de defunción de Matthioly; ó si la tiene, es probablemente la que quiso darle Luis XIV, esto es, la contraria de la que supone Topin; ó más claro, quiso Luis XIV despistar á los críticos de entonces y después, fingiendo con aquella partida que el *Máscara de Hierro* era un cualquiera, muerto en la Bastilla y enterrado en San Pablo; pero muy probablemente puesto en libertad, por las razones que ya dimos arriba.

Lo cierto es que el nombre del discutido difunto, pásmese el lector, en la famosa partida no es Matthioly, sino *Marchioly*. Consta del mismo facsímile que nos da la obra de Topin. Pues según esto, ¿de dónde sacan que el difunto de tan amurallado secreto

era el ministro mantuano Matthioly, si no se fundan más que en la partida de defunción, y ésta le llama *Marchioly?* Es que, responde Topin, entonces se escribían los apellidos con mucho descuido, y se cometió la torpeza de poner *Marchioly* por *Matthioly*. ¡Brava salida! Pero, ¿cómo lo prueba Topin? De ninguna manera; él lo dice, y hay que creerle. Y basta que él lo diga, para que Mr. Sellier afirme á *La Libre Parole*, y ésta repita como punto indiscutible, que el difunto era el *Máscara de Hierro*, y éste era el mantuano Matthioly con todas sus letras.

Nos hemos extendido en refutar este punto porque es el fundamento principal de la obra de Marius Topin, invocada por Sellier y muchos otros. De análoga vanidad adolecen los demás documentos y razones que alega dicho autor; pero los límites de un artículo no nos permiten refutarlos. Quizá algún día lo hagamos en un libro consagrado expresamente al asunto.

Después de todo, nos parece una puerilidad muy indigna de hombres serios el pretender que, pasados doscientos años de la inhumación de Marchioly, y dado el gran secreto del crimen de Luis XIV, se hallasen ahora, en las excavaciones del que fué cementerio, restos ó huesos que aclarasen las dudas; y pues no se han hallado, y de esto deducen que allí no fué enterrado tal hermano de Luis XIV, de las mismas razones se deduce que tampoco lo fué el mantuano Matthioly. Por lo tanto, no habiéndose hallado vestigio alguno en pro ni en contra, la cuestión queda como estaba, y todo lo que de las *fouilles* ó excavaciones se ha sacado es confirmar de algún modo lo que dijo *Luz Católica* hace dos años: que *Máscara de Hierro* no murió en la Bastilla ni fué enterrado en San Pablo, sino que se fingió ser así mediante el cadáver de otro, á quien llamaron *Marchioly*.

(*Luz Católica*, núm. 117=1 Enero 1903).

VI

Máscara de Hierro profetizado por Nostradamus.

Dijimos en otras partes la poca fe que nos merecieron las predicciones de Nostradamus hasta que, poco ha, las leímos con el necesario detenimiento para convencernos de que estábamos en error. Insinuamos también que en dichas predicciones habíamos hallado varias referentes á «Máscara de Hierro». Indudablemente en los cuatro mil versos que contienen las *Centurias* hay mucho relativo á este personaje misterioso y á sus descendientes; pero confesamos que la falta de tiempo para estudiarlo no nos permite ocuparnos ahora sino de lo más claro, como es un pasaje que los comentadores del vidente de Salón aplican á Luis XIV y su discutido hermano.

Los versos que citaremos son de la primera Centuria, desde la estrofa 94 hasta la 97 inclusive. Los comentarios serán, por lo general, simples pasajes tomados de los autores que citaremos, diferenciándose de este modo nuestra exposición de todas las conocidas hasta el día y siendo, sin duda, la de mayor autoridad, por los autores que la confirmarán.

I

Au port Selin le tyran mis a mort.
El tirano es condenado á muerte en el puerto Selín. (1)

---

(1) De *selene*, griego, que significa *luna*. Prescindiendo de otras interpretaciones, que legítimamente pueden darse á esta palabra, *selino* quiere decir variable como la luna, y conviene á Corbie, plaza fuerte de la frontera francesa por el lado de Flandes, en donde la fortuna varió como la luna, ora en pro de los franceses, ora de los españoles. En las montañas de Corbie, durante el sitio de los franceses, sucedió lo que dice el vidente: por añadidura, adviértase que también se llaman *puertos* las altas montañas donde hay una garganta que da paso á los viajeros.

«Los españoles sitiaron é Corbie, última plaza fuerte de los franceses, y la tomaron. La consternación fué extrema en París. Acusábase generalmente al Cardenal (Richelieu, ministro de Luis XIII) de no haber sido previsor. Era él, decían, el que atraía sobre el reino la cólera del cielo, gracias á los sentimientos que excitaba en el corazón de los hijos contra su madre (la de Luis XIII, Catalina de Médicis). El rey mismo no pudo librarse de los terrores que da el remordimiento...

»El conde de Soissons vino en conocimiento de que el rey sospechaba que él era en gran parte la causa de tantos desastres; y á su juicio, el monarca no podía recibir más que de Richelieu estas malas impresiones. Enfurecido, pues, por la calumnia, tomó la resolución de vengarse, y logró interesar en su proyecto al duque de Orleans, Gastón (hermano del rey), que gemía bajo la tiranía del Cardenal, rodeado de espías con nombre de domésticos, contrariado en sus gustos, que era necesario someter á la inspección del ministro, no pudiendo otorgar su confianza ni su favor sin autorización de él; obligado, en fin, á tener su esposa alejada de su lado, y después de la guerra, privado hasta del consuelo de atender á las necesidades de la duquesa, lo cual le fué prohibido.

»Durante el sitio de Corbie (para recobrarla) el rey permaneció en el campamento con el duque de Orleans y el conde, cada uno en su cuartel, y el Cardenal se estableció en Amiens. En estas disposiciones se dispuso el plan del atentado. Montresor y Saint-Ibal, dos gentileshombres del conde, varones de consejo y ejecución, avistáronse con el duque de Orleans... Gastón prometió autorizar con su nombre lo que se hiciese contra el Cardenal. En consecuencia, los dos príncipes se van á Amiens con cuatrocientos ó quinientos hombres y entran en casa de Richelieu. Las órdenes se han confirmado. Se ha terminado el consejo. Los príncipes acompañan al rey á su carruaje, y éste parte. Saint-Ibal estaba detrás de Richelieu, dispuesto á herir, y otros conjurados rodeaban al Cardenal. Montresor mira al duque, pidiéndole el consentimiento con la mirada. Una señal, y el ministro caía muerto; pero Gastón volvió la cabeza y se retiró precipitadamente como turbado. El Cardenal vió partir á los príncipes y entró tranquilamente en su casa, habiendo escapado, sin saberlo, del mayor peligro que corrió en su vida». *(Histoire de France,* por ANQUETIL, año 1637).

Es difícil hallar en la historia de Francia un déspota más tirano y desalmado que el Cardenal Richelieu. No obstante la sobredicha conjuración y otras

que contra él se tramaron, de todo triunfó por las negras inventivas de su ruín corazón, y los oprimidos siguieron gimiendo como va á decir el vidente.

II

La liberté non pourtant recouvrée.

La libertad, sin embargo, no fué recobrada.

«Richelieu dejaba entretanto al duque de Orleáns roer su freno en su honorable destierro; pero el rey, cansado ya de tantas ruindades, declaró netamente que quería se acabasen, y fué necesario al Cardenal buscar modo de ponerles fin (pero salió con la suya: todo siguió igual). En cuanto al conde de Soissons, viendo que el duque se resignaba, se defendió escribiendo al rey una apología de su conducta, fundada en las solapadas vejaciones del Cardenal, que le había obligado á alejarse, y pidió que se le dejase vivir en Sedán. (Otros varios nobles fueron tan vejados como dichos dos príncipes).

»En cuanto al rey, ya no se estimaban sus favores, y llevaba una vida tan triste, que pocas personas deseaban ser admitidas á su familiaridad. Las que por él eran distinguidas con este honor, se disgustaban pronto, porque se veían obligadas á pasar el tiempo en pueriles recreos ó á escuchar perpetuas murmuraciones contra su ministro, cuyo yugo llevaba él con mucha impaciencia.

»Separado de su madre, á quien mantenía en el destierro (porque lo quería Richelieu), prevenido contra su esposa, receloso de su hermano, desconfiando siempre de sus parientes y de los señores que le rodeaban, no veía más que por los ojos de Richelieu, á quien detestaba, pero sin el cual creía no poder reinar». (*Historia* y año citados).

Los crímenes que de esto nacieron son innumerables. Cada pequeño tropiezo del Cardenal necesitaba hacer una víctima, y la hacía con toda la horrible sangre fría de un gran tirano. Siguióse conspirando contra él; resuelto estaba ya el rey á deponerle, por consejo del P. Caussin, su confesor; pero siempre salió triunfante, cayendo en desgracia los conspiradores y no recobrando jamás la libertad los oprimidos.

III

Le nouvean Mars par vindicte et remort.
Dame par force de frayeur honorée.

La nueva guerra es por venganza y remordimiento.
Una señora es honrada á fuerza de temor.

El primer verso alude lo mismo á la interminable guerra que sostenía en su seno la familia real, que á la guerra casi europea de Francia con varias naciones, sobre todo con España en la península y otras partes. Entrambas guerras nacían de venganza por parte de unos y de remordimiento por parte de otros, como es de ver en las crónicas de la época.

El segundo verso dice en dos palabras el motivo de que Luis XIII honrase, al fin, el tálamo de su esposa, de quien estuvo alejado muchos años, merced á las diabólicas intrigas de Richelieu, que se la hacía tener por infiel.

Marius Topin, en *L' Homme au Masque de Fer*, capítulo III, cuenta con minuciosos detalles el horror de Luis XIII á consumar su matrimonio con Ana de Austria. «Cuatro años después de casada, dice entre otras cosas, la reina *no era todavía esposa*». España consideraba esto como un gravísimo insulto que se le infería en la persona de la hija de su rey Felipe III, y Francia en masa y otras naciones hacían supremos esfuerzos para que Luis XIII cumpliese con su débito de esposo.

Asustado este rey ante los peligros de su incalificable conducta que los grandes de su corte le representaban, parece que al fin cedió; pero de todos modos, recayó en su conducta de marido el más excéntrico, conducta fomentada por las abominables intrigas de Richelieu, una de cuyas víctimas fué por muchos años Ana de Austria, así en cuanto esposa como en cuanto reina. Por fin, una religiosa, á quien

viviendo en el siglo había amado el rey, y que para librarse del peligro de este amor se encerró en un claustro, consiguió lo que nadie había conseguido. Era Mlle. de La Fayette, en el claustro Sor Luisa.

«El rey, dice Anquetil, seguro contra sí mismo por el nuevo estado de su amiga que él respetaba, la vió con más frecuencia que antes; y ella, no teniendo que perder por su estado, le habló con mayor autoridad. Mlle. de La Fayette se aprovechó del ascendiente que adquirió sobre el rey, para conseguir la unión de los dos esposos, destruyendo las fatales prevenciones que el rey tenía contra su esposa; y le apremió tanto, que por último el rey se fué directamente á estar con su esposa la reina. El fruto de esta reconciliación, después de veintitrés años de esterilidad, fué un hijo que se llamó Luis XIV». (ANQUETIL, *ibid*, año 1638).

No fué un hijo, sino dos de un solo parto, y el primogénito fué «Máscara de Hierro». Nosotros llegamos á opinar que éste y Luis XIV no fueron gemelos; pero Nostradamus viene en confirmación de los críticos que los hacen tales, como se verá en los versos siguientes:

IV

Devant monstier trouvé enfant besson
D'heroic sang de moine et vetustique.

Delante de un monasterio fué hallado un niño GEMELO
De heroica sangre de monje y vetusta.

«Para aliviar el recuerdo de sus penas, Ana de Austria se dió á la devoción que desde sus más tiernos años le fué inspirada. Adquirió el Val-de-Grace é hizo construir allí un monasterio, á donde iba á orar y recogerse libremente. Las religiosas, á quienes trataba siempre con respeto y amistad, la veneraban y compadecían mucho». *(Histoire des reines de France,* por MLLE. E. CARPENTIER).

«En el palacio de *Saint Germain,* situado delante del monasterio *des Loges,* en donde su madre lo habrá pedido á Dios, nacerá el *niño gemelo,* hijo de un monarca muy religioso llamado «el Justo», hecho padre después de un matrimonio de 23 años de esterilidad». *(Henri V predit,* por H HONORÉ-CHAVIGNY, *XI Lettre).*

Como se ve, el abate Honore-Chavigny, principal comentador de Nostradamus, hacía mucho favor á Luis XIII para poderle aplicar la palabra *moine* del profeta; pero nos parece claro como la luz que éste alude á la vida de oración y penitencia que Ana de Austria hacía entre las monjas, llamando á ella también monja, bien que toma para esto el masculino, como hace en otros casos. Con lo cual indica igualmente lo que dice el abate, esto es, que fué madre porque el cielo oyó las oraciones que en el monasterio le elevaba.

Si la palabra *moine* indicara la religiosidad de un monarca, con más razón sería aplicable á los religiosísimos reyes de la Casa de Austria, de quienes la reina era hija; y por añadidura, el adjetivo *vetustique*, sólo aplicable á la sangre del rey, indica que la sangre de *moine* era la de la reina, abarcando así entrambas sangres. En efecto, la de Luis XIII era *vetusta*, muy antigua, como descendiente de Hugo Capeto; y siempre que los profetas aluden á la genealogía del Gran Monarca, que es Borbón y Austria, dicen que viene de *antigua sangre.*

V

Son bruit par secte langue et puissance son,
Qu'on dira fort elevé le vopisque.

La fama que acompañará á su nacimiento, así entre religiones y escuelas como pueblos y naciones, será tan grande,

Que se tendrá al VOPISCO *por muy elevado.*

Vopiscus es palabra latina con que se designa al gemelo viviente, habiendo muerto el otro ó desaparecido como si hubiera muerto. Es muy de notar que Nostradamus anuncia un hijo, cuyo nacimiento dice que será de mucha fama y resonancia; y aunque esto conviene á un solo hijo, llámale GEMELO, *besson*, con lo cual supone el nacimiento de dos; y añadiendo *vopisco*,

viene á decir claramente que uno de los dos desaparecerá, siendo el otro recibido como un ser *elevado*, esto es, providencial y llamado á grandes empresas. Todo esto es lo mismo que decir: «Se esperará uno al pronto, y luégo nacerán dos; pero el público no tendrá noticia más que de uno, el cual será recibido como venido del cielo». El segundo nombre de Luis XIV fué *Dieudonné*, esto es, Dado-por-Dios.

«El ruido que hará en el mundo,—interpreta Honoré-Chavigny—por la revocación del edicto de Nantes, por el siglo de las artes y de la ciencia que tomará su nombre, y por sus victorias, el hijo á quien se habrá conservado la vida civil,—habiendo *Máscara de Hierro* muerto para el mundo desde su nacimiento,—le merecerá el título de Grande *(elevé)* hasta de sus enemigos». *(Henri V predit)*.

Es verdad que una sola profecía de esta índole puede ser susceptible de varias interpretaciones, todas fundadas; mas nos parece que Honoré-Chavigny no interpretó bien este punto. No se refiere la predicción á la fama de Luis XIV, sino á la fama del nacimiento del *besson*, al ansia general con que era esperado un Delfin, á los augurios que se hacían de su nacimiento, á lo extraordinario de éste después de 23 años de matrimonio infructuoso, á las circunstancias, en fin, tan excepcionales, que todo el mundo consideraba al Delfin un don de Dios para resolver el trascendental problema de la sucesión á la corona de Francia y otros problemas internacionales. De ahí el decir que se le tendrá por *fort elevé*, muy elevado. El siguiente punto pondrá todo esto más en claro.

VI

Celui qu' aura la charge de destruire
Temples et sectes, changés par fantasie,

El que será acusado de destruír
Templos y escuelas, cambiados por fantasía.

Después de mucho estudiar estos versos, nos con-

vencemos de que deben tener dos versiones, ambas igualmente conformes con la mente de ellos. La primera es:

«Aquel á cargo de cuya sangre ó descendencia, viniendo de él el Gran Monarca, pondrá Dios la destrucción de los templos y sectas de aquellos que por sus pasiones y fantasías dejaron el Catolicismo para fundarse iglesias y escuelas á su capricho...»

Análoga versión da Honoré-Chavigny en la obra citada, bien que trayéndola un poco por los cabellos para poderla aplicar á Luis XIV. La segunda versión es esta:

«Aquel que por fantasía, esto es, sin fundamento, será acusado (*charge* también significa cargo ó acusación, como en castellano) de que con el tiempo destruirá templos, fomentará sectas y las variará á capricho suyo, y encenderá las guerras consiguientes...»

La primera versión es más conforme con lo porvenir que la segunda, y está más conforme con lo pasado, ó sea con lo sucedido cuando iba á nacer «Máscara de Hierro» y poco después. La historia lo confirma. Citemos:

«Largo tiempo hacia que el rey estaba prevenido, por algunas profecías, de que su mujer le daría dos hijos. Vinieron á París unos pastores que dijeron saber esto por divina inspiración, y tal fueron creídos, que en París se decía que si la reina daba á luz dos delfines, según estaba predicho, sería para el Estado el colmo de la desgracia. El Arzobispo de París encerró a los dos adivinos en San Lázaro, porque en el pueblo había gran conmoción, y todo esto dió mucho que pensar al rey, considerando las turbaciones que en su Estado eran de temer.

»El Cardenal (Richelieu) á quien el rey dió á conocer por medio de un mensaje esta profecía, respondió que el nacimiento de dos delfines no era un imposible, y que en caso de nacer dos, era necesario ocultar cuidadosamente el segundo, porque un dia tal vez querría ser rey y combatiría á su hermano para sostener una segunda liga en el Estado.

»El rey padecía con esta incertidumbre, y la reina exhaló tales gritos, que nos hizo temer un segundo alumbramiento (pocas horas antes había sido el primero). Enviamos á llamar

al rey (que estaba cenando), y presintiendo él que iba á ser padre de dos delfines, casi cayó de espaldas, y dijo que padecía una angustia mortal.

»Acto continuo llamó al obispo de Meaux, al canciller, al Sr. Monerat, á la comadrona Perronette y á mí, y en presencia de la reina, para que ella lo oyese, nos dijo: «Con vuestra »cabeza me respondéis si llegáis á revelar el nacimiento de »un segundo delfin. Quiero que su nacimiento sea un secreto »de Estado, para prevenir los males que podrían sobrevenir, »ya que la ley sálica nada establece sobre la herencia de la »corona en casos como este». (*Mémoires du maréchal de Richelieu.* Relación del preceptor de «Máscara de Hierro», hecha en su lecho de muerte).

Quizá el preceptor citado incurriría aquí en un error de memoria, pues en el *Voyage á la Bastille*, de Michel de Cubieres, leemos lo que sigue:

«A 5 de Septiembre de 1638, Ana de Austria, que había dado á luz un hijo, el cual fué incontinenti proclamado Delfin, dió á luz un segundo hijo durante la cena del rey. Para evitar las pretensiones de un hermano gemelo á la corona de Francia, y aunque este hijo, nacido el segundo, *debía ser tenido por primogénito según los términos de la ley*, Luis XIII salió del paso tomando la resolución de ocultar el nacimento de este hijo, al que hizo desaparecer secretamente».

Como quiera que sea, lo indudable es que hubo dos delfines, y que el legítimo heredero de la corona fué el que se hizo desaparecer. Continuemos con la relación del preceptor de este príncipe infortunado, según la traen las citadas *Mémoires du maréchal de Richelieu*:

«Lo que estaba predicho llegó; cenando el rey, dió á luz la reina un delfin más delicado y hermoso que el primero... Y á los que éramos testigos nos fué expresamente prohibido hablar del asunto bajo pretexto alguno, aunque fuese entre nosotros. Ninguno de los que allí estábamos ha faltado al juramento que prestó, pues S. M. nada temía tanto como la guerra civil que después de él podían provocar sus dos hijos.

»En cuanto á los pastores que anunciaron el nacimiento del infortunado príncipe, ya no oí hablar de ellos; bien que no traté de averiguar su paradero».

VII

Plus aux rochiers q'aux vivants viendra nuire,
Par langue ornée d'oreilles ressasies.

Más daño hará á las rocas que á los vivientes,
Por lengua adornada, de orejas reembargadas.

El segundo de estos versos debe ser vertido también de dos maneras. Alude á las órdenes de Luis XIV para encerrar á su hermano y mantenerle tanto tiempo en la cárcel; órdenes dadas *adornadamente*, esto es, bajo especiosos pretextos de bien público, y en virtud de lo que llegó á oídos de dicho rey, ora por parte del preceptor del desconocido príncipe, ora por la predicción de un astrólogo que se asegura hizo de éste pésimos augurios á Luis XIV; por lo cual dice el texto, indicando que se haría tal predicción, que las capciosas órdenes del encarcelamiento eran efecto de *orejas reembargadas*, esto es, de haber oído una predicción semejante á la que tanto embargó el ánimo de Luis XIII y le hizo tomar la resolución de ocultar al niño gemelo.

Alude también á la levantada actitud con que este príncipe habló á su preceptor, cuando por un documento sorprendido se confirmó en las sospechas que ya tenía en virtud de rumores y noticias; sobre lo cual, así como sobre la versión primera, leamos lo que dice el mismo preceptor en las repetidas *Mémoires du maréchal de Richelieu:*

«En cuanto á la infancia del segundo príncipe, la dama Perronette le trató desde luego como hijo suyo, pero que pasó por ser hijo bastardo de algún gran señor de aquel tiempo... Cuando ya fué un poco crecido, el Cardenal Mazarin, que fué el encargado de procurarle educación después del Cardenal Richelieu, lo confió á mi cuidado para que le instruyese y educase como á hijo de un rey, pero en secreto. Fué, pues, educado en mi casa, en Borgoña, con todo el cuidado debido á un hijo de rey y hermano de rey... Los hijos declarados de príncipes no reciben mejor educación que él. Lo único que se

me puede reprochar es haber sido causa de su desgracia, aunque bien involuntariamente. He aquí cómo:

»A sus 19 años de edad, entró el príncipe en raros deseos de saber quién era... Dos años después, una infausta imprudencia por mi parte, que yo me recriminaré toda mi vida, le descubrió lo que tanto deseaba conocer. Sabía él que, desde poco antes, el rey me enviaba algunos mensajeros, y por añadidura tuve yo el imperdonable descuido de dejar abierto el cofre de mis papeles, donde guardaba las cartas de la reina y de los Cardenales. Leyó una parte y adivinó la otra por su natural penetración. Después me confesó haberme quitado la carta más expresiva y categórica acerca de su nacimiento.

»El joven príncipe era entonces bello como el amor... Una joven gobernante de la casa (1), no obstante mis órdenes en contra, le dió un retrato del rey. El desgraciado príncipe lo reconoció, y bien podía reconocerlo, pues eran tan semejantes, que un mismo retrato sirviera para entrambos. Esto le excitó de tal modo, que enseñándome el retrato de su hermano y una carta del Cardenal Mazarín que me había sustraído, me dijo: «*He aquí mi hermano, y he aquí quién soy yo*».

»El temor de que el príncipe se me escapase, me obligó á enviar un mensaje al rey, informándole acerca de lo sucedido y pidiéndole nuevas instrucciones. El rey me envió sus órdenes por medio del Cardenal, y fueron que nos constituyésemos prisioneros los dos hasta nueva orden; así se hizo, pero dando á entender al príncipe que su pretensión era la causa de nuestra común desgracia».

La nueva orden no llegó, pues el preceptor murió en la cárcel. El príncipe siguió preso durante muchos años, con tanto rigor, que el secreto de que se le rodeó era impenetrable. Sin duda influyó mucho en Luis XIV, para tan extrema resolución, la indicada predicción astrológica, sobre la cual dice la *Addition au Dictionaire philosophique*, citada por varios autores:

«Luis XIV ignoró hasta su mayor edad la existencia de su hermano, cuya semejanza con él era tan asombrosa, que se les podía tomar por gemelos y era difícil no tenerlos por hermanos. Estas circunstancias, corroboradas por la predicción de un astrólogo que nada bueno prometía al rey de parte de aquel hermano, hiciéronle pensar en los medios de anular-

(1) Hija del mismo que lo dice. La llamó gobernante, ó criada, porque era su hija y quería excusarla.

lo; y por ende, afectando tener un generoso respeto al honor de la realeza *(langue ornée...)* imaginó un medio de enterrar la prueba en el olvido».

Fué encerrado el infortunado príncipe, pasando la flor de su edad, ora en el castillo de Pignerol, ora en el *donjon* de las islas de Santa Margarita, ora en la Bastilla, es decir, entre peñascos y paredes de inmensos sillares. De este modo, aquel de quien tanto mal se temía, *más daño pudo hacer á las rocas que á los vivientes*, como dice el texto. En confirmación de lo cual, las *Mémoires du maréchal de Richelieu* refieren que Luis XV, hablando de Máscara de Hierro con M. de la Borde, díjole: «Todo lo que vos sabréis más que los otros es que *la prisión de aquel infortunado á nadie perjudicó sino á él*».

VIII

Ce que fer; flamme n' asseu parachever,
La doulce langue au conseil viendra faire.
Par repos, songe, le roy fera resver.
Plus l' ennemi en feu, sang militaire.

Lo que ni hierro ni fuego puedo llevar al cabo,
Lo hará la dulce lengua del buen consejo.
El Rey, por medio de reposo, de sueño, le preservará.
Ya no hay más enemigo en fuego, ya no sangre militar.

Antes de explicar estos versos, digamos todavía algo con la repetida relación del preceptor del infortunado príncipe:

«Durante las turbulencias de la Fronda, hablé frecuentemente con la reina madre, y Su Majestad pareció temer que, si alguna vez el nacimiento del otro hijo llegaba á descubrirse viviendo su hermano el joven rey, algunos descontentos se valdrían de eso para rebelarse, puesto que muchos médicos dicen que, de dos gemelos, el que nace el último es el primero que fué engendrado, y por consiguiente es el rey de derecho.

«Sin embargo, este temor no pudo inducir nunca á la reina á destruír las pruebas escritas de dicho nacimiento, pues en caso de inhabilitación ó muerte del joven rey, quería ella hacer

reconocer á su hermano, aunque tenía ya otro hijo. Díjome varias veces que conservaba con cuidado en su *cassette* los documentos pertinentes al caso».

En la voluminosa *Historia de las persecuciones religiosas y políticas*, que contiene, como tantas otras, gravísimos errores sobre el origen y demás de Máscara de Hierro, leemos, sin embargo, esta consideración que nos parece muy oportuna:

«Al revelar la reina este secreto á Luis XIV, debió imponerle el respeto á la vida de su hermano de una manera eficaz; y ésta no podía ser otra que amenazándole con que una persona, en cuyo poder había depositado los documentos referentes al nacimiento... los publicaría si él atentaba á la vida de su hermano.

»Sólo de esta manera, á nuestro juicio, puede explicarse la mezcla de respeto á la vida del preso y las consideraciones de todo género que le guardaban en su larga prisión, y las precauciones extraordinarias que tomaban para que nadie le viera... La prisión era obra del rey, las consideraciones que le guardaban y el conservarle la vida no podía ser obra espontánea de éste, sino hija de una fuerza mayor, á que se veía obligado á someterse á pesar suyo».

Es oportuno añadir á estos pasajes lo que por nuestra cuenta dijimos en el núm. 18 de *Luz Católica*, y hemos repetido arriba, página 115.

Además, parece desprenderse como cosa cierta que hubo en la Bastilla una substitución, ocupando alguien el puesto de Máscara de Hierro, puesto en libertad, y á su muerte siendo enterrado en el cementerio de San Pablo con el supuesto nombre de *Marchialy*. Debió de parecer aquello un sueño al libertado, al substituto, á Saint-Mars y á otros...

Como quiera que fuese, nosotros sólo así podemos explicarnos los últimos versos citados de Nostradamus. Lo que ni hierro, ni fuego, ni privaciones, ni tormentos pudieron conseguir, por la prudencia de los consejos, ora de los pocos que conocían el secreto, ora del confesor de Luis XIV, ora de éste á su hermano ó viceversa, fué conseguido, y Máscara de Hierro fué

puesto en libertad, fingiendo, por medio de otro, que seguía habitando en la Bastilla y que murió allí; *par repos, songe.*

Terminado de este modo aquel criminoso asunto, ya no tenía Luis XIV por qué temer los presagios de los profetastros y agoreros; ya no le daría pena aquel hermano que podía ser su enemigo y arrebatarle la corona á fuego y sangre; ya la sangre militar no sería derramada en guerra por esta causa; el enemigo no existía ya. *Plus l'ennemi en feu, sang militaire.*

Pero al andar de los tiempos, cuando un descendiente de Máscara de Hierro estuviese próximo á probar con sus obras de qué tronco había recibido su sangre, y preparase la general restauración que debe obrar con el título de Gran Monarca, el crimen de Luis XIV empezaría á ser descubierto por la crítica en su verdadera gravedad, y por último, triunfando el descendiente de su hermano, sería la memoria de éste tan ensalzada, como la suya relegada al deshonroso lugar que le corresponde.

Terminemos diciendo con el P. Vieyra:

«Cuando Dios quiere conservar un reino, divide la sangre Real de él como en dos líneas, para que la falta de una se defienda y sustente en la otra; y esta segunda, no de cualquiera generación, ni indirectamente, aunque de la misma nación, sino escogida y de sujetos señalados y heroicos, en que quede depositado y como vivo el valor de sus ascendientes».

(*Luz Católica*, núm. 122=5 Febrero 1903).

VII

El Venerable Fiacre y «Máscara de Hierro.»

De una preciosa carta que nos escribe un Padre Agustino Recoleto entresacamos los párrafos siguientes:

«Tengo otro tercer motivo para regocijarme en lo que V.

anuncia en sus escritos; en esto voy á ser algo más extenso.

»En la vida del V. Hermano Fiacre de Santa Margarita, Agustino Recoleto francés, de la que tengo á la vista un brevísimo resumen, se refiere lo siguiente que á la letra copio:

«En aquel tiempo en que la Reina de las Galias (Ana de »Austria, madre de «Máscara de Hierro» y de Luis XIV) so»corría con sus larguezas la pobreza de los Religiosos, oró »(el Hermano Fiacre) á Dios que la consolase, dándole *á lo* »*menos un hijo*, ya tanto tiempo deseado por ella para su reino. »En efecto; como se le apareciese visiblemente la Santísima »Virgen, envióle á decir á la Reina que en breve, después de »22 años de esterilidad (1), daría á luz un hijo, que después »fué Luis XIV» (2).

»De la popularidad de este Hermano en toda la Francia, y »sobre todo en París, queda todavía el recuerdo en el vehículo »(coche) que sin duda V. ya conoce, y que lleva el nombre »mismo de dicho Hermano Fiacre (3).

»Otra historia de nuestra Congregación, que también tengo á la vista, trae íntegro un Real decreto, por el que Luis XIII dispone que el P. Subprior de Recoletos de París, en compañía del H. Fiacre, fuese al santuario de Nuestra Señora de Gracia en la Provenza, á rogar á Dios por el feliz alumbramiento de la Reina, que ya se hallaba embarazada. Su fecha á 7 de Febrero de 1638. La Reina, en acción de gracias, edificó en el Real sitio de San Germán una suntuosa iglesia dedicada á Nuestra Señora de Gracia, mandando grabar en su primera piedra una inscripción entusiasta, en que manifiesta edificar aquella iglesia para premiar con ella lo mucho que debe á la

---

(1) Esto no parece texto de la revelación, sino expresión del historiador. Creemos haber probado bien que no había esterilidad, sino *abortos*, ó alumbramientos llamados así.

(2) Por aquí se ve lo que decíamos: expresión del historiador y no de la revelación misma.

(3) Llaman los franceses *fiacre* al coche de punto; pero salvo el mejor parecer del respetable religioso comunicante, creemos que no es el H. Fiacre, sino S. Fiacre quien dió nombre á dicho vehículo. S. Fiacre, anacoreta irlandés fallecido en 670, fundó en Breuil, cerca de Meaux, un oratorio, donde vivió algunos años y donde murió. En París había antiguamente una posada llamada de *Saint-Fiacre*, en la calle de San Martín, y en aquella posada se reunían los cocheros de punto. De ahí vino llamar *fiacres* á los coches. Pero en fin, todo esto importa poco al asunto de que se trata, y por otra parte, el sobredicho religioso funda su opinión en autores que la expresan igualmente.

Congregación de PP. Recoletos. Entoces era ella *Regina Regens*, Reina Regente: año de 1644.

»Sin que yo diga á V. más, comprenderá por qué aduzco estas citas. La intervención del cielo por medio de la aparición de la Virgen parece poco motivada para anunciar la gran calamidad llamada Luis XIV, sobre todo si se tiene en cuenta que juntamente con él, y con más derechos que él á la corona de Francia, había de nacer uno de los ascendientes del Gran Monarca. ¿Sería éste el anunciado?

CAPÍTULO XIV

DISQUISICIONES VARIAS SOBRE EL GRAN MONARCA

CAPÍTULO XIV

DISQUISICIONES VARIAS SOBRE EL GRAN MONARCA

I

Señas generales.

Daremos las que en una obra de la índole de esta *Apología* se pueden dar, y aun esas no irán todas en este capítulo. Los que posean nuestro libro *Revelación de un secreto*, poco fruto sacarán ya del presente capítulo; pero es menester que atendamos también, en lo posible, á la legítima curiosidad de los que no hayan leído dicho libro.

Nos preguntan muchos, empezando á creer en las profecías que damos á conocer, quién pensamos que será el Gran Monarca, si de verdad será español, y en qué tiempo ha de venir.

¿Quién será el Gran Monarca? Dios lo sabe; si alguno tiene revelación sobre el particular, no será para que pueda contestar hoy á la pregunta. Sin embargo, cuando hayamos descubierto todas sus señas generales, quizá nuestros lectores podrán decir quién ha de ser, ó por lo menos sospecharlo con grave fundamento.

Que será español no puede dudarse, pese á los franceses que lo hacen francés. Lo probaremos en otro capítulo. De su nacionalidad hemos dado pruebas ya, pero seguiremos dándolas terminantes.

Su tiempo ha llegado: también lo hemos probado y probaremos. El Gran Monarca existe, por más que todos lo desconozcan, pues desconocido ha de ser hasta que llegue su hora, que está muy cerca. He aquí unos párrafos de profecías verdaderas, resumen de todo cuanto sobre el particular dicen las demás:

«Este santo hombre será gran pecador en la juventud y después se convertirá al gran Dios. Será en su niñez y adolescencia como santo, en su juventud gran pecador, pero después se convertirá y hará gran penitencia. El tal hombre empezará á investigar los secretos de Dios sobre la larga visita y dirección que hará el Espíritu Santo en el mundo, por medio de la santa Milicia (Crucíferos). Irá interpretando los oscuros secretos (profecías) del Espíritu Santo, y muchas veces será admirado por conocer los internos secretos del corazón de los hombres. Los Crucíferos, no pudiendo vencer primero con letras á los herejes, se moverán contra ellos impetuosamente con las armas. Dios Omnipotente exaltará á un hombre muy pobre, de la sangre de Constantino...» (*San Francisco de Paula*).

«Descendiente de la estirpe de España; vencerá maravillosamente con la señal de la Cruz.» *(Santa Brígida)*.

«En la España mayor reynará un Rey dos veces piadosamente dado». (*San Isidoro de Sevilla*).

«Saldrá por los tiempos venideros el Rey Católico de España en persona... y reducirá toda el África á su obediencia». *(San Alfonso Rodriguez)*.

«Se creerá que la raza del gran duque está extinguida: nada de eso; un duque *(dux)* aparecerá contra toda esperanza, cuando los amigos de la Iglesia y de los Soberanos estén consternados. Su reinado no podrá lograrse sin el grito de la oposición y sin tempestad. Los príncipes y los grandes se sublevarán para resistirle y murmurarán de él». (*V. Holzhauser*).

«El que reinará no será el que se cree. Será el salvador concedido (por la divina misericordia), y con el cual no se contaba». *(V. Sor Mariana de Blois)*.

«Grande será el asombro del mundo cuando llegue á saber que hay en París un rey que vive desconocido entre el pueblo». *(V. P. Eugenio Peghi)*.

«Un príncipe conocido de Dios sólo, que hace penitencia en la soledad, debe venir como por milagro». *(V. Mariana Gaillier)*.

«Demostrará el esplendor de su fe. Esto causará mucho ruido y mucha admiración; pero sólo se debe á Dios. Su causa,

con humildad y pobreza, correrá á cuenta de Dios». *(San Vicente Ferrer)*.

«Reinarán la paz y la justicia. Un príncipe que habrá pasado sin ser advertido, y cuya casa habrá sufrido mucho por la desgracia de los tiempos, traerá esta paz á la tierra». *(V. Elena Wallraf)*.

«Dios mismo le ha hecho pasar por el crisol de la prueba y del tormento, pero va á llamarle del destierro. El mismo Señor lo tomará de la mano, y en el día fijado lo pondrá en el trono. Su destino es el de reparar y el de regenerar». *(V. Madre del Bourg)*.

Basta por ahora. Poco á poco se irá esclareciendo el misterio que rodea al varón de los grandes destinos; y tal confianza tenemos en la ayuda de Dios para esta empresa, que esperamos no ha de quedar un incrédulo entre nuestros lectores de buena fe.

(*Luz Católica*, núm. 15=10 Enero 1901).

Ahora bien; ¿hay alguna persona conocida á quien convengan las precedentes señas?

Días ha que llegan á mis oídos ciertos rumores, según los cuales, yo, el infeliz y pecador Padre Corbató, juzgo que soy el Gran Monarca y por eso doy tantos detalles que me ponen de manifiesto. Pues ¿qué dirían si publicase otros que no pienso descubrir, cabalmente por no dar pábulo á esos mismos rumores?

No se precipiten mis amigos ni mis adversarios. Calma, calma, que si á mí convienen muchas señales de las profecías, no pocos sacerdotes hay en España á quienes pueden convenir igualmente. Dije tiempo atrás que los lectores de *Luz Católica* llegarían á señalar al hombre con el dedo; y si ahí, por lo visto, hemos llegado ya, me parece que el señalamiento es indiscreto, intempestivo, y sobre todo funesto para mi alma, por el peligro en que me ponen de envanecerme. Por Dios ruego á todos que no sigan por ese camino. El salvador, el Gran Monarca, se descubrirá pronto. ¡Dios lo quiere!; pero todavía no es hora.

Esto dicho, copio y respondo á tres cartas.

«Sr. D. José Domingo Corbató, Pbro.

Muy señor nuestro: Somos lectores asiduos de su excelente semanario desde que apareció en el estadio de la prensa, y como uno de los asuntos preferentes á que V. le dedica es el tocante al Gran Monarca, ha despertado usted vivamente nuestra curiosidad y ha puesto en prensa nuestro cerebro, obligándonos á fatigarnos en cálculos, conjeturas, deducciones y pronósticos, sobre quién podría ser el Gran Monarca, que con tan viva fe y entusiasmo usted espera.

Lo cierto es que esa fe nos ha contagiado á nosotros, hasta el punto de dar por ciertas y evidentes cuantas profecías á tal personaje se refieren.

Pero no ha parado aquí la cosa: hemos dado un paso más. Creemos haber reconocido á ese Gran Monarca, por los antecedentes que del mismo se deducen, leyendo las profecías á él referentes.

Las señas del mismo son estas:

1.ª Proceder de una ilustre raza española, aunque su origen inmediato sea humilde.

2.ª Tener grandes cualidades de entendimiento y voluntad.

3.ª Pertenecer al estado eclesiástico y quizás al religioso.

4.ª Haber sufrido grandes persecuciones y destierros.

5.ª Tener alguna relación con Valencia, puesto que aquí parece ha de empezar su reinado.

Y otras muchas que en este momento no recordamos.

Nosotros conocemos á cierto sacerdote, á quien tenemos por muy digno y ejemplar, que vive en esta capital, al que precisamente convienen estas señas.

Suplicamos á usted tenga la amabilidad de decirnos en su periódico si también conoce á este mismo sacerdote y le cree investido de la dignidad y misión que nosotros vemos *en él*.

Protestando anticipadamente de la buena fe y sinceridad de esta carta, se ofrecen de usted afectísimos seguros servidores q. l. b. l. m.,

DOS ESPAÑOLISTAS». (1).

RESPUESTA.—Las señales que *Luz Católica* ha tomado de los profetas son, queridos españolistas, muy

(1) D. José Oller q. e. p d., Director de la Academia de Balmes, era uno de los dos.

vagas en comparación de las que todavía irá tomando y publicando.

Me parece que conozco al hombre por quien se me pregunta. ¿Quieren mis amigos más ingenuidad? Pues les diré que, en mi opinión, se llamará Carlos y es sacerdote. Adviertan que hablo de mi opinión, la cual nada asegura y nada establece.

(*Luz Católica*, núm. 22=28 Febrero 1901).

«Sr. D. José Domingo Corbató, Pbro.

Muy señor nuestro: Ante todo debemos tributar á usted un millón de gracias por su amable y discreta contestación á nuestra carta del 26 de Febrero, y animados por la amabilidad de usted, nos tomamos la libertad de consultarle sobre algunos puntos, también relacionados con las predicciones sobre el Gran Monarca.

Estos puntos son tres:

1.º ¿La pacificación que el Gran Monarca ha de dar al mundo ha de ser sólo externa, es decir, ha de producir sólo una paz material, ó será también interna, en el sentido de que reine en toda la tierra y en todos los corazones?

2.º ¿Después de esta pacificación universal, hemos de esperar el fin inmediato del mundo, ó vendrá éste mucho más adelante, después de haber disfrutado de los beneficios de dicho Gran Monarca?

3.º A la muerte de este Gran Monarca, aunque no sea precusor inmediato del Juicio final, ¿qué sucederá?

¿Conoce usted profecías sobre todo esto? Pues esperamos tendrá usted la bondad de contestar esta segunda carta, con la amabilidad con que contestó la primera, dándonos á conocer dichas profecías, y lo que usted con su prudencia é ilustración piense sobre el particular.

N. B. Suponemos que nada tendría que ver con el error de los milenarios nuestra pregunta, ni aun en el caso de que el Gran Monarca fuera pacificador de pueblos y también de conciencias y precediera inmediatamente al fin del mundo.

Dándole gracias anticipadas, se repiten de usted su afectísimos servidores, q. b. s. m.,

DOS ESPAÑOLISTAS.

Valencia á 11 de Marzo de 1901».

CONTESTACIÓN.—1.º «¡Oh santos Cruciferos!... Daréis al mundo una paz universal, y por fin, haréis que todos los hombres sean santos... Vencedor se llamará el fundador de

ellos... Habrá un solo rebaño y un solo Pastor; reducirá el mundo á una santa vida.» *(San Francisco de Paula)*.

2.°, 3.° y N. B. «El Gran Monarca acabará con todas las herejías, con todos los errores, con todas las sectas, con todos los corruptores y todos los tiranos. Si bien los males surgirán de nuevo al fin de la edad sexta ó del Gran Monarca, ya no será para que dominen por siglos las naciones como antes, sino por el breve tiempo del Anticristo; y de esta suerte *se consumará el misterio de Dios*, esto es, lo que Dios nos ha *anunciado por sus siervos los Profetas*, tan menospreciados de esta generación incrédula y frívola. Después de lo cual habrá todavía un tiempo, cuya duración no se sabe, y que algunos extienden á mil años, no con el espíritu herético de los milenarios, sino con espíritu de verdad y de fe. No se sabe cómo será después el mundo, ni cuánto durará. Ni siquiera los ángeles del cielo saben cuándo será el día en que Dios juzgará al mundo». (*Luz Católica*, tomo 1.°, pág. 211, col. 2.ª)

A lo demás respondemos: que conocemos acerca de estos asuntos gran número de profecías y que las daremos á conocer y explicaremos todas, Dios mediante, cuando les llegue el turno. Rogamos á nuestros queridos españolistas y otros varios que tengan un poco de calma. Si dispusiéramos de fondos para editar un libro, pronto publicaríamos todo lo anunciado, que sin ellos tendrá que salir poco á poco en *Luz Católica* (1).

Vamos con la tercera carta.

«Sr. D. José Domingo Corbató, Director de *Luz Católica*.

Rdo. Padre: Con muchísimo interés me fijo en todo lo que atañe á *Luz Católica* y al españolismo. Desearía, para fijar mi criterio, que usted me respondiera á estas preguntas:

1.° ¿Qué opina usted del renacimiento católico de Alemania é Inglaterra?

2.° ¿Qué opina usted de... (una Alteza?)

3.° ¿Qué concepto le merece á usted el actual estado del clero americano?

4.° Si el Rey católico, según usted cree, es sacerdote, ¿cómo se las arreglará para nombrar sucesor?

Tales son las cuestiones que desearía ver dilucidadas. Mu-

---

(1) El libro á que aludía es la presente obra, ó por mejor decir, los catorce tomos de la sección titulada *Historia de lo futuro*.

cho le agradeceré que usted se tome el cuidado de contestarlas.—PABLO BADÍA.

Barcelona 11 Marzo 1901».

CONTESTACIÓN.—Nuestro buen amigo Sr. Badía desea solamente conocer nuestra opinión, y vamos á dar algo más.

1.º «Tres siglos después de la apostasía de Inglaterra, ésta se convertirá.» (San Eduardo, rey de Inglaterra, año 1066). De las profecías, dice da Macello, «se deduce claramente que un poco de tiempo antes de la renovación de la iglesia (por el Gran Papa y el Gran Rey), Inglaterra habrá vuelto al seno de la Iglesia ortodoxa, pues como dice el Ven. Bartolomé Carosi, ó Brandano, *Inglaterra estará casi siempre en guerra hasta que adore al verdadero Dios*». (*I Futuri Destini*, V). «No lejos de este suceso (la paz de la Iglesia), Inglaterra empezará á *conmoverse*». (Profecía del P. Necktou, S. J.)

Lo cual se refiere tanto á su conservación como á la guerra boer. Omitimos otros muchos testimonios: á ellos hemos hecho referencia muchas veces en *Luz Católica*.

«Prusia se someterá á la Iglesia. Inglaterra volverá también á la unidad católica». (Prof. de Sor Rosa Colomba). «*Si no se mueve toda la Germania, no se efectuará la conversión de los infieles ni la renovación de la Iglesia*». (Prof. del B. Amadeo).

Juzgando de lo presente con relación á lo futuro, el renacimiento católico de Inglaterra nos parece muy consolador; pero el de Alemania se nos antoja aceite para echar al fuego del próximo cisma general. Algo llevamos indicado sobre el abominable papel que desempeñará Alemania en dicho cisma; tendremos ocasión de extendernos más.

2.º Entre líneas lo hemos indicado varias veces. Añadiremos que, habiéndole tratado, pudimos estudiarle un poco; nos parece simpático y popular... y con todas las *cualidades* de su raza. *Se necesita de otra cosa*. Sin embargo, tiene una gran misión que cumplir, y no es la que se piensa. ¿La cumplirá?

3.º Detestable. Sobre esto nos extendimos en varios números de *Luz Católica*.

4.° El que todo lo ha de arreglar, no es maravilla que arregle eso fácilmente. Y adviértase que el ser sacerdote no quiere decir que ha de ejercer el ministerio ni vestir hábito talar. Tenemos por cierto que no convendrá lo uno ni lo otro. A mayor abundamiento, dijimos en el núm. 6, pág. 84, col. 2, nota 2, de la misma revista:

«De este y otros muchos pasajes, así de San Francisco de Paula como de otros profetas (los hemos citado y citaremos otros), se deduce que el Gran Monarca español será eclesiástico, bien en ejercicio (creemos que no) como el Regente Cardenal Cisneros, que tanto exaltó la Patria, bien sin ejercer ó teniendo el estado de los reyes Casimiro I de Polonia y Ramiro II de Barcelona, ambos salidos del Claustro para reinar».

Y tuvieron descendencia. Véase, por añadidura, el art. III del presente capítulo, y art. IV y V del XV.

(*Luz Católica*, núm. 25=21 Marzo 1901).

II

Ignoto regi.

Todos esperan «un hombre», todos claman por un Rey que salve la Patria. ¿Quién va á ser el Rey? Uno había muy señalado, y de ese desconfían ya hasta sus leales. ¿Quién será el Rey? Nadie lo sabe.

Nadie lo sabe, pero todos le prevén y le desean: le prevén y le desean, y en sus corazones le rinden un culto de amor: *Ignoto regi*.

Pero si eso mismo que ellos prevén y desean se lo anuncian los profetas y les descubren quién es, dónde está, cuándo debe aparecer y ser de todos conocido, entonces se burlan de los profetas. Así se burlaron de San Pablo los atenienses.

«Consumíase interiormente el espíritu de Pablo, viendo la ciudad de Atenas entregada á la idolatría, por lo cual disputa-

ba en la sinagoga con los judíos y sus prosélitos, y todos los días en la plaza con los que allí se le ponían delante.

»También algunos filósofos de los epicúreos y de los estoicos armaban con él disputas; y unos decían: ¿Qué quiere decir este charlatán? Y otros: Este parece que viene á anunciarnos nuevos dioses...

»Al fin le llevaron al Areópago diciendo: ¿Podremos saber qué doctrina nueva es esta que predicas? Porque te hemos oído decir cosas que nunca habíamos oído, y deseamos saber á qué se reduce eso.

»Puesto, pues, Pablo en medio del Areópago, dijo: Ciudadanos atenienses, echo de ver que sois supersticiosos ó muy nimios en todos las cosas de religión. Porque al pasar, mirando yo las estatuas de vuestos dioses, he encontrado también un altar con esta inscripción: *Al Dios no conocido;* IGNOTO DEO. Pues ese Dios que vosotros veneráis sin conocerle, es el que yo vengo á anunciaros.....

»Algunos se burlaron de él, y otros le dijeron: Te volveremos á oír sobre esto en otra ocasión... Sin embargo, algunos se le unieron y creyeron, entre los cuales fué Dionisio el Areopagita y cierta mujer llamada Dámaris con algunos otros». (Act. cap. XVII).

(*Luz Católica*, núm. 54=17 Octubre 1901).

Y á propósito de profecías y algo que con ellas se relaciona, prevenimos por caridad á más de un infeliz presumido, que inútilmente estampan sus despechos y sus ignorancias en papeles públicos con vehemente deseo de mancillar nuestra reputación y hacernos bajar á su rastrero nivel, para que con ellos nos midamos: no se cansen en provocarnos, pues todo lo que de nosotros podrán conseguir es el desprecio de su presunción y atrevida necedad. *Ne respondeas stulto juxta stultitiam suam*, nos aconseja el Sabio. Y por lógica contraposición á la frase de Iriarte, añadimos que «si el necio no aprueba, mejor».

Algún caso podemos hacer de otros menos desgraciados en talento, porfiadores de que el pobre autor de estas líneas se tiene por un Monarca grande, grandísimo, ó máximo entre los grandísimos. Tomamos sus cuchufletas en lo que valen, por lo que atañe á nos-

otros, y hasta las confesaríamos justas si nos atribuyésemos las grandezas que según ellos nos atribuímos; pero toda vez que sus burlas se dirigen á la idea misma del prometido Gran Monarca no conocido aún, responderemos á su estulta incredulidad con algo de lo que el Angel de Esdras, en la persona de éste, dijo al Gran Monarca, anunciándole en nombre de Dios lo que en su tiempo acontecería. Es como sigue, tomado del lib. IV, cap. XV:

«Anda y publica entre mi plebe las profecías que yo pusiere en tu boca, dice el Señor, y hazlas escribir en un libro, porque son fieles y verdaderas.

»*No temas lo que se piensa contra ti, ni te turbes por la incredulidad de los que se burlan, pues todo incrédulo morirá en su incredulidad.*

»He aquí, dice el Señor, que yo voy á inundar de males todo el orbe, entregándolo á la espada, al hambre, á la muerte, á la ruina, porque la iniquidad ha contaminado toda la tierra y los hombres con sus malas obras han llenado la medida. Por lo cual, esto dice el Señor: Ya no aguantaré más las impiedades de los que obran irreligiosamente, ni toleraré las iniquidades que ejercen. He aquí que lavanta á mí sus clamores la sangre inocente y justa; las almas de los justos claman á mí sin cesar. Yo les vengaré, dice el Señor, y recibiré la sangre inocente de ellos.

»He aquí que mi pueblo es conducido como rebaño al matadero: no sufriré ya que habite más tiempo la tierra de Egipto (tierra de Cam, de penas, de turbación, de opresión; moralmente, dominación de los impíos), sino que la sacaré de ella con poderosa mano y brazo excelso, y heriré ese Egipto con las plagas de otro tiempo y desolaré toda su tierra.

»¡Ay del siglo y de los que viven según el siglo! La espada se acerca, pronto serán quebrantados: se levantará en guerra gente contra gente, armados de terribles lanzas, pues dominará la inestabilidad en los hombres, y valiéndose unos de otros menospreciarán á su rey y los príncipes fundarán sus acciones en su fuerza.

»No compadecerá el hombre á su prójimo para entrar á saco en su casa y robarle sus bienes, gracias al hambre y á la gran tribulación de entonces.

»He aquí que yo convoco, dice el Señor, todos los reyes de la tierra para que me reverencien: los de Oriente, los del Austro, los del Euro, los del Líbano, para que se conviertan y

devuelvan lo que les dieron. Como se obra hoy con mis escogidos, así obraré yo, dando á cada uno lo que merezca».

(*Luz Católica*, núm. 69=30 Enero 1902).

III

Un paso más... ó menos.

Uno de nuestros mejores amigos nos remite la siguiente descripción de un ensueño para que le demos publicidad. Se la damos por ser de quien es, persona que nos parece incapaz de fingir semejantes cosas; pero excusamos decir que no le damos más autoridad de la que puede tener una privada visión de esta índole.

«Rdo. Padre y señor de todo mi respeto: un sueño especial tuve una de estas noches atrás, y si bien no quería darle más importancia que la de un sueño, no pude, sin embargo, sustraerme á la curiosidad de anotarlo, para recuerdo. Lo comuniqué á un entusiasta lector de *Luz Católica* y le llamó bastante la atención, diciéndome repetidas veces que lo mandase á V. Obedezco, y copio, de la nota que guardo, lo que sigue:

La noche del 19 del mes de Septiembre actual se me representó, en sueños, el Cielo de color de fuego, y del horizonte veíanse surgir agitadas las nubes como impulsadas por un volcán que rodeaba casi toda la tierra, la cual se hallaba revuelta y en espantosa confusión, amenazando todo ruina y destrucción. Sólo se divisaba un claro ó faja de terreno que, partiendo de oriente hacia occidente, quedaba cortada antes de llegar á su extremo. En ese espacio no penetraba la imponente tempestad (1) y las personas que en él había no cesaban de dar vivas al Gran Monarca. ¿A quién aclamaban por Gran Monarca? Pues á un humilde sacerdote..... único personaje que pude conocer y distinguir con toda perfección.

En la misma dirección que la faja de terreno arriba dicha, había una accidentadísima pendiente, por la cual bajábamos rodando hacia un abismo sin fin, uno de esos seres (2) incré-

(1) En realidad no era tempestad, sino un estado excepcional de la naturaleza, que no sé cómo expresarlo.

(2) Conocido mío, y compañero de trabajo.

dulos por sistema ó más bien por ignorancia, en materia de religión, y el que esto escribe; y mientras él desaparecía..... quedaba yo detenido en un sendero, oculto por la cornisa que formaba el terreno, el cual conducía al punto donde se hallaba el Gran Monarca; pero tan angosto era este sendero, que para dirigirme hacia allí, tuve que deslizarme casi arrastrando mi cuerpo, sin que pueda precisar si llegué ó no al punto citado.

Grande impresión me producía este sueño, y entonces recordaba (no puedo decir con exactitud si durmiendo ó estando ya despierto) los sueños anunciados por S. Vicente Ferrer en sus profecías referentes á los tiempos actuales».— 24 de Septiembre de 1902.

(*Luz Católica*, núm. 105=9 Octubre 1902).

Si todos tuvieran la prudencia del autor de las precedentes líneas, más de un compromiso nos ahorrarían. Nos molesta, en verdad, por las consecuencias que puede traer un juicio prematuro sobre la personalidad del Gran Monarca, que varios de nuestros amigos, ya por escrito, ya verbalmente, nos declaren su terminante opinión ó sus juicios en este punto. Hemos tenido que suprimir artículos enteros destinados á la publicación, y de otros muchos hemos cortado frases *demasiado claras*.

No obstante, afirman los aludidos que ellos no dicen más de lo que dice *Luz Católica*, y en esto se equivocan mucho. Otros añaden: la culpa es de V., por ser *demasiado claro* en esa materia.

Síguese de ahí que pecamos nosotros por la *demasiada claridad* que suprimimos en los otros... Pues para responder á todos de una vez, he aquí lo que, hace unos días, escribimos á un Sacerdote amigo:

«Dice V. que si cree tantas cosas de mí, yo tengo la culpa por hablar tan claro. ¡Oh amigo! digo lo necesario para mantener la esperanza; pero *me reservo muchas cosas, por no ser tan claro*. V. gr., me reservo que el hombre *«pobre y desnudo, como dice un profeta* (1), *tendrá antes de su nombre el antepuesto de religioso*,—como es Fray ó Padre,—*y será puesto en dura cárcel por los consejos de un mal Pastor»;* lo cual se ha cumplido

(1) Vease *Liber Mirabilis*, pág. 171, fin. (París. Libraire Catholique d' Edouard Bricon, 1831).

cruelmente en mí dos veces, y sin embargo lo reputo nada y no me ilusiono».

Detalles como el indicado, daríamos muchos si esos comentarios de nuestros amigos no nos impusieran mucha reserva. ¡Válgame Dios! ¿No hay en el mundo más que una persona á quien convengan las señales que se dan del indicado personaje? ¿No hay más que una? ¡Piénsenlo bien nuestros amigos y no nos pongan en compromisos inútiles y peligrosos!

(*Luz Católica*, núm. 107=28 Octubre 1902).

De todos modos hemos dado, verdaderamente, un gran paso en la materia de que estamos tratando, con el feliz hallazgo debido á un eruditísimo bibliófilo y adicto amigo nuestro, que se dignó visitarnos para darnos á conocer una predicción ó profecía latina rarísima, del siglo XV, publicada en Valencia 41 años después que la pronunció el vidente, y copiada poco después en un manuscrito que dicho amigo nos trajo y tenemos á la vista. Otra copia tanto ó más antigua que esta ha leído el mismo amigo en el Archivo General del Reino, de esta ciudad.

Tratándose de interpretar profecías, han visto nuestros lectores como siempre hemos sido sobrios y cautos en descorrer el velo sobre la personalidad del Gran Monarca; pero cuando no es ya cosa de interpretación ni de descubrir secretos propios, sino cosa que una profecía anuncia terminantemente, y que la Providencia pone en nuestras manos, faltaríamos si, por temor á burlas, no la diésemos á conocer á nuestros lectores. He aquí, pues, una traducción rigurosamente literal de dicha predicción ó profecía, tomada de tan antiguo manuscrito.

«**Profecía sobre un Rey Valenciano**, *según Jerónimo Torrella, médico valenciano, en la obra* DE YMAGINIBUS ASTROLOGIAE, *dedicada al Rey Fernando el Católico, impresa en Valencia año del Señor 1496.—En la tercera parte de la obra se halla escrito lo siguiente que con toda fidelidad traslado»:*

«Por Dios inmortal, oh invictísimo Rey (Fernando el Ca-

tólico), leed lo que de un Rey valenciano escribió cierto Eremita Constantinopolitano el año 1455. Sus palabras son estas:

»Levántate, vespertilio (1), levántate; levántate y toma la aljaba y el escudo; persigue á los secuaces de la secta mahometana y de la judaica y disponlos para que se conviertan con el auxilio de Jesús á su ley. Tú te granjearás con victoria la amistad del Rey de los francos, depondrás en España á un Rey reo de pravedad herética, y en su principal ciudad (2) obtendrás una corona áurea y famosa.

»Todos los Reyes vecinos establecerán también amistad contigo (3); aquende y allende serás Rey de los francos y de una y otra Sicilia, y humillarás á tres reyes de tu linaje (4).

»Parte para Italia, y todas las comunidades y todos los dominios italianos estarán bajo tu mando; y además, los otros dominios te serán tributarios; y tendrás hijos de una esposa unida á ti por consanguinidad (5).

»Depondrás por fin á todos los Reyes mahometanos meridionales de sus dominios, y serás hecho Señor y Rey de ellos. También vencerás á los reyes orientales y conquistarás con tu ejército la Casa Santa de Jerusalén.

»Ciertamente ascenderás al Imperio, y sin género de duda serás Monarca, tú ó tu heredero (6), y siempre seréis vencedores y nunca vencidos; porque el vespertilio coronado con corona áurea fué visto por mí en una visión, cerca del mar Mediterráneo, distante sólo tres mil pasos; y pensando yo quién podía ser este vespertilio, consideró mi ánimo que sería Rey ó Príncipe, coronado en la ciudad de Valencia. (7).

«*Sé muy cierto que esto será así*, y espero, por lo tanto, que todo lo dicho será realizado por un Rey ó Príncipe del Reino de Valencia».

---

(1) Murciélago, en valenciano *Rat-Penat*, que es un símbolo de las glorias valencianas y corona el escudo de la ciudad del Cid y Jaime el Conquistador.

(2) De España. Hoy la principal es Barcelona.

(3) Antes del triunfo general que luego describe.

(4) Borbón, según varios profetas.

(5) Es decir, que se le hará contraer matrimonio con una parienta suya por consanguinidad, y por lo tanto, noble como el, aunque probablemente pobre. Rarísimo es este anuncio.

(6) Aquí parece haber error de copia, á no ser que la profecía quiera decir en este pasaje que será también Monarca de algún pais que no expresa.

(7) Indudablemente no se refiere á la coronación principal, ó imperial, de la que los profetas hablan mucho, sino á una particular del Reino Valenciano: he aquí nna prueba notable del regionalismo del Gran Monarca.

Hasta aquí el manuscrito. ¿Será este Rey valenciano aquel á quien otra predicción (1) llama «*Príncipe de cuerpo seco y delicado,* cuyo señorío será sobre todos los Reyes y alcanzará victoria de sus enemigos?» Sea quien fuere, es notable que valencianos como el Beato Nicolás Factor, Jerónimo Torrella, Francisco Navarro de Játiva y otros, y sobre todo San Vicente Ferrer, digan tantas y tan magníficas cosas de este futuro Rey. La profecía del Beato Nicolás, con otras dos notables predicciones, fué ya publicada en el tomo 1.°, capítulo I. Las de San Vicente Ferrer hemos citado varias veces, y de Francisco Navarro pondremos en otras ocasiones algunos trozos.

Volvamos á la del Eremita constantinopolitano. ¿Es auténtica? ¿Es verdadera profecía? Parace muy probable que sí, por no decir que nos parece absolutamente cierto. He aquí nuestra razón:

Esta predicción es un compendio maravilloso de todas las profecías análogas y explicativa de algunos puntos capitales que en ellas se suponen sin expresarlos y en ésta se expresan con claridad. Conviniendo, pues, con todas y explicando muchas, necesariamente ha de ser verdadera, según las reglas exegéticas de la hermenéutica. A mucho tirar, podríamos conceder gratuitamente que es un mero compendio de profecías en aquel tiempo conocidas; mas no por eso tiene menor autoridad, sino mayor, por lo mismo que no es de un solo profeta, sino de varios.

Y es notable, y para nosotros sumamente satisfactorio, que esta profecía no sólo compendia y confirma las demás, sino también todo cuanto por nuestra cuenta hemos dicho sobre ellas en *Luz Católica.* Sea eternamente alabada la divina Providencia. Ahora que más que nunca nos vemos combatidos en público y en secreto por estas y otras cosas, en tales proporcio-

---

(1) Adoptada por el Maestro Salazar, cuyo texto dimos y ahora hemos comparado con una copia del siglo XVI que tenemos á la vista.

nes que, obligados á desenredar infernales madejas y descubrir lazos, nuestra pobre salud ha tenido que resentirse notablemente y quizá para mucho tiempo, ahora el Señor nos envía al buen amigo con la copia de tan rara profecía, que hace buenas nuestras interpretaciones, para que la satisfacción espiritual compense por un lado lo que padecemos por otro, y sea su divina Bondad alabada por los que tienen fe y nos leen esperando en El. Hemos dado un gran paso. Dios sea bendito y en todo nos conduzca á procurar su honor y gloria.

Sin duda parecerá extraño que el Gran Rey sea aquí simbolizado por un vespertilio ó murciélago; mas aquel á quien esto se le antoje indigno, tenga presente cuál fué el papel del murciélago en las valencianas conquistas de Jaime I, y recuerde que no se desdeñó nunca Valencia de ostentar el murciélago en su blasón, ni de titularse *Lo Rat Penat* una de sus corporaciones más ilustres.

San Anselmo y el Beato Joaquín de Flora compararon el Gran Rey al cuervo; el Eremita de Constantinopla lo compara al murciélago, por muchas razones al parecer. Porque será valenciano, y el símbolo de las glorias valencianas es el murciélago; porque será reputado vil é inmundo como este animalejo; porque aparecerá en la noche de los más negros errores y de las confusiones más inauditas; porque hasta entonces vivirá en las sombras de su oscuridad, vagando de una parte á otra difamado y ennegrecido como por una maldición; porque limpiará de perversos la tierra, así como el murciélago limpia de gusanos la atmósfera; porque tendrá dos estados, el sacerdotal y el que esta profecía le señala, así como el murciélago pertenece á las aves y á los mamíferos, conviniendo con ellos por cada una de estas cosas y siendo distinto de todos por las dos juntas.

Otras muchas semejanzas podríamos sacar; pero

bastan ésas para comprender la propiedad de tal comparación profética.

IV

La Providencia y los restauradores.

Conviene, en estos tiempos de poca fe y de gran postración nacional, avivar la confianza en Dios que muchos han perdido, como si Dios no se cuidara del gobierno de los pueblos: el deísmo práctico está de moda. Dejemos, pues, las historias de los hombres y veamos qué nos dice la Historia de Dios, única infalible. Aprendamos en la misión de Gedeón ó Jerobaal cómo salva el Señor los pueblos oprimidos y arrepentidos, teniendo en cuenta que la historia del gran caudillo se ha repetido y repetirá cuantas veces plazca á Dios, aunque las circunstancias en que se repite no sean las mismas, bien que hoy son casi idénticas. Todo lo que sigue es extracto literal del libro de los Jueces, cap. VI y siguientes.

Muerto Barac, que fué un salvador de Israel, pecaron nuevamente los hijos de Israel en la presencia del Señor, el cual los entregó por siete años en manos de los madianitas, quienes los oprimieron en tanto grado, que se vieron obligados á abrir cuevas y grutas en los montes para guarecerse; porque venían los madianitas con todos sus ganados y tiendas, y á manera de langostas cubría todos los campos una multitud innumerable de hombres y de camellos, desolándolo todo por donde pasaban, con lo cual los israelitas fueron en extremo humillados bajo el poder de los madianitas.

Al fin clamaron al Señor pidiendo auxilio contra ellos, y el Señor les envió un profeta, el cual les habló de esta manera: Esto dice el Señor Dios de Israel: Yo

soy el que os saqué de la casa de la esclavitud... pero vosotros no habéis querido escuchar mi voz.

Después de estas reconvenciones, como Gedeón estuviese sacudiendo y limpiando el grano en un lagar para esconderle de los madianitas, apareciósele el Angel del Señor y le dijo: El Señor es contigo, oh tú, el más valeroso de los hombres. A lo que respondió Gedeón: Suplícote, Señor mío, me digas: Si el Señor está con nosotros, ¿cómo es que nos han sobrevenido todos estos males? Lo cierto es que ahora el Señor nos ha desamparado y entregado en poder de Madián.

Entonces el Angel, en nombre del Señor, echó una mirada sobre él y díjole: Anda, ve con ese tu valor y libertarás á Israel del poder de Madián; sábete que Yo soy el que te envío.

Respondió Gedeón, y dijo: ¡Ah, Señor mío!, ruégote que me digas cómo he de poder yo libertar á Israel. Tú ves que mi familia es la ínfima en la tribu de Manasés, y yo el menor en la casa de mi padre.

Díjole el Angel: Yo seré contigo, y derrotarás á Madián como si fuese un solo hombre.

. . . .

Entretanto, todos los de Madián y de Amalec y los pueblos orientales se juntaron á una, y pasando el Jordán, acamparon en el valle de Jezrael. Mas el espíritu del Señor se apoderó de Gedeón, el cual, tocando la trompeta, convocó á la familia de Abiezer para que le siguiese; envió asimismo mensajeros á la tribu de Manasés, que también le siguió; é igualmente á las de Aser, de Zabulón y de Neftalí, que asimismo salieron á juntarse con él.

Dijo entonces el Señor á Gedeón: Mucha gente tienes contigo: no será Madián entregado en manos de ella, porque no se glorie contra mí Israel y diga: Mi valor me ha libertado. Habla al pueblo y haz pregonar de manera que lo oigan todos: El que sea medroso y

cobarde, que se vuelva. Y se volvieron veintidós mil hombres de la tropa, quedándose solamente diez mil.

Mas el Señor dijo á Gedeón: Aun hay mucha gente; guíalos al agua, que allí los probaré. Los que bebieren el agua llevada á su boca con la mano, los separarás á un lado, y al otro pondrás los que beban de bruces.

Fueron, pues, los que bebieron el agua con la mano trescientos hombres. En seguida dijo el Señor á Gedeón: Con estos trescientos hombres os libertaré y haré caer á Madián en vuestro poder: retírese toda la demás tropa.

Dividió luégo Gedeón los trescientos hombres en tres cuerpos, y puso en manos de cada uno una trompeta y una vasija de barro vacía, y dentro de ésta una tea encendida. Comenzaron á tocar las trompetas y á quebrar unas vasijas con otras; y haciendo resonar el ruido alrededor del campamento por tres puntos diferentes, gritaron todos: ¡La espada del Señor y de Gedeón!

Y el Señor hizo que sus enemigos tirasen de las espadas unos contra otros sin conocerse, de suerte que se degollaban entre sí, huyendo hasta Betsetta y hasta los confines de Abelmeula. Y Gedeón despachó mensajeros á toda la montaña de Efraim; y persiguieron á los madianitas y llevaron las cabezas de Oret y Zeb á Gedeón, habiendo sido muertos ciento y veinte mil madianitas.

Zebee y Salmana echaron á huir; mas persiguiéndolos Gedeón, los prendió, después de haber desbaratado todo su ejército. Acercóse Gedeón y mató á Zebee y á Salmana, y tomó después todos los adornos y lunetas de oro con que suelen engalanarse los cuellos de los camellos de los reyes.

Después de esto, todos los israelitas dijeron á Gedeón: Sé tú nuestro príncipe, y después de tí, tu

hijo y tu nieto, ya que nos has librado del poder de Madián.

Lectores, de análoga manera se ha de librar España, ó España no tiene remedio.

V

El Restaurador. (1)

¿Cuándo se obrará esta maravilla? ¿Quién será el nuevo Aparisi? ¿No es de paz la bandera de Aparisi? ¿Cómo una bandera de paz ha de hacer semejante prodigio?

¿Cómo? *Si vis pacem, para bellum.* Cuando el Aparisi de la «Guardilla» ha dicho á todos inútilmente palabras de amor y de paz, clama el Aparisi «Rústico» amenazando con la ira de Dios.

La ira de Dios que nos ha de envolver para que el llanto apague nuestros odios sociales y nos lleve á la paz, ha tenido intérpretes superiores á la común previsión de los mortales, ha tenido profetas que en nombre de Dios anunciaron la época terrible en que estamos entrando, profetas invulnerables á toda crítica ó duda sólida, y esos profetas de la Ley de Gracia, acordes con los de la Ley antigua y con lo que todos actualmente prevemos y sentimos, anuncian la guerra más feroz de las edades, y luégo la restauración del mundo por España y de España por un *Cristo*, un escogido del Rey de Reyes, que hará empuñar á sus huestes la espada vengadora, después que hayan manejado inútilmente la pluma para convertir en paz á los malos.

¿No es donosa ocurrencia, diréis, la de invocar pro-

(1) Este artículo y el siguiente están tomados de nuestro discurso sobre el Españolismo de Aparisi y Guijarro, pronunciado en París.

fecías en esta moderna Babilonia, centro de toda abominación, de toda incredulidad y de toda indiferencia?

¡Ah! ¡también lo es de todas las supersticiones! ¿Con qué derecho han de rechazar profecías auténticas los que á millares se van detrás de cualquier soñadora, ilusa, neurótica, espiritista, hipnotista, cartomancista ó eteromántica? ¿No se ha de conceder á la fe siquiera lo que á la superstición se concede, ni á la sana crítica se ha de dar lo que se da á la pseudo-crítica del filosofismo? ¿Acaso no creyeron en estas profecías millares de hombres tan ilustres y poco crédulos como Napoleón y César Cantú?

Basten estos dos nombres por todos. Si los intérpretes temerarios han desacreditado estas profecías con sus ridículas aplicaciones, no es culpa de los profetas.

¿Pero quién será el «Cristo», el Gran Monarca anunciado, el Aparisi de la pluma y Cid de la espada?

Si yo dispusiera de espacio para traer á discurso las leyes providenciales de la Historia y de la Psicología social, creo lograría probar que el gran hombre ha de ser, antes de grande, pequeño y pobre; el libertador de todos, menospreciado de todos; el fuerte, flaco; el glorioso, humilde; el vencedor, abatido. En esto convienen todas las profecías; pero no hablemos ya de profecías ni de leyes: consideremos solamente algunos hechos.

Determina el Dios de Abraham y de Jacob sacar á su pueblo del tiránico poder de los Faraones, y se vale de un tartamudo fugitivo y acusado de homicidio; entregar Jericó en poder de Josué, y es una mujer la que prepara esta conquista; quebrantar la preponderancia de los madianitas, y un obscuro triguero recibe y cumple esta misión con solos trescientos hombres; castigar al fratricida y usurpador Abimelec, y una mujer le mata con una piedra; acabar con el impío Sísara, y Jael atraviesa las sienes de éste con un clavo; establecer la monarquía en su pueblo, y es elegido un

hombre obscuro que anda buscando las pollinas de su padre; quitar la vida al terrible Goliat, y la honda de un pastorcillo acaba con él; exterminar á Holofernes, y la viuda Judit le corta la cabeza; dar vida á su pueblo cautivo y sentenciado, y muerte al poderoso Amán, y la dulce Ester obtiene lo uno y lo otro; acabar con las hordas de Antíoco, y es el pacífico Matatías quien declara la guerra y funda el ejército de los Macabeos; redimir el mundo, y escoge para encarnarse la mujer más humilde del mundo; fundar su Iglesia, y llama á doce rudos pescadores para que sean los maestros de la humanidad.

Señores, si de nombre no hay más que una Juana de Arco, una María de Molina, una Isabel la Católica, una Agustina de Aragón, de hecho hay muchas en la historia del gobierno de la Providencia. El paso de pastor á rey David ó á caudillo Viriato, se repite cuantas veces place al Dios de los ejércitos. Y ciertamente son tantas las que les place, que el Apóstol formuló la siguiente ley fundamental del gobierno divino:

«Dios escoge á los necios según el mundo para confundir á los sabios; á los flacos del mundo para confundir á los fuertes; las cosas viles y despreciables del mundo y las que no son, á fin de que ningún mortal se jacte ante su divino acatamiento».

Hacer lo grande con lo grande no es maravilla; hacer lo grande con lo pequeño, sí. Por eso lo segundo es más propio de Dios que lo primero; por eso el Restaurador futuro se ha de levantar de la nada, y sabrán los hombres que todo se debe á Dios.

Humilde ha de ser el Restaurador futuro, humilde en su condición y en su persona, humilde en sus padecimientos y en sus aspiraciones, para que plenamente se cumpla el divino cántico de la Siempre Pura:

«Desplegó Dios el poder de su brazo; disipó los intentos

del corazón de los soberbios; derribó del solio á los poderosos y ensalzó á los humildes».

Pero advertid, señores, que así como Jesucristo es manso y fuerte, Cordero de Dios y León de Judá, así el Restaurador esperado será terriblemente vengador sin dejar de ser humilde. Humilde fué Aparisi y Guijarro, profunda y sinceramente humilde, quizá más humilde que algunos santos; y no por esto dejó de brillar, ó más bien, por esto mismo brilló como astro de primera magnitud, y por esto mismo se llenó de ira contra los tiranos de su patria.

Así será el Restaurador anunciado; humilde con los humildes, fuerte con los orgullosos.

¿Sabéis en qué consiste el orgullo, señores y amigos míos? ¿Sabéis en qué se distingue de la ira? Estudiémoslo:

VI

Ira y esperanza.

El orgullo es siniestro como una noche de tempestad, ancho y profundo como los abismos, devastador como la muerte.

Para cada virtud hay un vicio contrario; el orgullo los abraza todos, ataca todas las virtudes y las acecha de un modo que le es peculiar, introduciéndose como amigo en las buenas obras para arruinarlas bajo las deslumbradoras apariencias de la hipocresía: *etiam bönis operibus insidiatur ut pereant*, dijo el inmortal Doctor de Hipona.

Y con ser tan vasta la dominación del orgullo, todavía la superficialidad de los hombres suele atribuirle mayor extensión.

La irascibilidad es lo que más generalmente confunden con el orgullo ó la soberbia: bástales ver un

genio irascible para argüirle de orgullo, y á fe mía que son cosas muy diferentes.

El irascible es impetuoso, ardiente, franco, habla con los nervios casi tanto como con la lengua; el orgulloso típico no suele alborotarse exteriormente, parece manso, casi humilde, pero dentro lleva una tempestad de desprecio y de venganza.

La ira es más bien defecto físico que espiritual; nace generalmente del temperamento, de la enfermedad, y hasta del alimento y del clima y de otras circunstancias que cambian nuestro humor siete veces al día. El orgullo, por el contrario, es siempre espiritual, siempre hijo del alma pervertida, á la cual acompaña en vida y muerte y más allá de la muerte, mientras la ira fenece con el cuerpo.

Puede uno, siquiera sea difícil, ser irascible y ser humilde. La irascibilidad de San Pedro, de San Pablo, de San Jerónimo y de otros muchos Santos era grande; pero su humildad era mayor.

El orgullo siempre es pecado, y mortal de suyo; la ira á veces es santa. De la ira de Dios nos hablan á cada paso los Libros canónicos, jamás del orgullo. «Irritaos y no pequéis», nos dice el Salmista; porque lícito y santo es irritarse cuando se ve el pecado triunfante y humillada la virtud, como se irritó Jesucristo siempre que habló con los fariseos y cuando látigo en mano echó del templo á los traficantes que lo profafanaban.

El orgullo nunca nace de la ira: la ira puede nacer del orgullo, y es pecado; ó de las condiciones físicas, y es defecto; ó del celo por una causa justa, y es virtud.

Los temperamentos irascibles suelen ser nobles y magnánimos, amantes del sacrificio y enemigos implacables de toda injusticia. El orgulloso siempre es vil; por nada se sacrifica ni conmueve, como no sea al ver herida su altivez.

Cuando la ira justa no se deja vencer, es firmeza

de carácter; cuando el orgullo se mantiene firme, es terquedad. La ira de suyo no comete bajezas; el orgullo sí, el orgullo se arrastra como la culebra, con tal de levantarse después como águila.

Señores, creo haber hecho con este pequeño estudio una descripción de la ira santa que animará al futuro Restaurador y á sus ejércitos. Conviene no olvidar que esta ira se dará la mano con la humildad y mansedumbre. Cordero y león fué Jesús, cordero y león será el gran hombre, á imitación del Hijo del Hombre: Palabra de Dios es que Moisés «era el hombre más manso de todos los hombres que en su tiempo habitaban sobre la tierra», y lo es también que aquel varón de tanta mansedumbre fué el de las plagas de Egipto, el del terrible degüello del Sinaí y el de otras grandes y justas venganzas. Así será el Restaurador.

Si me preguntáis por qué me ocupo tanto de este personaje profético en un discurso que trata de Aparisi Guijarro, yo á mi vez me permitiré preguntaros: ¿Cuánto no trabajó Aparisi Guijarro por descubrir al hombre de quien España necesitaba? ¿Cuánto no se alegró, así que creyó haberle descubierto?

Yo no sé qué pensaría hoy Aparisi Guijarro; pero presumo que, sin separarse del hombre en quien justamente fundaba todas las esperanzas de su patriotismo, no se desdeñaría de clamar como *El Hisopo* de Carrión de los Condes, ó como *El Correo Español* que lo copió, por un Pedro el Ermitaño ú otro cualquier adalid que levantase una cruzada contra los tiranos de la Patria.

La esperanza en ese hombre venidero es general; el título de *El hombre que se necesita* es ya un proverbio de la prensa y tema ordinario de cuantos desean la salud de la Patria.

Pues bien; *vox populi vox Dei;* el hombre de tantas esperanzas y profecías vendrá, vendrá para bien de

España y del mundo, vendrá para bien de la sociedad y de la Iglesia, vendrá para aniquilar á los perversos y proteger á los rectos de corazón, vendrá para levantar la libertad verdadera sobre las ruinas del liberalismo, vendrá para que España vuelva á ser lo que fué, esto es, la más gloriosa de las naciones, la señora del mundo.

Pero antes ¡ay! «obscuridad de muerte nos envolverá, resbalará en sangre de nuestro pie», que todavía ha de rugir sobre nuestras cabezas el torbellino de las iras del Muy Alto, para que acaben de cumplirse las predicciones de Aparisi el inmortal vidente.

CAPÍTULO XV

APARICIÓN DEL GRAN MONARCA

CAPÍTULO XV

APARICIÓN DEL GRAN MONARCA

I

El desconocido providencial.

Mucho hay que decir todavía del Gran Monarca, y podremos decir muy poco; más de cien volúmenes poseemos que hablan de él, y apenas podremos consultar unos cuantos, porque materialmente nos falta el tiempo para todo. Lo mismo nos sucedió con el capítulo V, donde omitimos tal vez más de la mitad de lo que nos proponíamos decir.

El presente capítulo abarcará solamente lo relativo á la aparición del Gran Monarca, esto es, al carácter providencial de su triunfo en España. Antes de entrar en materia, recomendamos encarecidamente á nuestros lectores, si quieren enterarse bien de ella, que lean detenidamente los capítulos II y III, donde verán cuán antigua es la esperanza en el Gran Monarca, que algunos infelices suponen invención del que esto escribe; así como en el I y otros lo hallarán profetizado por los profetas canónicos y no canónicos, y verán cuán grande ha de ser su semejanza con el Rey de Reyes, Cristo Jesús.

Luz Católica ha tratado extensamente de la humi-

llación y el desprecio general con que suelen empezar los grandes enviados de Dios, y particularmente lo ha estudiado con relación al Gran Monarca. Conviene tener presente la extraordinaria historia de «Máscara de Hierro», dada á conocer en el capítulo XIII, que puede explicar muchas cosas obscurísimas.

Nos dijo la profecía de Dissentis que el gran hombre no tendrá una certeza absoluta de si las profecías le conciernen, sino á medida que se vayan cumpliendo. Razones de mucho peso nos inclinan á decir que sus dudas nacerán del corazón más bien que de la razón; es decir, que si ésta le descubre con claridad sus destinos, aquél, que no los desea, antes bien los repugna por carecer de toda ambición, pone sombras en el discurso y tal vez en alguna revelación parcial acerca de dichos destinos.

Ello es que, según la misma profecía de Disentis afirma, el hombre conocerá las profecías que le conciernen, y San Francisco de Paula lo confirma de varias maneras, según otras veces hemos dicho. Otros profetas lo confirman también. El V. Holzhauser, por ejemplo, dice en el comentario sobre el cap. X del Apocalipsis:

«Sigue el segundo personaje representado por este ángel, que no es ya el Gran Monarca, sino un Nuncio celestial que revela los divinos secretos sobre los tiempos venideros hasta el fin».

De este pasaje y otros más de varios profetas parece desprenderse que el Gran Monarca tendrá como dos caracteres, como dos personalidades, la una precursora de la otra, la una revelando primero y la otra obrando después. Quizá sea esta la razón por que se le ha de desconocer, pues el mundo ha de tener por locura el creer que un pobre, abatido, calumniado, consagrado á desenterrar y explicar profetas, sea el mismo que de allí á poco debe triunfar de todos los ejércitos y dominar el mundo. Lo cierto es que el mundo, aparte un corto número de escogidos, no ha

de creer en él hasta tanto que las armas digan quién es. En prueba de esto, vayan algunos textos proféticos.

«Una grande ave, terrible por su aspecto y por sus uñas, *se levantará como de un sueño,* cortará el cuello del buey y devorará sedienta las entrañas del inicuo dragón». (Profecía manuscrita del siglo XVII—Biblioteca de Plasencia—adoptada por graves autores).

«Los hombres del Occidente y del Mediodía alcanzarán la victoria bajo la dirección de un jefe poderoso que *se elevará de improviso.*» (Profecía alemana publicada por *La Epoca* en 10 de Agosto de 1870).

«Ha llegado el día de la justicia. Por el aspecto de *aquel que es desconocido* veo que el mundo cede y cae. Comparece en medio de la confusión del huracán; ¡horrible instante!» (La Religiosa de Belley).

«No será quien se cree, el que reinará desde luego; será un salvador *con el cual no se contaba*». (Sor Mariana de Blois).

«Grande será el asombro del mundo cuando llegue á saber que en París hay un Rey que *vive desconocido entre el pueblo*». (P. Eugenio Peghi, cisterciense).

«Un príncipe, *conocido de Dios solo,* debe venir como por milagro». (La V. Mariana Gallier).

«Un príncipe que habrá pasado *inadvertido hasta esta época,* y cuya casa habrá padecido mucho por la desgracia de los tiempos, traerá esta paz á la tierra». (La V. Elena Wallraf).

«Un brazo de hierro *surgirá milagrosamente,* armado de un gran poder, para vengar los ultrajes hechos á Dios y á la realeza, cuyos miembros sobrevivientes deben reaparecer en el suelo de la patria después del gran acontecimiento. No habrá entonces allí odio ni rencor». (María des Terreaux).

Omitimos por brevedad otros textos. El último, que es notabilísimo, descifra grandes arcanos. Parece que el Señor, por regla general, destina los profetas al anuncio de acontecimientos extraordinarios, y las profetisas á explicar dichos anuncios con otros menos importantes ó más secretos. Sea de esto lo que fuere, habrán advertido los lectores que los pasajes aducidos anuncian el desconocimiento que habrá de la persona del Gran Monarca hasta que tome las armas; y al mismo tiempo, que su aparición y su triunfo serán obra extraordinaria de la Providencia. Muchos profetas más

confirman este segundo punto; citemos solamente á la V. Madre del Bourg, que dice así:

«Habrá un desorden horrible; sin embargo, aquellos días serán abreviados en favor de los justos. Dios elevará sobre el trono un rey modelo, un rey cristiano. El señor le dará la luz, la prudencia y el poderío. Le ha preparado Él mismo por largo tiempo y le ha hecho pasar por el crisol de la prueba y del tormento, pero va á llamarle del destierro. El mismo Señor lo tomará de la mano, y en el día fijado le repondrá en el trono. Su destino es el de reparar y el de regenerar».

«Su causa corre á cuenta de Dios», dijo también San Vicente Ferrer.

En apoyo de todo esto viene un pasaje de Daniel, cap. VII, aplicado por varios profetas y algunos comentadores modernos al Gran Monarca, y en el cual se dice:

«Miraba yo en la visión de la noche y he aquí que venía como hijo de hombre en las nubes del cielo; y llegó hasta el Anciano de días, y presentáronle delante de Él, y dióle la potestad, y la honra, y el reino».

Visión de la noche, hijo de hombre, nubes del cielo, potestad y honra... El que no vea en estas palabras las tribulaciones personales del Monarca y lo aciago del tiempo de su apaiición, su fe inquebrantable, su potestad de rey y su carácter de sacerdote, espere, que abajo se lo haremos ver. Por de pronto, medítense estas palabras del V. Holzhauser:

«Será enviado y preordenado especialmente por la divina *Providencia, para consuelo* y exaltación de la Iglesia latina, entonces afligida y humillada por demás, las cuales cosas se entienden metafóricamente por el cielo. Se obrará una gran mudanza, por mano de Dios Todopoderoso, que nadie se podrá imaginar humanamente.—Aquel Monarca fuerte que ha de venir enviado por Dios, destruirá las repúblicas (plural, nótese bien) hasta sus fundamentos, lo dominará todo y celará la verdadera Iglesia de Jesucristo».

Casi con las mismas palabras lo anuncia también la profecía de Santo Tomás de Cantorbery, que dice así:

«Sobrevendrá un cambio admirable, obrado por la diestra de Dios Omnipotente, que ningún hombre podrá imaginarse, porque aquel Monarca fuerte que está por venir, enviado por Dios, destruirá las repúblicas hasta el fundamento, se lo sujetará todo y protegerá la verdadera Iglesia de Jesucristo».

Holzhauser copió á Santo Tomás.

Hay en todo esto un punto obscuro que sólo con el tiempo podrá explicarse, y es lo que la profecía de San Isidoro y Casandra, adoptada por el P. Vieyra y otros graves autores, dice de acuerdo con varios profetas, esto es, que el Gran Rey «será dos veces piadosamente dado». Nosotros siempre hemos creído que la primera vez será piadosamente dado por Dios á España, llamándole del destierro para que de la nada se eleve poco á poco hasta el trono; y la segunda vez porque, según algunos profetas, después de triunfar en su patria caerá prisionero de otro rey, y por intercesión de la Santísima Virgen se librará de éste, será restituído á su patria, y entonces será cuando lanzará sus ejércitos á la guerra internacional, venciéndolo y dominándolo todo, incluso *el reino de los franceses*, como dice Holzhauser:

Y es que el reino de Francia le pertenecerá por derecho de sucesión probablemente, como indica la historia de Máscara de Hierro, y ciertamente por derecho de conquista. El Gran Monarca, aunque su origen sea hoy desconocido, desciende de las casas de Borbón y de Austria; no de los Borbones ó Austrias modernos, sino de los anteriores á Luis XIV.

He aquí indicada la materia del artículo siguiente.

(*Luz Católica*, núm. 41=11 Julio 1901).

II

Borbón y Austria.

Todos los profetas que hablan del origen del Gran Monarca dicen expresamente que desciende de la flor

de lis ó de los antiguos reyes de Francia, así como de la casa de Austria, no obstante la humilde obscuridad de su cuna. He aquí algunos pasajes:

«La Flor de Lis resplandeciente sale de una nube, ¡Gloria á Dios!». (P. Calixto de Cluny).

«Nacerá entre lirios un príncipe hermosísimo (moralmente) que *tendrá un nombre nuevo entre los reyes*. Su ánimo y su nombre será igual en grandeza á su nación». (Del *Liber Mirabilis*).

«Hacia el fin de los tiempos, uno de los descendientes de los reyes de Francia reinará en todo el antiguo imperio romano y será el más grande de todos los reyes y *el último de su raza*: MAXIMUM ET OMNIUM REGUM ÚLTIMUM». (San Remigio de Reims).—Vid. *Luz Católica*, núm. 37, pág. 580).

«El emperador, hombre muy virtuoso, será *de los restos* (nota bene) de la sangre de los reyes de Francia». (Juan de Vatiguerro).

«La *Vieja Sangre de los siglos* terminará aún largas divisiones. (Nunca más oportunamente que hoy).—Se creerá que Dios guerrea con él: tan prudente y cuerdo será el Vástago de la sangre de Capeto». (Profecía de Orval).

«El hombre valeroso, *salvando los restos escapados de la antigua familia de Capeto*, arreglará los destinos del mundo». (Profecía de Olivario).

«He aquí que viene desde país extranjero (nótese) un hermoso joven *de la raza de Pepino*. Él (el Pastor Angélico) lo coronará». (Prof. de Werdin).

«Rey *de la raza de Pepino*, á quien el Pastor Angélico coronará emperador de los romanos». (Prof. de Telesforo).

«Irá á Roma uno *de la estirpe de Carlomagno* CREÍDA DE TODOS EXTINGUIDA (nótense estas palabras), y este Pontífice lo coronará y declarará legítimo Emperador de los Romanos». (Profecía de los Capuchinos de Genzano).

Santa Catalina de Racconigi «dijo que, pasados trescientos años (ya han pasado) un descendiente (sucesor) de Francisco I debía ser engrandecido como Carlo Magno». (Pico de la Mirandola).

«Vendrá un Rey *de la antigua gente y estirpe de Francia*, insigne por su piedad para con Dios». (San Angelo).

«Un príncipe *conocido solamente de Dios* y que hace penitencia en el desierto, llegará como por milagro. Será *de la sangre de la antigua raza*». (Mariana Gallier).

«Cuando la sangre se habrá derramado, *la antigua rama primogénita* entrará de nuevo. Yo velaré hasta el fin sobre mi familia *de la antigua rama primogénita*, porque yo me la he ele-

gido y quiero que reine hasta el fin». (El Señor á una Religiosa.—Dujardin y da Macello).

Los profetas, según claramente aparece, hacen al Gran Monarca descendiente de los reyes de Francia; pero ninguno dice que será Rey de Francia en el concepto de que establecerá allí su residencia, la cual ha de tener en España, según otras veces hemos dicho y probado. Ningún comentador francés lo entiende así; pero las profecías son muy terminantes, y además hay otras razones que lo prueban. Sin embargo, una vez en su trono de España, será también Rey de Francia, de la manera y por las causas que en otras partes dijimos y diremos. A esto se refieren algunos pasajes proféticos, como el siguiente, tomado del *Liber Mirabilis:*

«Se levantará un Rey del esclarecidísimo Lirio, que tendrá la frente ancha (descripción metafórica: refiérese á lo moral), las cejas altas, los ojos largos, la nariz de águila y reunirá un gran ejército y destruirá todos los tiranos de su reino».

De intento hemos subrayado las frases con que los profetas señalan la antigua descendencia del Gran Monarca. Vieja sangre, rama primogénita, raza antigua, restos escapados de esta raza que todos crerán extinguida, etc.; tales son las expresiones proféticas sobre el origen genealógico del Gran Monarca; según se ve por ellas, ninguna le hace expresamente descender de los Borbones, que empiezan después de Francisco I, con Enrique IV, primo de éste; pero siempre hemos dicho que sería Borbón, y todavía en el artículo I lo repetimos; porque si es verdad que puede descender de los antiguos reyes de Francia sin ser Borbón, esto parece improbable á todas luces.

Perseveramos en la firme opinión de que el Gran Monarca viene de la raza Capeciana por la de los Borbones, y nuestra opinión está confirmada por el famoso *Secreto* de Maximino, el pastorcillo de la Saleta, que dice: «El Rey será *de la antigua raza* de los Borbones»;

y por la profecía del piadoso Abate Souffrand, la cual asegura que el «Gran Monarca es *de la rama primogénita* de los Borbones»; y aun por otras profecías.

Por otra parte, cada día nos convencemos más de que las predicciones de Mlle. Couédon acerca del Gran Monarca son verdaderas profecías. Pues bien; en éstas no solamente se dice que es Borbón, sino expresamente que desciende de «Máscara de Hierro»; y al efecto, exprésase también que este Borbón no viene de los de Anjou, como vienen las dos ramas españolas carlista y alfonsina, ni de los Naundorff, que creen descender de Luis XVI por Luis XVII, escapado del Temple. Recomendamos la lectura más extensa de este punto en *L' Homme au Masque de Fer,* del capítulo XIII, y en especial lo relativo á Mll. Couédon.

Lo más indudable en todo este asunto es que el Gran Monarca no viene de los Borbones posteriores á Luis XIV, hemano menor de «Máscara de Hierro»; ó por lo menos es un Borbón hoy desconocido, puesto que todas las profecías concuerdan claramente en este punto, según probó el artículo I de este capítulo. Por este lado, pues, no cabe discusión acerca de los actuales Borbones; á los cuales, por añadidura, tampoco convienen las expresiones de «rama primogénita», etc., que usan los profetas.

Punto difícil de explicar es lo que anunció Santa Catalina de Racconigi, esto es, que el Gran Monarca desciende de Francisco I. Tal vez por *descendiente* deba sencillamente interpretarse *sucesor*. Acerca de esto dice el Abate Curricque:

«Las palabras *un descendiente de este Príncipe* presentan á primera vista alguna dificultad, por haberse extinguido la posteridad de Francisco I al advenimiento de Enrique IV su primo al trono de Francia; pero parece que no sería hacer violencia al espíritu del texto aplicando las palabras al tronco real á que pertenecía aquel príncipe, más bien que á su propia descendencia. Fuera de esto, su posteridad se vuelve á encontrar particularmente en la familia imperial de Hapsburgo Lorena

por sus nietas Isabel (de Valois), que casó con Felipe II de España, y Claudia, casada con Carlos III de Lorena. Pero nos separamos de nuestro objeto, tratando de esclarecer esta dificultad, que no lo será en lo porvenir».

Verdad es que el Gran Monarca desciende de los Hapsburgo como de los Borbón; pero desde luego parece claro que sus derechos no vienen de Felipe II por Isabel de Valois, pues de ella no tuvo Felipe hijo varón, sino cuatro hembras. En todo caso, desciende de Felipe II por su esposa Ana de Austria, madre de Felipe III. Casó éste con Margarita de Austria, de cuyo matrimonio el primer fruto fué Ana de Austria, con la que después contrajo matrimonio Luis XIII de Borbón, que la hizo madre de «Máscara de Hierro» y de Luis XIV.

Reinando Luis XIV, murió sin sucesión nuestro Carlos II, y la corona de las Españas tenía que pasar á los príncipes de Austria, descendientes de las hijas de nuestros reyes, por más títulos que los franceses y con más derecho aspirantes al trono de Carlos V. El testamento de Carlos II adjudicando la corona á Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV, era nulo á todas luces, como obra de los intrigantes franceses que rodeaban al pobre Monarca. Mas dado caso que la corona perteneciese á Felipe, por ser nieto de Luis XIV y de María Teresa, española, con más razón pertenecía á «Máscara de Hierro», que era hijo de la española Ana de Austria, ésta hija primogénita de Felipe III y tía carnal de Carlos II; el cual, por consiguiente, era primo hermano de «Máscara de Hierro», y en tal concepto era éste primero en derechos á los de Austria, como más allegado. Y si «Máscara de Hierro» no existió, antes de Luis XIV y de sus nietos estaban, de todos modos, los hijos de Luis XIII y Ana de Austria que llamaron «abortos»; mas para nosotros, la realidad de «Máscara de Hierro» es indudable.

Sólo suponiendo un hombre en quien coincida todo lo que en un descendiente de «Máscara de Hierro»

coincide, pueden hoy explicarse las profecías. Este descendiente, supuestos aquellos enlaces de las familias reales, y dados los acontecimientos que desde entonces se han sucedido, es indudable que tiene derecho á reinar en todas las naciones de raza latina.

Si sólo lo tuviera en alguna, y aunque en ninguna lo tuviera por derecho hereditario, podría tenerlo en todas por otras razones, fundadas en la infalible doctrina de la ilegitimidad por ejercicio; porque dada la degeneración de todas esas dinastías, la ilegitimidad por ejercicio salta á la vista, de suerte que el Gran Monarca podrá decir con David: *Omnes inutiles facti sunt, non est qui faciat bonum, non est usque ad unum*. Esas dinastías son las primeras culpables de la Revolución; esos reyes la provocaron con sus incalificables abusos de la autoridad, y el que así no lo ve es porque no quiere; esos reyes fueron señores, no padres. ¡Y todavía muchos persisten en llamar *Tradiciones* á no pocos de aquellos abusos!

Vamos á ocuparnos de otro asunto profético que puede aportar alguna luz al tenebroso misterio del desgraciado «Máscara de Hierro». En el cap. XIII, artículo IV, dimos á conocer la opinión afirmativa de Luis XVIII, hermano de Luis XVI, acerca de la existencia real de este personaje. Pues bien; á Luis XVIII se le envió á decir terminantemente de parte del cielo que era ilegítimo, que la corona de Francia no le pertenecía. El que cumplió con esta ardua misión fué un sencillo labrador llamado Martín, el cual, antes de cumplirla, pasó por las terribles pruebas que también se le anunciaron por revelación.

Martín el visionario le llamaron, así que se presentó á la corte de Luis XVIII, y le encerraron é incomunicaron en un manicomio antes que pudiese hablar con el rey. Sabedor el vizconde de la Rochefoucauld de lo que ocurría, logró ver á Martín; y convencido de la cordura del supuesto loco, así como de lo sobrenatural

de su misión, instó á Luis XVIII hasta conseguir que recibiese á Martín. Hízole comparecer el rey, y supo lo que el cielo le enviaba á decir: que no le pertenecía la corona de Francia.

En prueba de que esto era verdad y de que el cielo le enviaba á decírselo, descubrió Martín á Luis un secreto que éste á nadie había revelado y que aquél sabía por revelación sobrenatural, y era el pensamiento que Luis XVIII tuvo, durante una cacería, de matar de un tiro á su hermano Luis XVI, entonces rey sin sucesión, por lo cual le sucedería él. Luis XVIII confesó, llorando amargamente, que era verdad; pero dijo que fué un pensamiento por él rechazado en seguida con horror.

El vizconde de la Rochefoucauld cuenta todo esto extensamente y con lujo de detalles en el 5.° tomo de sus insignes *Memorias* (1). Poco tiempo después, Martín moría de muerte misteriosa... Todos entrevieron un crimen.

Ahora bien; si la corona no pertenecía á Luis XVIII, ¿quién era el legítimo rey de Francia? Martín, por su propio juicio y no ya por revelación, opinó que era Luis XVII, que él con muchos otros suponía salvado de la torre del Temple. Esto es contrario al espiritu y á la letra de todas las profecías auténticas, por lo cual no puede sostenerse. El rey legítimo no podía ser más que algún descendiente de «Máscara de Hierro» ó de otro hermano de Luis XIV; sólo en alguno de estos descendientes coinciden todos los textos proféticos, y no es aventurado suponer que Luis XVIII tendría presente á Martín cuando convino en la realidad de «Máscara de Hierro». Mlle. Couédon dijo algo que hace muy al caso y da mucha luz: véase en el citado capítulo XIII.

---

(1) Con intención de publicar en *Luz Católica* la traducción de este episodio, tal como el vizconde lo cuenta, prestamos dicho tomo para que nos tradujesen lo que nosotros no podíamos por falta de tiempo, y nos quedamos sin traducción y sin tomo: el encargado desapareció.—N. de *Luz Católica*.

Además de todo esto, hay otras particularidades que de ningún modo convienen á los descendientes de Luis XVII, aun dado que éste los tuviera, y sólo convienen á los de «Máscara de Hierro» ó algún hermano suyo. Verdad es que la madre de Luis XVII, María Antonieta, era Austria; pero el Gran Monarca ha de ser Austria ó Hapsburgo de tal manera, que descienda de los reyes de España, desde Carlos V, que fué el primero de la Casa de Austria. Pésense las siguientes autoridades de los profetas:

«Tendrá fin aquella funestísima guerra (la europea que se está preparando) cuando sea creado un emperador *descendiente de la estirpe de España*. Este vencerá maravillosamente con la señal de la Cruz». (Santa Brígida).

La misma Santa alude muchas veces al origen español del Gran Monarca.

«*De la sangre de Carlos César* (Carlos V) y de la casa real de Francia nacerá un emperador que dominará toda la Europa». (Prof. llamada de Magdeburgo).

Otras profecías le llaman León de España, Aguila de dos cabezas (Borbón y Austria), etc.; y dicen que será español, y su ejército español; que reinará en España; y que desde España pasará á Jerusalén, por el Africa; y que llevará león y gallo (España y Francia) por insignias; y que unirá al león la blanca flor de lis, etc., etc. No citamos textualmente estos pasajes, porque pensamos dedicarles un artículo entero.

Por lo pronto basta: creemos haber probado que el Gran Monarca es español, y descendiente de los antiguos reyes españoles, que eran los de la casa de Austria, así como descendientes de los Borbones anteriores á Luis XIV. Dígnese el Señor compadecerse de España y esclarecer pronto todos estos misterios, con la aparición de su Enviado.

Apéndice.—«Atalía, madre de Ocozías, viendo muerto á su hijo, se alzó con el mando y mató toda la prosapia real. Bien que Josaba, hija del rey Joram, y hermana de Ocozías, sacando

á Joas, hijo de Ocozías, de en medío de los hijos del rey al tiempo que los iban matando, le robó, sacándole del dormitorio con su nodriza, y le escondió de la furia de Atalía para que no fuese muerto.

»Y estuvo por espacio de seis años oculto con su nodriza en la casa del Señor; mientras tanto, reinó Atalía en el país. Pero á los siete años Joyada (Sumo Sacerdote), convocando á los centuriones y soldados, los introdujo consigo en el Templo del Señor, é hizo liga con ellos; juramentándolos en la Casa del Señor, les mostró al hijo del Rey.

»Púsole la diadema sobre la cabeza, y el libro de la Ley, é hiciéronle rey, y le ungieron; y batiendo palmas le proclamaron, diciendo: ¡Viva el Rey!

»En esto oyó Atalía las voces del pueblo que corría; y acudiendo al tropel de gente que estaba en el Templo del Señor, vió al rey colocado sobre el trono... por lo que rasgó sus vestiduras y gritó: ¡Traición! ¡traición! Mas Joyada dió orden á los centuriones que mandaban la tropa; se apoderaron de ella y la llevaron á empellones por la calle de la entrada de los caballos, junto al palacio, y allí fué muerta.

»Después asentó Joyada el pacto del Señor con el rey y el pueblo, de que sería pueblo del Señor, y asimismo entre el rey y el pueblo.

»Siete años tenía Joas cuando entró á reinar».

(Del libro IV de los Reyes, cap. XI).

III

Rey de España.

Descubierto el origen franco-hispano del Gran Monarca, descendiente de los antiguos reyes de una y otra nación, probaremos que no sólo es español, sino que en España fijará su trono, aunque haya de ser también rey de Francia y de otras naciones.

Son muchas las profecías que aluden á su nacionalidad española. «Emperador de la estirpe de España y águila ceñida de las Torres de España», le llama Santa Brígida. La profecía de Premol le presenta «montado sobre un León». El B. Nicolás Factor le

llama «gran León de España», y San Anselmo le anuncia bajo la figura de un león coronado. Los intérpretes y comentadores, no siendo franceses, convienen en que será español. Véase, por ejemplo, da Macello en *I futuri destini,* profecías de Santa Brígida y de Orval.

El célebre vidente conocido por *el Sacerdote de Turín,* le llama «Aguila de dos cabezas»; otra profecía dice que «se verá venir de lejos el Aguila y el León». Olivario añade que «llevará León y Gallo en su armadura»; y Orval le pide que «una el León á la flor blanca».

«Será llamado del Occidente (Italia) un Rey de gran nombre», dice una profecía hallada en las Catacumbas de Roma. Y este Occidente es España, porque los profetas ponen al Gran Monarca en el Mediodía de Europa, según prueban los siguientes textos, que se hallan en las mejores colecciones: «Un príncipe poderoso del Mediodía llegará á imperar en Alemania». (Profecía alemana). «En el extremo de nuestra desgracia, Dios nos enviará un Salvador del Mediodía». (Otra, alemana). «El Gran Monarca sube al trono de sus mayores, el cual está en el Mediodía». (La Religiosa de Belley). «Allfader (Ser Supremo) creará una tierra nueva, más risueña y agradable; la iluminará un Hijo del Sol» ó del Mediodía. *(Edda,* poema germánico).

El Beato Amadeo dice que la Germania se unirá con la *Ibernia* «bajo un Príncipe preordinado de Dios». La palabra *Ibernia* debe de ser equivocación de copistas, porque en todas las lenguas se escribe *Hibernia* y todos los copistas la ponen sin *h*. Además, esta profecía es de 1500, y el nombre de *Hibernia* se dejó por el de *Irlanda* en el siglo VIII, y no es probable que el Profeta cometiera tan notable arcaísmo; bien que escribía en latín. Ni el más leve rastro de lo que dice este texto se halla en las demás profecías, antes bien parece ser contraria á ellas esta unión de Alemania con Irlanda, por lo cual parece claro que el verdadero nombre dado por el Beato es *Iberia,* España, y entonces todo se explica bien. A no ser que el sentido de la frase sea

este: «Un Príncipe preordenado de Dios reinará desde España, tanto sobre Alemania como sobre Irlanda».

La profecía de San Isidoro y de Casandra dice que reinará «en la España Mayor»; ya porque Portugal, también bajo el cetro del Gran Monarca, será como la España menor, ya porque entonces volverá á decirse «las Españas», por las autonomías y la extensión de nuestro imperio, y el Gran Monarca tendrá su corte en la Mayor, ó sea en la actual. «Limpiará á España de los vicios inmundos», dice también esta profecía.

«El Lirio, añade Santo Tomás de Cantorberi, subsistirá y entrará en la tierra del León, privada de ayuda».

«Iberia, Iberia, exclama Bug de Milhas, veo crecer tu poder y tu esplendor... El Tajo producirá un guerrero valiente como el Cid, religioso como el tercer Fernando, que enarbolará el estandarte de la fe»...

Este guerrero será el que presentará á los ejércitos del Norte en los Pirineos la tremenda batalla anunciada por el mismo profeta; y victorioso de los impíos, entrará en Francia, venciendo por todas partes á los alemanes y turcos invasores, hasta que en la Westfalia acabe de derrotarlos; después de lo cual irá á Italia, donde será coronado Emperador por el Papa, y de allí á Francia para tomar el cetro de sus antepasados, volviéndose á España después de sentadas las cosas.

Una profecía de una religiosa anónima, adoptada por Dujardín y da Macello, dice que «elegirá una capital al Mediodía, y se le dará (en Francia) un regente que será un santo». A esto aluden otras muchas profecías, como en su lugar veremos, de donde se sigue que antes de ser rey de Francia lo será de España. Pruébanlo también los siguientes pasajes:

«He aquí que viene de país extranjero un hermoso joven de la raza de Pepino... y este pastor (el Papa) lo colocará de un modo admirable en el trono de Francia, entonces vacío y abandonado». (Profecía del Abate Werdín).

«Dios es bendecido aún», dice la profecía de Orval; y el Sr. Escolá lo comenta así: «*Dios es bendecido aún* indica que

el Gran Monarca habrá reinado ya al empezar dichas lunas» (ó guerra europea y victoria española).

«En una gran tempestad y discordia surgirá un Rey fuerte para dominar la Francia, y llegará á ser Rey de ella». (El Beato Abad Joaquín de Flora).

»Someterá toda la Germania, y entonces la Gran Casa (Roma papal) estará derrumbándose; pero el águila vendrá del Septentrión hacia el Sol (de Alemania á Italia) ceñida de torres de España y acompañada de la muchedumbre de sus polluelos criados en ellas.—*At veniet tandem aquila á septentrione super solem, et ipsa cingetur turribus Hispaniarum, cum multitudine pullorum suorum»*. (Santa Brígida).

«Vi venir del Oriente (esto es, de Italia, ó de la Iglesia) un joven admirable, montado en un León, y tenía en su mano una espada flamígera. Y el gallo (Francia) cantaba delante de él. Y el León puso el pie sobre la cabeza del Dragón» (Profecía de Premol).

Esto es, acabó para siempre con la revolución y la República.

Arreglada Francia, volverá á su corte de España y poco después marchará á la conquista de Africa y Palestina, según expresan los textos siguientes.

Repitiendo el Dr. D. José María Escolá, en su libro *Las Profecías, etc.*, comentarios de otros expositores de Esdras, (cap. XII), dice sobre el león que destrozó al águila (esta águila es muy diferente de la antes citada) ó imperio mahometano.

«El águila figuraba el imperio turco; y el león escogido por Dios para hazaña tan grande, ¿de quién era figura? Parece (y algo más) que lo fué del Gran Monarca, por cuyo poder ha de ser, según otras varias profecías, exterminado el imperio de Mahoma. Y el ser un león, ¿no indica la procedencia de su raza? *Y este león,* dice el mismo Esdras, *es el viento que el Altísimo ha reservado para el fin contra aquéllos, y contra sus impiedades»*.

Los sectarios de Mahoma «serán vencidos por el reino celeste (Iglesia) y por los romanos (Imperio). Este y la Iglesia de acuerdo habrán decretado la guerra, cuyo principal ejército serán los Crucíferos (Orden religioso-militar que participa del reino celeste y del imperio), y le quedarán sujetos porque este reino será exaltado sobre todos los reinos del mundo». (San Metodio).

«Reinará sobre la casa de Agar, conquistará á Jerusalén,

fijará la imagen del Crucificado sobre el Santo Sepulcro, y será el mayor de todos los Monarcas». (San Isidoro y Casandra).

«Jerusalén y el Monte Sión han de ser reedificados por mano de los cristianos. Quién ha de ser, Dios mismo por boca del Profeta en el décimo-cuarto Salmo lo dice. El Abad Joaquín dice que éste había de salir de España». (De una carta de Colón).

«Saldrá por los tiempos venideros el Rey Católico de España en persona con gruesa armada contra los moros de Africa, y alcanzando de ella una insigne victoria, la reducirá toda á su obediencia» (San Alfonso Rodríguez).

«Tan santo ardor se apoderará de los españoles, excitados por la santidad de la causa, que partirán sin despedirse de sus padres, y sin arreglar sus negocios. La legión más fuerte de este ejército se compondrá de religiosos regulares y seculares (Crucíferos). El cual ejército irá por el estrecho de Gibraltar al Africa... El Rey seguirá su viaje con un ejército poderoso por Berbería... y continuará sus victorias hasta Jerusalén». (San Nicolás).

«Jerusalén será reconquistada por un héroe de la casa de Austria, otro Alejandro en la velocidad, y armado con sus soldados con espada y cruz». (Ven. M. Magdelena de la Cruz).

Todos los textos anteriores prueban lo que muchas veces hemos dicho, sobre todo en nuestras *Memorias*, fundados en otras razones, esto es, que el triunfo de la buena causa en España será antes que el de otras naciones. A esto parece aludir un pasaje de las profecías de Sor Natividad, el cual dice así:

«Vi en espíritu una vasta sala (nos parece España) que semejaba mucho á una iglesia; estaba cási llena de sacerdotes revestidos de albas hermosísimas y finísimas, como para una fiesta solemne; pero no llevaban casullas ni dalmáticas. Iban todos muy peinados y afeitados, manifestando en su semblante una gran alegría, y cantando himnos de júbilo. Leían algunos de ellos en voz alta ciertas composiciones literarias, en verso y prosa, y otros aplaudían la lectura exclamando: «Eso es bueno, es excelente, es de toda bondad, no hay más que decir». Lo leido eran diferentes obras y argumentos compuestos en defensa de la buena causa.

Yo estaba como fuera de mí por el gozo, observando la alegría de ellos. «Muy bien, me decía á mí misma; he ahí un júbilo que anuncia una gran victoria. Sea Dios bendito, y

acaben por triunfar su religión y su causa. Al fin el buen orden va á reaparecer». Mas cuando yo me abandonaba á tan dulces transportes, ví á mi lado al Niño Jesús, el cual me dirigió unas breves palabras que moderaron de repente el ímpetu de mi alegría. Llevaba en su derecha una cruz muy gruesa, y mirándome con tristeza, me dijo:

«Hija mía, no tengas tan gran confianza, porque pronto verás grandes cambios. No se han acabado los males, no se ha llegado al fin como ellos piensan. No, créeme, no ha llegado todavía el tiempo de cantar victoria; la aurora apunta ya, es verdad; pero el día que seguirá ha de ser hosco y tempestuoso».

Dice la vidente que el Niño Jesús representaba una edad como de tres años; sin duda era esto figura de que aquella dicha era muy pequeña, comparada con la que vendría después; la visión puede aplicarse también á la falsa paz que dicen hemos tenido con la llamada restauración, durante la cual, buena parte del clero juzgaba casi llegados los tiempos felices, y muchos hacían gran fiesta y en sus escritos nos presentaban las instituciones como si fueran el antemural de la Iglesia de Cristo. Esto aparte, lo dicho hasta aquí prueba de la manera más terminante que el Gran Monarca, el vencedor de Europa, Africa y Asia, será Rey de España y tendrá en ella su trono. De todos los puntos tocados en este artículo tendremos que ocuparnos extensamente en otros escritos; aquí se han puesto las autoridades proféticas para probar sólo que el Gran Monarca será Rey de España antes que de Francia, y que fijará su residencia en España.

(*Luz Católica*, núm. 43=25 Julio 1901).

IV

Su estado sacerdotal.

Con disgusto empiezo este artículo, porque más de cuatro ó de cuatrocientos maliciosos lo tomarán por pretexto de nuevas diatribas, propalando que el Padre

Corbató,—que gracias á Dios nada ambiciona de este mundo,—se proclama á sí mismo Gran Monarca. ¡Como si en el mundo no hubiera más Sacerdotes que yo!

Digan, que de Dios dijeron. Dios es quien proclamará al Gran Monarca, contra lo que muchos esperan, y se verá que es Sacerdote. Creo conveniente reservarme las razones en que me fundo para afirmarlo, excepto una que expondré luégo. Las demás pueden indicarse en globo, diciendo que, en mi firme opinión, muchos de los hechos atribuídos por los profetas al Gran Monarca no pueden explicarse si éste no es Sacerdote; y por añadidura, la filosofía providencial de la historia conduce á la misma consecuencia.

La razón que me parece conviene exponer se funda en el capítulo VI del profeta Zacarías, cuya primera visión, que abraza los seis primeros capítulos, se refiere evidentemente al Gran Monarca y su tiempo. Antes que yo lo han dicho otros más sabios que yo, que de sabio tan poco tengo, y entre ellos citaré al ilustre Jesuíta Padre Vieyra, el cual, en su magno sermón *Palabra del Predicador empeñada y defendida*, aplica al Gran Monarca la parte más interesante de dicho capítulo VI.

Describe el profeta en este capítulo las cuatro carrozas que vió salir de entre dos montañas. Por las dos montañas entienden los expositores el poder y la providencia de Dios, y por las cuatro carrozas los cuatro grandes imperios de caldeos, persas, griegos y romanos. De modo que, según los Santos Padres y los Doctores, esta visión representa lo mismo que la estatua del ensueño de Nabucodonosor, descifrada por el profeta Daniel.

Pero en la estatua el imperio de hierro, ó sea el romano, se dividen en hierro y barro, esto es, en diferentes monarquías que hasta hoy duran, y luego viene la piedra desprendida del monte, que lo derriba todo

y llena el mundo. Es el imperio temporal de Cristo, que empieza ya con su Vicario temporal ó Gran Monarca. Así, en la visión de Zacarías, la última de las cuatro carrozas ó imperios es tirada por *equi varii et fortes*, por donde parecen indicarse las fracciones del imperio romano; y aun después se habla de unos caballos *robustísimos*, en los que algunos expositores hallan simbolizado el imperio turco. Después de todo lo cual, pone el profeta la coronación del Gran Monarca, llamado Jesús, y este es Sacerdote.

Para mejor inteligencia de todo esto, conviene leer el art. II del capítulo XVIII de la presente obra, por donde se comprenderá que Jesús, así como fué literalmente el Pontífice y príncipe temporal hijo de Josedech, así será, literalmente también, el Gran Monarca, á quien por ser un salvador y fiel trasunto del Salvador Jesucristo, conviene el nombre de Jesús, que quiere decir Salvador. A Jesús Nuestro Redentor no se le puede aplicar sino alegóricamente la visión de Zacarías, por lo menos mientras dure la tercera generación de la humanidad (véase *Luz Católica*, núm. 37), por las razones expuestas en el capítulo citado. Habla el profeta de un monarca temporal, y Jesucristo no será monarca temporal hasta la cuarta generación, no siendo por medio de su Vicario el Gran Monarca. No deje el lector de repasar los lugares citados.

Paréceme que las cuatro carrozas pueden también simbolizar cuatro imperios ó dominaciones, harto más cercanos á nosotros que los antiguos; y aun diré que lo mismo pueden representar cuatro potencias, y acaso cuatro poderes, de los tiempos modernos. De cualquier modo que se considere, á las cuatro carrozas sigue el Gran Monarca, después de un gran castigo social, cuyo fin expresa el Señor por boca del profeta con estas palabras: «Hicieron descansar mi espíritu», esto es, *mi furor*, según la versión de los Setenta. Expongamos

ahora los versos que al Gran Monarca atañen. Aquí el profeta representa á la Iglesia.

«*Y el Señor me habló diciendo: Toma las ofrendas de aquellos que han venido del cautiverio... Y tomarás el oro y la plata y harás unas coronas*».

Dos coronas, por donde empieza ya á descubrirse que el Gran Monarca ha de ser Rey y Sacerdote. Están fabricadas con el oro y la plata de los que han venido del cautiverio, lo cual parece aludir claramente, ya al acabamiento del liberalismo que mata nuestra libertad, ya á la gran emigración de los extranjeros á España en los primeros tiempos del Gran Monarca, anunciada por varias profecías. Emigrarán huyendo de las guerras y grandes calamidades de otras naciones, según en su lugar diremos, con lo cual España aumentará en crédito, en riquezas, en población, y sobre todo en fe, pues entonces ya se verá clara la mano de Dios. Todo esto se comprende bajo el símbolo del oro y la plata.

«*Harás unas coronas y las pondrás sobre la cabeza del Gran Sacerdote Jesús, hijo de Josedech*».

Jesús, como hemos dicho, era Sumo Sacerdote y Príncipe temporal. Dos coronas le pertenecían; de oro por su sacerdocio, de plata por su imperio político. Traducimos *gran Sacerdote* y no *Sumo Sacerdote* como todos traducen, porque el texto de la Vulgata le llama *magnus*, grande, y no *summus* ó *maximus*, como suele decir la Sagrada Escritura cuando se trata del Sumo Sacerdote ó Pontífice de Israel. Sumo Sacerdote era Jesús; mas no hablando de él solo la profecía, sino del Gran Monarca que debía seguir á las carrozas, llámale Gran Sacerdote para que convenga á entrambos. El Gran Monarca no ha de ser Sumo Sacerdote ó Pontífice; pero sí Gran Sacerdote, por razones que de puro claras no necesitamos explicar. Es de advertir también que Jesús era hijo de Josedech, y Josedech quiere decir *Justicia del Señor*. Hijo de la Justicia será el Gran Monarca, es decir, vengador justiciero de la causa de Dios

hollada por los impíos y falsos católicos. Hijo también porque el Señor ha reprobado la raza de Saúl, la ha castigado, ejerciendo en ella su justicia, y esta reprobación y este castigo han engendrado un nuevo Rey, un pastorcillo, un desvalido que llega á ser el gran David.

«*Al cual* (á Jesús) *hablarás de esta manera: Esto dice el Señor de los ejércitos. He aquí el varón cuyo nombre es* ORIENTE; *y él nacerá de sí mismo y edificará un Templo al Señor.*

Jesús ó el Gran Monarca es aquí llamado Oriente, en lo cual convienen varios de sus profetas, y aun otros que no lo son. Oriente porque nace de la Iglesia católica docente, que es de donde nos viene la luz, y Oriente por otras muchas razones que en parte no es necesario decir y en parte no conviene. Y el nombre de Oriente no se lo da Dios sino en cuanto *Señor de los ejércitos*, lo cual es muy significativo. Habla á Jesús, al Cran Monarca, y parece que señale á un tercero diciendo: *he aquí el varón...*

Y hace notar la profecía de Disentis, confirmándolo en cierto modo San Francisco de Paula, que el Gran Monarca, al pronto, no sabrá de una manera cierta si las profecías hablan de él ó de otro: «He aquí el varón cuyo nombre es Oriente»; pero ¿es él mismo este Oriente, si él ha de verse en todos conceptos cruelmente abatido, como dicen los profetas? Eso es lo que él no podrá asegurar ante el público, por más pruebas interiores que tenga, hasta que los hechos le descubran paladinamente. Pero el ángel le dice, como á Zacarías y éste á Jesús, que el varón Oriente NACERÁ DE SÍ MISMO. ¡Cuántos misterios explica esta palabra! *Nacerá de sí mismo*, quiere decir que triunfará por la propia virtud de saber, ingenio, celo y constancia que en él ha puesto Dios, más bien que por la ayuda de sus pocos amigos y á pesar de la guerra de sus muchos enemigos. Quiere decir... mucho quiere

decir; pero yo nada más añadiré, porqne otra vez los maldicientes dirían que el P. Corbató canta sus propias glorias. ¡Se han empeñado en que he de ser yo y no otro el Gran Monarca!

Aplícanse generalmente á Jesucristo las palabras *nacerá de sí mismo*; pero en los lugares citados creo haber probado que Zacarías, lo mismo que Daniel, habla literalmente del Gran Monarca y no de Jesucristo, á no ser refiriendo las profecías á la cuarta generación. Edificará el Gran Monarca *un templo al Señor;* renovará la Iglesia, renovará el mundo, y el mundo todo será transformado en un templo. No sólo levantará este templo grandioso: opino muy fundadamente que en Jerusalén edificará un templo maravilloso al Redentor que por nosotros derramó allí su sangre.

(*Luz Católica*, núm. 44=1.º Agosto 1901).

«*Él construirá un Templo al Señor, y quedará cubierto de gloria, y se sentará y reinará sobre su solio*».

Repite el profeta que el Gran Monarca levantará un Templo al Señor, descubriendo con esta repetición la importancia del asunto y confirmando la profecía. El sentido principal de la repetición es que el Gran Monarca, príncipe y Sacerdote, además del Templo material edificará un Templo moral; ya en cuanto príncipe, protegiendo la Religión y fundando en ella todo el orden social y político, ya en cuanto Sacerdote, obrando de acuerdo con la Santa Sede la gran reforma de la Iglesia anunciada por los profetas. Ambas cosas le atribuyen éstos, describiendo las grandezas religiosas de aquellos días y la felicidad de los pueblos, todos fervientes adoradores de Jesucristo y colmados de bienes espirituales y temporales.

Esta grandiosa renovación *le cubrirá de gloria*, de suerte que eclipsará la gloria de todos los demás príncipes, y el mundo entero le venerará admirado; y en virtud de su gloria y de la universal admiración que producirá, habrá paz en todo el orbe, se consolidará la

potestad temporal con ayuda del Sacerdocio, y el Gran Monarca dará leyes sapientísimas, ahora quizá no sospechadas. Todo esto dice el profeta con las palabras *se sentará y reinará sobre su trono*. Y para que no se dude que habla del Sacerdote tanto como del príncipe temporal, repite la frase, como hizo al hablar del Templo, y dice:

«Y *estará el Sacerdote sobre su trono, y habrá paz entre ambos tronos*».

Que equivale á decir: «Pasaron las desavenencias entre las dos Potestades. Guerras crueles nacieron de la rivalidad entre el Sacerdocio y el Imperio; esas guerras no volverán, porque las rivalidades han desaparecido, siendo Sacerdote el Emperador universal. Es menester que el Sacerdocio sea tan ensalzado como humillado ha sido por las sectas, y recobre el lugar que le corresponde en las sociedades. Superior al Imperio es el Sacerdocio: aquél no domina en éste, antes bien, por éste debe ser dirigido. Casi todos los Monarcas han sido más ó menos tiranos, porque no siendo Sacerdotes, no tenían para los pueblos la caridad paternal que abriga el corazón del Sacerdote, y pretendían dominarlo todo en provecho propio. Castigo social más bien que don de Dios han sido los supremos dominantes de los pueblos, según esta sentencia divina: «*Por los pecados de la tierra hay en ella tantos príncipes*». La monarquía de los reyes no se concedió al pueblo judío en premio de sus virtudes, sino en castigo de sus pecados. Tenía antes la monarquía de los Jueces y Sacerdotes, y le fué arrebatada. Los Macabeos la restauraron, y por sus crímenes le fué arrebatada también, para que lo dominasen Herodes y los romanos. No será así en adelante: el Monarca será Sacerdote, habrá armonía absoluta entre el Sacerdocio y el Imperio, paz profunda entre las dos Potestades ó los dos Tronos, y hasta el Soberano Pontífice confiará al Gran Monarca la administración de los Estados de la Iglesia».

«Y serán las coronas como un monumento para Helem, y Tobías, é Idaías, y Hem hijo de Sifonías, en el Templo del Señor».

Fueron estos varones los que entre los libertados de la cautividad, como arriba se dijo, más contribuyeron á la coronación del príncipe y Sacerdote Jesús, cuyas coronas se fabricaron con el oro y plata de las ofrendas de ellos. Grabáronse sus nombres en las coronas, y éstas fueron depositadas *en el Templo del Señor*, sirviendo de monumento á la gloria de tan insignes varones. Lo mismo, relativamente, sucederá con la doble ó triple corona del Gran Monarca, el cual la depositará en el Templo y no admitirá ser coronado más que con corona de espinas, según dijimos en otros lugares.

Para mejor inteligencia, nótese que el significado hebreo de los nombres sobredichos conviene perfectamente á lo que harán con el Gran Monarca los principales amigos de éste; y por añadidura, dicen los hebreos que aquellos varones así llamados eran Daniel, Ananías, Azarías y Misael; el gran profeta que pronunciaba sus oráculos ante la corrompida corte de Babilonia, y los tres jóvenes arrojados al horno por no querer adorar la estatua de Nabucodonosor y librados del fuego por un milagro estupendo, mientras las llamas consumían á los atizadores del horno. Hay aquí múltiples y muy notables significados que se dejan á la consideración del lector.

«Y los que están en lugares remotos vendrán, y trabajarán en la fábrica del Templo del Señor».

Materialmente respecto del Templo material, moralmente respecto del moral; en el primero trabajarán con sus donativos, en el segundo con sus virtudes. Hasta en *los lugares más remotos* reinará Cristo socialmente por medio del Gran Monarca, y de allí acudirán muchos á visitar los Santos Lugares y el Templo que el Monarca debe construir. Voz común de los pro-

fetas es que todo el mundo parecerá un Templo, y gozará de una paz y felicidad cual nunca se habían visto.

«Y conoceréis que el Señor de los ejércitos me envió á vosotros; mas esto será si vosotros escuchareis con docilidad la voz del Señor Dios vuestro».

Esto es: «cuando viereis que mis oráculos se cumplen, especialmente la afluencia de los infieles y herejes al Templo ó Iglesia Católica, entonces conoceréis claramente que yo, Zacarías, no hablo por mi cuenta, sino que el Señor de los ejércitos es el que me envía para auunciaros estas cosas. Pero tened entendido que estas profecías no son absolutas, sino condicionales, esto es, su cumplimiento depende de que vosotros *escuchéis con docilidad la voz del Señor Dios vuestro.*

Como quiera se deben cumplir alegórica ó místicamente; pero literalmente no se cumplirán si con vuestros pecados os hacéis indignos. En ese caso, no me culpéis á mí de falsedad; culpaos á vosotros mismos, porque con vuestros pecados os hacéis indignos de las venturas prometidas con el reinado del Gran Monarca».

En efecto; razones gravísimas que no tenemos lugar de exponer nos convencieron años ha de que el *Gran Monarca* debía haber aparecido por los años de 1870; todo parecía concurrir entonces al cumplimiento de las profecías, lo cual vieron no pocos hombres de ciencia y virtud que muy fundadamente creyeron descubrir al Gran Monarca en D. Carlos de Borbón. La verdad es que el augusto Sr. Duque de Madrid parecía, tanto por sus circunstancias personales como por las de su familia y las de aquella época, el hombre de las profecías; pero nuestros pecados sociales nos hicieron indignos, como anunció Zacarías, y la venida del Gran Monarca se aplazó para principios de este siglo.

Es de advertir que cuando el cumplimiento de profecías tan trascendentales como estas se aplaza,

siempre el aplazamiento está anunciado por otras, de un modo que no deja lugar á dudas. Así, todo parecía convenir al tiempo sobredicho y al Sr. Duque de Madrid; pero examinando bien las profecías, hállanse muchas, v. gr., la presente, que de ningún modo convenían, sino que claramente se refieren á otra persona y á un tiempo posterior, cual es el presente, en el cual aquéllas y éstas coinciden de modo admirable, como ordenadas todas por el Dios Altísimo que las inspira.

(*Luz Católica*, núm 46=15 Agosto 1901)

V

Es conforme á la Tradición que un Sacerdote sea Rey.

Fernández de Navarrete nos ha dicho que en la ley Evangélica el Sacerdocio está separado del imperio temporal, como indicando que son incompatibles en el mismo sujeto; y cabalmente de las mismas enseñanzas tradicionales que el propio autor desarrolla con tanto acierto y erudición, síguese necesariamente que no hay tal incompatibilidad, antes bien el estado sacerdotal reune excelentes condiciones para hacer un buen rey, lo mismo que un buen ministro ó secretario.

La ley Evangélica está tan lejos de rechazar que un Sacerdote sea Rey, que precisamente la Cabeza visible de la Iglesia, á semejanza de Cristo que es Sacerdote y Rey, es también Sacerdote y Rey temporal.

En Polonia hubo un Casimiro I que fué diácono (para el caso es exactamente lo mismo que sacerdote) y lo que más es, monje profeso; cuyo reinado resume la Biografía de Feller con estas palabras:

»Siete años después de su diaconado, como los poloneses anduviesen siempre en turbaciones y partidos desde que él se retiró, obtuvieron de Benedicto IX, en 1041, que volviese

Casimiro al trono y se casase. Restituído, pues, Casimiro á Polonia, tomó por mujer á una hija del duque de Rusia, la cual le dió varios hijos. Civilizó Casimiro á los polacos, hizo renacer el comercio, la abundancia, el amor al bien público y la autoridad de las leyes. Arregló con toda perfección el interior de su reino y no se descuidó en atender á lo exterior. Derrotó á Maslias, gran duque de la Moscovia; conquistó de los boemios la Silesia, y estableció una sede episcopal en Breslau. Murió en 1058, habiendo reinado 18 años».

En España tuvimos también un diácono en el trono, y fué Bermudo, rey piadoso y quizá demasiado bondadoso, á pesar de la ilicitud de su matrimonio, para el que no pidió dispensa al Sumo Pontífice.

«Reinó tres años y medio, dice el P. Mariana; tuvo dos hijos, D. Ramiro y D. García, en su mujer Nunilón ó Ursenda, con quien se casó ilícitamente; pero después con mejor consejo se apartó de ella y perseveró en castidad toda la vida. En lo demás fué hombre templado y modesto, más amigo del sosiego que sufría el estado de las cosas. Verdad es que hizo una cosa muy loable y que dió mucho contento, es á saber, que en gran pro de la república tornó á hacer compañero de su reino á D. Alfonso, hijo de su primo hermano el Rey D. Fruela, el que despojó Mauregato».

No fué poco prescindir del amor á sus hijos y entronizar al rey legítimo de origen, dando con esto á España un rey tan grande y glorioso como Alfonso el Casto. ¿Hubiera pospuesto á sus propios hijos de este modo, un rey no ligado con el vínculo de las sagradas órdenes mayores? Bien puede pensarse que no. Y el mérito de Bermudo en este hecho resalta más si se tiene en cuenta que ya D. Alfonso, en cierto modo, había cosentido no ceñirse la corona de Pelayo, puesto que se puso al servicio de Bermudo. Encargóle éste el mando de las tropas cristianas, con las que D. Alfonso derrotó un gran ejército musulmán en la Bureba; y por fin, en 791, abdicó Bermudo libre y espontáneamente en el propio D. Alfonso.

Otro hecho se registra en la historia de España, harto más notable que el de Casimiro y el de Bermudo, y es el de D. Ramiro el Monje. «Apellidado así, dice

Pi y Arimón *(Barcelona antigua y moderna)* por ser monje y sacerdote (y Abad) del monasterio de San Benito, cuando en 1133 murió su hermano D. Alfonso I de Aragón sin hijos, y él fué elegido para sucederle. El reino impetró del Sumo Pontífice la competente licencia para alzar los votos del Príncipe; gracia que Su Santidad se dignó otorgar, atendidos los bienes que de ello debían resultar al país. Por consiguiente, don Ramiro ocupó el trono de Aragón, y luégo casó con D.ª Inés, hija del conde de Poitiers, en la cual tuvo á D.ª Petronila».

«Los aragoneses, dice el P. Mariana, en Monzón, do se juntaron, declararon por rey á D. Ramiro, hermano del rey muerto, aunque monje y abad de Sahagún, electo Obispo, primero de Burgos, después de Pamplona y últimamente de Roda y Barbastro. La corona que le dieron en Huesca juntó con la cogulla, y con la mitra la púrpura real, cosa en todo tiempo de grande maravilla. No pararon en esto las aficiones del pueblo: Magüer, que era de mucha edad, tanto que más de cuarenta años eran pasados desde que tomó el hábito en el monasterio de Tomer, le forzaron, para tener sucesión, á casarse con dispensación... De donde resultó otra maravilla; *ser uno mismo monje, sacerdote, obispo, casado y rey*».

Cuéntanse muchas fábulas y consejas sobre el reinado de Ramiro el Monje, que si no infaman su conducta, preséntanle ineptísimo y casi idiota; pero algunas son tan burdas, que ellas mismas prueban su mentira; de otras le vindican nuestros historiadores clásicos, concediendo, empero, que no tuvo grandes aptitudes de gobierno. Sin embargo, debe tenerse presente cuán difíciles eran aquellos tiempos, en que los más hábiles políticos solían estrellarse contra las dificultades y complicaciones que tanto abundaban así al interior como al exterior de las monarquías españolas; lo cual no obstante, D. Ramiro mantuvo en paz su reino y logró lo que tal vez otro no hubiera logrado, esto es, hacer paces con Castilla y unir á la corona de Aragón el condado de Barcelona, dando su hija en matrimonio á un hombre de tan notables pren-

das como Ramón Berenguer IV *el Santo*. Después de lo cual, se retiró otra vez al monasterio, haciendo vida de monje hasta el fin de sus días.

Ni Bermudo ni Ramiro pueden ser comparados en modo alguno con Casimiro de Polonia, que fué magno en su gobierno; pero en España tenemos todavía otro Sacerdote, incomparablemente más glorioso que Casimiro, y es el nunca bastante ponderado Regente Cardenal Cisneros. Cierto que no fué declarado rey; pero ocupó el lugar de rey y rigió las Españas mejor que el mejor rey. De la gloria de sus hechos están llenas las historias, por lo cual no necesitamos relatarlos aquí.

Con todo esto, también nuestras historias están llenas de los grandes abusos cometidos por la intervención de clérigos y Obispos en la política de la corte. En *Los Consejos del Cardenal Sancha* dedicamos á este asunto un largo capítulo de apretada historia. Deducimos de todo esto que la Tradición exige, como prueba Fernández Navarrete, que el Clero no sólo intervenga en la *política general del Estado*, sino que desempeñe algunos altos cargos siempre que convenga, como ha sido costumbre en España; pero que nunca, nunca debe mezclarse en la *política particular de la Corte* ni de los magistrados, presidentes, gobernadores, etc., cuando esta política no es en menoscabo de los derechos religiosos.

Y para que el Clero se contenga en los justos límites señalados, manifiesto es no haber cosa mejor que ocupar el trono un sacerdote ejemplar y en todo justo, pues él conocerá los defectos del Clero mejor que un rey lego y podrá aplicar los remedios que éste desconoce: porque, como dice el refrán, más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena.

Decir, pues, que el Gran Monarca será sacerdote, fundando esta opinión ó convicción en el testimonio de los profetas y en mil razones más, todas de mucho

peso, es cosa muy conforme con el espíritn de la Iglesia y con la historia y la Tradición de España; y decir que un rey no puede ser sacerdote es juzgar contra el espíritu de la Iglesia, la Tradición, la Historia y las profecías.

«Habiendo cuestiones mixtas de religioso y civil ó político, decíamos en *Los Consejos del Cardenal Sancha*, el Clero puede y debe intervenir en política bajo este concepto. Aun en los asuntos de mera política, que es *el arte de gobernar los pueblos*, hay una justicia, hay una moral, cuya doctrina pertenece de suyo á la Iglesia, maestra de toda moral legítima: luego aun en ese concepto el Clero puede y debe intervenir en política. Pero si en política procede el Estado según justicia, el Clero no tiene por qué intervenir si no es llamado, y mucho menos si se trata de cuestiones de pura administración, economía, personal, etc.

»Hay una política degenerada, rastrera, vil, que consiste en los vientos de Fronda, en las intrigas cortesanas, en las combinaciones de los ambiciosos, en conspiraciones y camarillas, etc, Todo clérigo debe evitar esa política como una serpiente venenosa, sopena de ser emponzoñado si se deja picar.

»La politicomanía ha sido en el Clero una plaga funestísima: ha hecho más daño que las herejías. Si mi voto valiera, yo haría dar una ley para que ningún Obispo se acercase por la Corte, no siendo llamado, ó por necesidad y con licencia expresa de su Arzobispo y éste del Nuncio, ó de otra manera análoga. Con una ley así, no recordarían las historias griegas y latinas tantos escándalos, ni tendríamos que lamentar en España tantos abusos y tantas luchas entre Papas y Reyes, nacidas casi todas de la política cortesana del «alto Clero». La ley está ya formulada en principio: *Ellos al Papa, é vos á la capa*. Desentráñese el significado de esta sentencia de Fernando el Católico, y está hecha la ley».

VI

Cómo empezará la restauración.

El Catalanismo.

Ahora bien: ¿cuándo se revelará el Gran Monarca, ó cuándo se sabrá quién es? Si vale nuestra firme opi-

nión, no se revelará él, sino que sus hechos le darán á conocer, y todos sabrán quién es sin que él lo diga. El día está muy cerca: todo se prepara vertiginosamente para su advenimiento. Pero aun cuando decimos *cerca*, no se entienda que ha de ser este mes ó el que viene. En nuestras *Memorias*, Diciembre de 1898, decíamos que todo se cumpliría dentro *de unos cuatro años*, á nuestro parecer.

Unos cuatro no son cuatro justos; pueden ser cinco. De todos modos, tenemos ya transcurridos dos y medio; y no por esto hemos modificado nuestra opinión, antes bien en ella nos confirman los acontecimientos, sin que por esto queramos decir que de ningún modo nos engañamos. Asimismo creemos que antes de terminar el año corriente se abrirán multitud de corazones á la esperanza, en vista de algunos acontecimientos hoy inminentes. Quizá no llegue el 1902 sin que los Crucíferos hayan empezado (1), porque antes del general cataclismo que se avecina ha de haber triunfado en España el Gran Monarca, venciendo á una república infame y efímera. Vamos al caos para que el Omnipotente pronuncie entonces el FIAT LUX.

«¡Iberia, Iberia! exclama el célebre profeta del Cominges; veo crecer tu poder y tu esplendor, y nada será capaz de contrastar la elevación y la fuerza de tus destinos. El simoún que sopla del desierto agosta las plantas más lozanas; pero á éste sucede una fresca brisa que reanima la naturaleza y devuelve su vigor á los vejetales marchitos. De las guerras civiles de los romanos, nació el gran reinado de Augusto; setecientos años de guerras en toda la Iberia formaron de ella el imperio más extenso que se había conocido; pero sólo sirvió para empobrecer á sus hijos. *¿Qué te queda de aquel poderío?* TODO LO PERDISTE, TODO, *menos el amor de tus hijos; éstos te ensalzarán.*

»Tú, Iberia, combatida por la tempestad de los partidos y por la ambición de los extranjeros, lucharás denodada contra sus combates; te costará sangre, tesoros, edificios... pero llegará el día de la bonanza, repararás tus anteriores pérdidas, y *la*

(1) Todo esto se cumplió, aunque muchos lo ignoren.

fama de tu gloria y esplendor se extenderá hasta las regiones más remotas».

También el famoso vidente de Turín vió á España que se engrandecía y reflorecía, después de otra visión que el Dr. Escolá describe de este modo en *Las Profecías:*

«La mirada profética del vidente se extiende hacia la envidiosa Albión que enciende, fomenta y mantiene el fuego en casa ajena con viles medios, y descubre una densa nube preñada de granizo que, llovido por doquiera con fuerte estrépito (guerras), unido á las furibundas olas del mar que la rodea, eclipsa su prepotencia y la machaca como la tempestad á la hierba del prado, dejándola envilecida».

Cuarenta años hace que esto se publicó, y hoy empieza á cumplirse lo último. Lo primero es una realidad que espanta: toda la prensa dedica largas columnas al fuego que Albión atiza en nuestra casa. ¿Quiénes salvarán á esta Patria sin ventura? *Sus hijos*, nos ha dicho el vidente del Cominges; sus hijos no son los que hoy la pierden; sus hijos son los que de tal modo aman á la madre Patria, que por ella están prontos á dar la vida. Sus hijos son los católicos españolistas, á cualquier agrupación que pertenezcan; y más especialmente son sus hijos los que se disponen á salvarla con Dios y por Dios á estilo de Macabeos, esto es, los Crucíferos; que si en acto todavía no existen, existen en deseo. «Todo lo ha perdido España, todo, menos el amor de *sus hijos;* éstos la salvarán».

Humildes son hoy sus hijos, pequeños, despreciados, tenidos por ilusos, perseguidos y calumniados; pero escrito está por San Vicente Ferrer, para nuestros tiempos y no otros, que:

«Llorarán los grandes, *los pequeños se levantarán* hasta perderse de vista, y en ellos estará la gracia y la influencia del cielo. **Su Príncipe demostrará el esplendor de su fe.** *Esto causará mucho ruido y mucha admiración á todos;* pero sólo se debe á Dios. La justicia estará por este Príncipe, y *su causa correrá á cuenta de Dios*».

A cuenta de Dios, nótese bien: ¿por qué se agitan tanto algunos hombres en apuntalar la ruinosa causa cuyo triunfo clarísimamente se ve que no corre á cuenta de Dios, antes bien Dios se lo niega? El Dios de los ejércitos es quien dará el triunfo al Príncipe de los humildes, al Fundador de los Crucíferos, que de niño habrá sido como santo, de joven gran pecador, y después convertido con la eficacia de San Pablo. Así lo vaticinó San Francisco de Paula, su principal Profeta: y para la obra que le está encomendada, no sólo tendrá la visible protección de Dios que en el capítulo I descubrimos y en otros explicaremos más detalladamente, sino que estará adornado con todos los dones del Espíritu Santo, en especial de discernimiento de espíritus y de profecía.

«Irá interpretando, dice San Francisco de Paula, los obscuros secretos del Espíritu Santo, y muchas veces será admirado por conocer los internos secretos del corazón de los hombres que le serán revelados por el Espíritu Santo».

Opinan algunos que no sólo será Sacerdote, sino Franciscano; pero los diferentes textos proféticos en que se apoyan no dicen que será Franciscano, sino que aluden á la devoción que tendrá á San Francisco de Paula, el cual le llama «mi hijo», y bajo cuya tutela pondrá los Crucíferos. Tan grande como su devoción y religiosidad será su intrepidez, así en las adversidades como en las luchas por la verdad y la justicia. La V. Sor Natividad dice á este propósito:

«Jesucristo me hizo ver un camino recto, pero obscuro y tenebroso, y todo lleno de guardias y personas armadas para impedir el paso. De repente apareció un hombre fuerte y robusto que quería pasar por aquel camino: en su izquierda llevaba una hoz y en la derecha una espada de dos filos, como si hubiese de luchar contra todo un ejército. No obstante las insidias y los esfuerzos de aquellos enemigos, este hombre valeroso é intrépido llegó fácilmente al fin, y de allí se volvió contra ellos para zaherir á su vez la flaqueza y cobardía de los mismos».

«Este pasaje, decíamos al citarlo en el núm. 18 de *Luz Ca-*

tólica, no necesita comentarios, porque es tan claro como pueda desearse. Si el lector necesita de ellos, medite un poco y se los encontrará hechos».

Todo este negocio está íntimamante relacionado con el estado político actual de Cataluña, según dijimos ya. El Catalanismo no es separatismo; es para Cataluña lo que el Españolismo para España, y el título de Catalanista tiene con la patria chica la relación que el de Españolista tiene con la patria grande. Aparte los abusos y exageraciones de unos cuantos, no se puede ser buen Catalanista sin ser Españolista, ni Españolista sin ser Catalanista, porque el Catalanismo no es en substancia más que un amplio regionalismo de Cataluña, cosa que para sí debieran vindicar las diferentes regiones españolas.

Tomado en este concepto el Catalanismo, el primer Catalanista fué San Vicente Ferrer, el cual profetizó lo que en Cataluña está hoy pasando y lo que sucederá dentro de poco, hasta que Barcelona obtenga no solamente la autonomía regionalista, sino la independencia y la supremacía, siendo corte del Gran Monarca, esto es, corte de España y del mundo.

Podrá parecer muy rara nuestra opinión; pero es muy fundada, y no es la primera vez que de Barcelona nos ocupamos en este sentido. Acabando de explicar lo que sobre el caso indicábamos en el cap. X, art. IX, diremos que, en nuestra opinión, el Gran Monarca y sus Crucíferos empezarán en Valencia; pero una vez arregladas las cosas, fijará aquél su corte en Barcelona, y á esta capital se refiere San Francisco de Paula diciendo del varón de sus profecías:

«Coronado que sea de tres admirables coronas (de Sacerdote, Príncipe y Doctor) exaltará aquella ciudad, la hará libre, y corte del Imperio, y vendrá á ser una de las primeras ciudades del mundo».

Valencia obtendrá la misma suerte en cuanto quepa.

Repetimos que esto no pasa de ser una opinión

nuestra; pero contra ella no admitimos negaciones gratuitas, porque serios fundamentos, ya expresados, tenemos para opinar así. Y si ninguno más tuviéramos, bastaríanos la profecía *catalanista* de San Vicente Ferrer, muy conocida en Cataluña. Tenémosla hoy por auténtica, no obstante las ligeras dudas expresadas en otro lugar, y aparte la traducción del texto catalán que, cierto, no es de mano maestra. Copiámosla del libro *Las Profecías* del Dr. Escolá, omitiendo por brevedad la primera parte, ya inserta en el capítulo I.

«Parece que la gente y reino de Cataluña todos lo hayan abandonado y lo tengan irritado y enojado. ¡Oh tú, Cataluña! ¿Hasta cuándo quedarás confundida y postrada en la fe de Carlos, defendiendo la justicia?—¿Hasta cuándo permanecerás abatida por tu vana fe en el carlismo oficial, que gran parte de tus hijos tiene por el defensor de la justicia y de él espera tu salvación? ¿Hasta cuándo pretenderás defender tu justicia y tu derecho, sin obrar según la fe que debes tener en otro Carlos, defensor legítimo de la justicia y derecho de la Patria?—Los leones de Castilla te robarán la sangre y se reirán de tí; pero pronto lo llorarán y oirán tus voces convirtiéndote á Dios, porque te convertirás con grande estruendo y ruido.

»Levántate, levántate; no tardes á convertirte á tu Rey y Señor. *Dios te exaltará hasta que te veas con grande gloria, y muchos confesarán que este es el principado más feliz del mundo.*

»¡Oh tú, Barcelona, ciudad casta y leal! (más por lo que será que por lo que es) *en tí, contigo y por tí vivirá el águila Santa*—que principalmente significa al Gran Monarca.—¡Oh, si conocieras cuántas máquinas se han preparado contra ti, cuánto veneno y traición! Los ejércitos se prepararán contra ti, usurparán tus trigos y quemarán tus pajas; pero la influencia de las gracias de Dios obrará tus goces.

»La justicia clama hasta el cielo; no se confundan sus prevenciones y riquezas. Hasta al dormir, hasta al callar, alerta, y vela; hasta hacer una grande determinación, porque tu grande resolución los dejará avergonzados. Pronto, pronto, determínate á un hecho tan grande; despiértate del sueño en que yaces; mira que te pondrán en un mal guisado y muy desabrido y lleno de corrupción.

»Te verás como la vendimia en el cubo y te oprimirán mucho con grande confusión tuya; mas tu determinación descubrirá la traición y encontrarás la paz en la justicia, y el ruido de tus vecinos los oprimirá.

»La determinación y aliento abrasará á los grandes y orgullosos, limpiará la cizaña de los desafectos á la ciudad y al Rey, poniéndoles como oro en el crisol, examinándoles porque merecen grandes castigos, y muchos ser reducidos en ceniza y escoria de la amada Patria: *el rumor limpiará la mala sangre y el veneno de la víbora. Descúbrase la hediondez de tales embusterías, y no viva más.*

»El poder está en tu mano; eres poderosa, recélate, ve con cuidado, tus ojos siempre en Dios, y no dudes que él te librara de tus enemigos».

No comentamos estos últimos pasajes porque es peligroso; pero leyendo bien este capítulo, puede hallarse la explicación, que tal vez en algún punto, no en todos, convenga con estas palabras de otra predicción inserta en el mismo libro: «Vendrá un rey del Aquilón y vencerá, y será vencida Barcelona para que sea exaltada. ¡Soberbia cosa y mujer hermosa!»...

No todo esto se refiere á los principios de la gran restauración; abraza un tiempo más largo, quizá hasta el acontecimiento que el mismo San Vicente Ferrer anuncia con estas palabras:

«El gran duque Carlos conducirá de nuevo al Pontífice á la ciudad del Sol, y del mismo Pontífice será coronado emperador del Oriente y del Occidente».

Lo cual conviene con todas las profecías.

Hay en este artículo algunos puntos relativos al Carlismo que conviene ampliar para disipar dudas y evitar malas interpretaciones. Dedicaremos á esto el artículo siguiente, al mismo tiempo que descubramos nuevas señales características del fundador de los Crucíferos ó Gran Monarca.

(*Luz Católica,* núm. 47=22 Agosto 1901).

VII

Misión carlista.

En el artículo anterior descubrimos la relación de la causa del Gran Monarca con el Carlismo auténtico

y el Catalanismo auténtico. De lo primero volvemos á ocuparnos aquí, pues tal vez hoy no se hallará otro asunto de mayor interés político, dadas las cuestiones que entre los católicos españoles se agitan al presente. Poco hablarán los profetas; damos la preferencia á la razón, que por medio de la filosofía confirmará lo que predicen los profetas. Empecemos repitiendo lo siguiente del capítulo VIII:

«Diez años lo menos hace ya que el Sr. Secretario de la Junta Provincial Carlista de Valencia leyó un discurso nuestro en una velada literario-musical que el Círculo Carlista dedicaba á la Inmaculada Concepción de María; y en él decíamos lo siguiente, que arrancó no pocos aplausos:

«Nos bastaba *contener* (misión carlista) el desbordamiento de la impiedad, y lo hemos contenido. Por lo demás, si la Virgen está permitiendo nuestros infortunios nacionales, es para purificarnos con el fuego de la tribulación; es para que á fuerza de desgracias se convenzan todos los españoles de que la única salvación de la Patria está en la Fe Católica y en el amor de María; es para que, agobiados por la adversidad, abominemos de ese liberalismo vil que nos la causa, y así, abominándolo, seamos después *los salvadores del mundo.*

»España va hundiéndose en el abismo de la impotencia y de la miseria. Pues esto atribuirse debe á insigne favor de la Virgen, que por este medio, permitiendo que palpemos nuestra ruína, quiere que tengamos más motivos que otras naciones para odiar de corazón y de alma ese monstruo de falsa libertad que nos destroza. Y lo repito; así lo quiere, porque nos tiene destinados á que seamos de nuevo *los salvadores del mundo.* Hasta hoy lo hemos sido, y lo seremos en adelante».

Seguían pruebas de que hasta hoy lo hemos sido, las cuales pueden verse en dicho capítulo, así como nuestra opinión acerca del Gran Monarca que ya en aquel discurso declaramos públicamente. Esta y otras declaraciones movieron á un ilustrado Sacerdote á dirigirnos, para la publicación, el siguiente cargo, que tomamos del número 36 de *Luz Católica:*

«Cuando V. figuraba como uno de los campeones del tradicionalismo en la prensa carlista, algunos años ha, nos inclinaban á creer sus escritos que dicho Gran Monarca no era

otro que el duque «Carlos de Borbón», como se puede ver por algunos trabajos suyos en *El Centro*, de Valencia. Hoy, separado del Carlismo oficial, parece haber cambiado por completo de parecer en cuanto á la persona del Gran Monarca, pues nos declara que en su opinión se llamará Carlos, pero será Sacerdote. *¿Cur tam varie?* ¿Los desengaños personales influyen también en cuanto á opiniones y creencias en profecías?».

A esto respondíamos seguidamente:

«Los desengaños personales pueden influir hasta en eso, amigo mío, como influyen á veces en la vocación sacerdotal ó religiosa, que es más que eso; pero si yo he cambiado de opinión, crea V. que ningún desengaño personal ha influído; todo lo que puedo decir á V. es que un cambio de opinión respecto de personas monta muy poco, y en lo que monta suele ser porque *sapientis est mutare consilium*.

El caso es que yo no he mudado de opinión, ni he colaborado en *El Centro*. En el Círculo se leyó un discurso, cuyos párrafos relativos al caso copié en el número 31, precisamente para probar que mi opinión de hoy es la de siempre. Entonces pensaba, como ahora, que el Gran Monarca se llamaría Carlos, porque ese nombre le da Santa Brígida, ése San Vicente Ferrer, ése Telesforo y ése otros profetas; pero yo no diré si ese es el nombre de pila ó un nombre alegórico, porque otras muchas profecías le dan otros nombres, como Deodato, Luis, Víctor, etc., y algunas dicen que *tendrá un nombre nuevo*. Para mí esos nombres expresan sus hechos, por lo que significan, como Carlos, del latín *carus*, que quiere decir valioso, estimado, amado, querido.

Con todo esto, algún cambio hay en mi manera de ver; y para explicarlo, permítame que copie lo siguiente de una carta que á 4 de Julio de 1900 dirigí desde París á mi muy querido hermano y amigo el R. P. Fray Eusebio Escribano:

«Si alguna vez me importunaba el pensamiento de algo futuro, inconciliable con los derechos *históricos* de D. Carlos, esforzábame de todas veras en rechazarlo y aquilatar mi fidelidad, dando al augusto Jefe del Carlismo el título de *mi Rey*, para ver si mis ideas se disipaban haciendo actos contrarios á ellas. Mi tenacidad en considerar á Carlos VII como indudable rey de España en plazo breve, ha sido tan grande como la tenacidad con que espontáneamente me perseguían las ideas contrarias. Es más: no pocas veces, escribiendo cartas, memorias, ú otras cosas, me venía á la pluma el dictado de «tradicionalistas», ó «españolistas» ú otro semejante, y de intento decía «carlistas» ó «carlismo», por ir contra las ideas opuestas que á disgusto mío nacían en mí.

Así pues, y más no habiendo sido yo nunca carlista por personas, sino por causas, todo cuanto tengo escrito sobre lo porvenir del carlismo se refiere al Tradicionalismo español que *ha de salvar la Patria sin D. Carlos.* Y basta de esto; *la divina Providencia ha dispuesto las cosas contra las artes de mi tenacidad carlista*: adorémosla y esperemos».

Podríamos añadir que al Gran Monarca le convendrá también el nombre de Carlos por ser el sucesor de los tres Carlos, V, VI y VII, que han capitaneado los ejércitos de la Tradición española, Cruzados del siglo XIX, ó precursores de los Crucíferos del siglo XX. Y más particularmente puede convenirle por lo que el nombre simboliza, pues el nombre de Carlos y de su derivado carlista han sido como sancionados por una lucha de setenta años para expresar á los defensores del programa católico-monárquico de la verdadera España. Esto nos trae á la memoria lo que en el número 25, copiando también de una carta dirigida desde París á un sacerdote, decíamos á otro:

«El Programa de D. Carlos ha de triunfar infaliblemente, y no sólo como es, sino perfeccionado (Véase *Luz Católica*, tomo 1.º, pág. 836, col. 1.ª). Bien puede decirse, por lo tanto, que D. Carlos triunfará, pues ha de triunfar su Programa: el triunfo que le importa es el de sus principios y no el de su persona. Por lo demás, lo que llamamos Programa de D. Carlos *lo es por adopción más que por verdadera paternidad*, pues el Duque de Madrid no ha hecho más que expresar las ideas y sentimientos de sus leales, redactados por Aparisi Guijarro y otros grandes hombres. Ese Programa no lo ha hecho una persona; *lo ha hecho España, y á ella pertenece.*

»María Antonia Gimeno, venerable peregrina española favorecida con espíritu de profecía, predijo que Carlos VI «no llegaría á reinar». Y un libro que yo tengo, de anónimo carlista, cita estas palabras y añade: «La promesa, pues, *deberá cumplirse* en el nieto de aquel (de Carlos V), que es el señor Duque de Madrid». Es decir, que para este autor, que fué un coleccionador indigesto de profecías, el profetizar que no reinaría Carlos VI era profetizar, ni más ni menos, que reinaría Carlos VII.

»En cambio, del mismo libro copio lo siguiente, que no puedo despreciar, aunque no lo tomo por artículo de fe: «La siguiente predicción la tenemos en una carta fechada en 23 de Julio de 1869 que nos remitió *un distinguido Prelado.*—Un Padre Jesuita me contó en 1864 una profecía que es *la más patente de todas.* Me dijo que en Alcalá se presentó sobre 1835 uno en forma de peregrino que dijo cosas tales sobre el no triunfo de los carlistas de entonces, y sobre los males que

había de sufrir Epaña, etc., y sobre que vendría más tarde *otro Rey* que había de remontar la España á su antigua grandeza, y que vivirían aun entonces algunos de los que allí estaban presentes». En efecto, hubo por aquellos años en Alcalá un peregrino profeta; si las palabras *otro Rey* y las que siguen son textuales del peregrino, todo aquel que conozca un poco el espíritu de profecía dirá que el *otro Rey* no puede convenir á ningún descendiente de Carlos V».

Juzgue el lector lo que quiera de todo esto, lo cierto es que se armoniza perfectamente con todas las profecías. Y volviendo á la venerable Sor María Antonia, muerta tercera franciscana en gran olor de santidad, diremos que sus predicciones hicieron tanto ruído en Francia como en España, según prueba Mr. Richadeaux en la *Femme Chretienne* y el abate Curricque en *Voix prophetiques*. En español publicó su vida D. Juan Antonio Alvarez, su director espiritual.

Un detalle interesente de las predicciones de Sor Antonia es que España se ha de salvar por la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y por la intercesión de la Santísima Virgen. *Generalísima* en los ejércitos carlistas fué la Santísima Virgen y «*Generalísima*» se llama la bandera de su santa Imagen que sirvió de enseña á los tres Carlos; y en cuanto al Sagrado Corazón de Jesús, en el pecho llevaban su escapulario los soldados carlistas y al divino Corazón fué consagrado el ejército. No se mantuvo firme tan santa devoción y cayeron. Se levantará y ellos se levantarán.

Otro detalle es la descripción que hace de la Iglesia española bajo la forma de un templo destrozado, donde vió personajes que sostenían el altar, muy pequeño y deteriorado; los cuales se le dió á entender que eran los representantes de la real Familia desterrada. Aquí se ve claro lo que siempre hemos dicho de la misión del partido carlista en cuanto tal: *sostener*, *contener*, no triunfar, no siendo en cuanta causa que no depende de personas ni de familias ni dinastías. El triunfo viene después de lo dicho. D. Pedro Sánchez, confesor de

Sor Antonia, dice en una carta lo siguiente que copia el Dr. Escolá:

«Me ha dicho ya por dos veces la Peregrina que el Señor le ha dado á entender que no se han acabado los disturbios y persecución de la Iglesia española; que sucederá una grande (ahora empieza), aunque *no muy duradera*, DESPUÉS DE LA CUAL SE SENTARÁN LAS COSAS».

No se sentarán ya por obra del carlismo-partido, sino del carlismo-causa, esto es, del Tradicionalismo, llamado carlismo desde hace setenta años, bien que impropiamente; porque carlismo expresa partido de un Carlos y no programa de una Causa nacional; pero como el nombre no haga la cosa, no vemos perjuicio en usar de las palabras carlismo-causa, antes bien podemos hacer con ellas gran benenefício á los que todo esto fundan en una cuestión de nombre.

Con tantas guerras y tanto heroísmo, el partido carlista no ha triunfado. Fuese vencido ó vendido, para el caso importa poco, ello es que Dios no ha querido que triunfase, sino que *contuviese* hasta la aparición del Gran Monarca, y ha cumplido bien su misión hasta el presente, en que, por culpa de sus jefes, ya nada puede contener. Por terribles trances han pasado y están pasando la Religión y la Patria. ¿Qué han hecho los directores del partido carlista? Amenazar, prometer... y sus palabras se las llevó el viento.

Tuvimos últimamente guerra con los Estados-Unidos; perdimos las Filipinas, las Carolinas, Cuba, Puerto-Rico; perdimos la flor de la juventud, y una bárbara millonada, y el honor que vale más que todo; se firmó la paz del modo más infame; se vendieron territorios; estamos de nuevo en grandísimo peligro; es oficial la guerra á la Iglesia y en particular á las Ordenes religiosas. ¿Qué han hecho, qué hacen los directores del partido carlista? Seguir amenazando, seguir prometiendo...

Pero si cuatro bravos empuñan las armas y dan el grito de guerra carlista, se les declara oficialmente

traídores al partido de las amenazas y de las promesas. Hoy mismo se da por cierto que los calistas se mueven, quieren guerra para acabar con los tiranos; y los órganos oficiales que amenazan y prometen, de nuevo y previamente declaran traídor al primero que se levante. ¿Qué farsa es esta?

Poco talento se necesita para comprender que si el partido acaba, la Causa empieza. Los carlistas de causa y no de partido, que son la inmensa mayoría, no soportarán largo tiempo esta farsa. También á veces es profetizada la condición de que dependen las profecías condicionales. Eso sucede hoy; la condición se profetizó: ella y las profecías van á cumplirse. En cuanto se levante un hombre caracterizado con la bandera llamada hasta hoy carlista, la seguirán todos, ya que ningún jefe de partido la levanta, ó ya que la dejará caer si la levanta algún banderizo.

Negar todo esto sería negar la evidencia que arrojan las leyes providenciales de la historia, que aquí vienen en confirmación de todas las profecías. Los pecados del carlismo merecían castigos muy grandes, y los hemos recibido; sus virtudes heróicas merecen grandes premios, y vamos á recibirlos. A todos los buenos carlistas digo apropiando palabras del Apóstol:

«Traed á la memoria aquellos días antiguos, cuando después de haber sido iluminados, sostuvisteis con valor un gran combate con las pasiones; sirviendo por un lado de espectáculo al mundo, merced á las injurias y malos tratamientos que recibisteis; y por otro tomando parte en las penas de los que sufrían semejantes indignidades. Porque os compadecisteis de los que estaban entre cadenas, y llevasteis con alegría la rapiña de vuestros bienes, considerando que teníais un patrimonio más excelente y duradero.

«No queráis, pues, malograr vuestra confianza, la cual recibirá un grande galardón. Porque os es necesaria la paciencia, para que haciendo la voluntad de Dios, obtengáis la promesa, pues *dentro de muy breve tiempo vendrá aquel que ha de venir, y no tardará*». (Hæbr. X, 32-37).

(*Luz Católica*, número 53=2 Octubre 1901).

VIII

Los Crucíferos.

En otras partes hemos expresado nuestra opinión —llamémosla así aunque la tenemos por rigurosa consecuencia de lo sentado por los profetas,—de que los Crucíferos no formarán Orden religioso-militar canónicamente perfecta mientras el Gran Monarca no triunfe en España. Antes de este triunfo se reunirán, no desde el primer día para la lucha en el terreno de las armas, sino en el de las letras por de pronto, y hasta puede afirmarse que actualmente están ya en espíritu reunidos.

Pasarán, indudablemente, por muchos contratiempos y habrán de afrontar muchas persecuciones, una vez formalizados, por lo cual no es de suponer que descubran su título y sus fines al pronto, sino que aparecerán reunidos para otros fines y tal vez con nombre que no es el suyo.

En poco tiempo, y aun desde antes del triunfo, se multiplicarán de una manera prodigiosa, llegando á ser la Orden más numerosa que haya existido en la Iglesia. Esto fué difícil de explicar hasta hace poco; hoy no lo es, supuesta la persecución desencadenada contra las Ordenes religiosas. Podrán darse éstas por extinguidas, según nos han dicho los profetas.

Obligados los religiosos á vivir en el siglo, muchos desearán volver á la vida religiosa; mas no pudiendo en la Orden á que pertenecieron y movidos del celo y fama de los Crucíferos, abrazarán el instituto de éstos, donde habrá campo para los diferentes ejercicios á que hoy se consagran las Ordenes religiosas.

En efecto; los Crucíferos se dividirán en tres órdenes, cada uno con tres coros, como los Angeles; y si bien en profesión no ha de ser un orden más noble

que otro, pues todos profesarán la misma regla y formarán una sola familia á las órdenes de un padre ó superior general, cada coro tendrá una misión especial que cumplir, abarcando entre los nueve todo cuanto hoy hacen las diferentes Ordenes religiosas. Será una casa con muchas mansiones: *in domo Patris mei mansiones multæ sunt*. Los profetas nos dirán en qué se diferencian estas mansiones.

No tratamos aquí en particular de las grandes obras que harán los Crucíferos, que esto pertenece á otro libro; aquí pondremos lo que llaman líneas generales. Seguirá esta inclita Orden, desde su principio, las mismas vicisitudes que el Gran Monarca su fundador, y tampoco del Gran Monarca hemos tratado sino á grandes rasgos, pues pertenece la historia de sus hechos á los libros que siguen al presente.

Omitiremos comentarios; bastará alguna nota cuando sea menester, pues en otras partes nos extendimos lo suficiente. Ante todo, repitamos algunos de los caracteres que los profetas atribuyen al Fundador, en cuanto tal y no todavía como Gran Monarca. Hallamos en las profecías muchos indicios y pruebas de que será Sacerdote, y su misma condición de Fundador y reformador de la Iglesia parece indicarlo; mas sobre este punto no queremos añadir una palabra más á lo dicho en el cap. XIV. Otras cosas conviene repetir.

«Será de humilde nacimiento, pero de buenas costumbres. A la verdad, será poco conocido, mas sí dotado de un gran ingenio y de una intrepidez invencible. Aunque ignorando (al pronto) su destino, se hallará dispuesto con mucha anticipación para esta reacción famosa, esto es, para dirigir esta guerra. Conocerá las predicciones sagradas que anuncian este memorable acontecimiento; pero no estará cierto de si le conciernen, sino á medida que se cumplan. *Obrará según la prudencia humana, mas el Omnipotente será su fuerza*. Desde el año 18*2 comenzará á proyectar esta célebre empresa, sin darla á conocer á nadie». (DISSENTIS.—V. *Luz Católica*, número 18).

«Este santo hombre será gran pecador (privado, indudablemente) en la juventud; y *después* (ya en la virilidad, que abraza de los 34 á los 54 años poco más ó menos) se convertirá al gran Dios con la eficacia que San Pablo. Será gran Fundador de una nueva Religión diferente de todas las otras. —Será en su niñez y adolescencia como santo, en su juventud gran pecador; pero *después* se convertirá á Dios y hará gran penitencia. Sus pecados le serán perdonados y se volverá santo». (San Francisco de Paula).

«Empezará á investigar los secretos de Dios sobre la larga visita y dirección que hará el Espíritu Santo en el mundo por medio de la santa milicia (de los Crucíferos). ¡Oh, hombre feliz, que deberá tener muy grandes privilegios con el Altísimo! Irá interpretando los obscuros secretos del Espíritu Santo y muchas veces será admirado por conocer los internos secretos del corazón de los hombres.—Mi Santo hijo... será clementísimo con los pecadores, mas no con los obstinados». (Idem).

«No pasarán cuatrocientos años (escribía esto el Santo á 13 de Enero de 1489) que la divina Majestad no visite al mundo con una nueva Orden religiosa muy necesaria, la cual hará más fruto en el mundo que todas las otras juntamente unidas. Será la última y mejor de todas». (Idem).

Pasan ya doce años de la cuenta, y tenemos por cierto que es en virtud de las razones expuestas en nuestro núm. 52, artículo *De re prophetica*, III; mas en virtud de las mismas razones, la profecía se ha cumplido de algún modo; de suerte que hoy los Crucíferos existen en su triple concepto de conventuales, guerreros y hospitalarios; no tal como el Gran Monarca los ha de formar, sino como existieron los religiosos Carmelitas desde San Elías y San Eliseo hasta Jesucristo. Podríamos dar muchos datos, pero no nos conviene ser hoy demasiado explícitos: *omnia tempus habent*. De fechas hemos dicho bastante en esta obra.

«Los primeros de esta Orden serán de la ciudad de... ciudad en la cual abundan mucho la iniquidad, los vicios y los pecados. Se trocarán de mal en bien, de rebeldes á Dios en siervos suyos fidelísimos y fervorosísimos. Será tal ciudad amada de Dios y del Gran Monarca elegido y amado del Altísimo.—Cuando venga el tiempo de la grandísima y rectísima justicia del Espíritu Santo, quiere su Divina Majestad que dicha ciudad se justifique y que muchos ciudadanos sigan

al gran Príncipe de la santa milicia. El primero que llevará descubiertamente la señal de Dios vivo (insignia de los Cruciferos) será de la misma ciudad, al cual habrá escrito y mandado un santo ermitaño para que la lleve descubierta y grabada en el corazón.—Coronado que sea (el Gran Monarca) de tres admirables coronas, exaltará aquella ciudad, la hará libre y corte del imperio, y vendrá á ser una de las primeras ciudades del mundo». (San Francisco de Paula).

De esta ciudad hemos hablado diferentes veces.

San Vicente Ferrer, el Beato Grignon de Monfort y otros profetas nos dicen cuán eminente ha de ser la devoción de los Crucíferos á la inmaculada Patrona de las Españas: y San Francisco de Paula, su principal profeta, les llama repetidas veces «Santa Milicia del Espíritu Santo». El B. Bartolomé de Saluzzo los saluda en nombre de Jesús, de María y de la Cruz.

Aquí es muy de recordar lo que de la peregrina Antonia dijimos en el artículo anterior, acerca de la *Generalísima* de los ejércitos carlistas, ó sea de la bandera de Nuestra Señora de los Dolores, porque también Sta. Catalina de Raconigi, según nos dirá en otra parte su insigne biógrafo Pico de la Mirandola, vió que en la bandera de estos Cruzados se destacaba la imagen de la Santísima Virgen con su Hijo en los brazos, y encima una Cruz. Si alguien pensara que la profecía de San Francisco de Paula, en cuanto se refiere á los Crucíferos militares, empezó á cumplirse con el levantamiento de los ejércitos carlistas, de ningún modo tendríamos por infundada su opinión. Volvamos al texto profético.

«Ya se va acercando la hora en que la Divina Majestad visitará al mundo con la nueva religión de los Crucíferos, con el Crucifijo levantado sobre el más alto estandarte y de mayor lugar. Estandarte admirable á los ojos de todos los justos; el cual al principio escarnecerán los incrédulos, malos cristianos y paganos, mas después que vean las maravillosas victorias contra los tiranos, herejes é infieles, sus burlas se convertirán en lágrimas». (San Francisco de Paula).

«¡Oh santos Crucíferos, escogidos del Altísimo! ¡Cuán gratos seréis al buen Dios! Mucho más, por cierto, que lo fué

el pueblo de Israel. Dios mostrará por vosotros señales más maravillosas que jamás mostró por otro pueblo.—Reducirán el mundo á una santa vida y reinarán *in soecula soeculorum.*—Reformará (el Fundador) la Iglesia de Dios con sus secuaces, los cuales serán los mejores hombres del mundo en santidad, en armas, en letras y en todas las otras virtudes, que tal es la voluntad del Altísimo». (IDEM).

«El Señor purgará el mundo y la Iglesia, para lo cual prepara un nuevo plantel de almas que obrará grandes y sorprendentes milagros». (ANA MARIA TAIGI).

«Renace la fe católica, se constituyen nuevos reinos al uno y al otro lado de los mares en que brillan hombres insignes en doctrina y santidad. SE HACEN DESCUBRIMIENTOS É INVENCIONES QUE AHORA (Septiembre de 1862) SON INCONCEBIBLES. A procurar estos bienes contribuirá singularmente una nueva Orden, nobilisíma por las virtudes ejercitadas por almas heróicas de todas condiciones, *tanto eclesiásticas como seglares* (los dos órdenes abrazarán los Crucíferos) que ceñirán el Rosario y la espada y vestirán tan pronto la cogulla de monje como la coraza de soldado. Estos soldados de Cristo, como esforzadísimos leones, se echarán contra los herejes, cismáticos y otros enemigos del catolicismo. Para ellos el morir será la más gloriosa victoria. Los impotentes para la guerra vestirán el hábito y se darán á la contemplación, á la oración, á la enseñanza, al servicio de los enfermos: no habrá bien alguno con el cual no enriquezcan ellos á la sociedad, á los huérfanos, á los indigentes, á la ciencia. Los enemigos mismos del catolicismo admirarán y envidiarán esta nueva milicia sagrada que nunca habia tenido igual». (El célebre vidente conocido por el nombre de SACERDOTE DE TURÍN, citado por da Macello, Escolá y otros).

«La legión más fuerte de este ejército se compondrá de religiosos *regulares y seculares*». (B. NICOLÁS FACTOR).

«Será (el Gran Monarca) gran Fundador de una nueva Religión, diferente de todas las otras. *La repartirá en tres órdenes: de Caballeros armados, Sacerdotes solitarios y Hospitalarios piadosísimos.* Será la última Religión de todas y hará en la Iglesia de Dios mayor fruto que todas las otras últimas. Procederá *con las armas, con la oración y con la santa hospitalidad*». (SAN FRANCISCO DE PAULA).

Sor Rosa Colomba Asdente anunciaba también «ciertos »hospitalarios... y ciertos caballeros adornados de una cruz, »que combatirían en favor de la Iglesia». (DR. ESCOLLÁ en *Las Profecías*, etc.)

«¡Oh santos Crucíferos! Vosotros destruiréis la maldita secta mahometana; vosotros pondréis fin á toda suerte de in-

fieles, herejes y sectas del mundo, y seréis el acabamiento de todos los tiranos; vosotros pondréis silencio con perpetua paz por todo el universo mundo; vosotros haréis santos á todos los hombres, por fuerza ó por voluntad. ¡Oh gente santa! ¡Oh gente bendita de la Santísima Trinidad!—Será (el Fundador) gran Capitán de gente santa, llamada «los Santos Crucíferos de Jesucristo», con los cuales acabará la secta mahometana y el resto de los infieles.—Obtendrán el dominio de todo el mundo, tanto temporal como espiritual (nótese) y regirán la Iglesia de Dios hasta el fin de los siglos.—Estos siervos de Dios limpiarán el mundo con la muerte de un número infinito de rebeldes. El Jefe y Fundador de esta milicia será el gran reformador de la Iglesia de Dios». (SAN FRANCISCO DE PAULA).

«Estando una vez en oración con mucho recogimento, suavidad y quietud, parecíame estar rodeada de Angeles y muy cerca de Dios y comencé á suplicar á su divina Majestad por la Iglesia. Dióseme á entender el gran provecho que había de hacer una Orden en los tiempos postreros, y con la fortaleza que los de ella han de sustentar la fe».(SANTA TERESA DE JESÚS).

Antes de llegar á las armas, según otras veces hemos indicado y según varias profecías anuncian, los Crucíferos lucharán con la pluma contra los errores modernos. Véase la profecía de Dissentis. San Francisco de Paula lo anuncia terminantemente con estas palabras:

«Los Crucíferos, fidelísimos escogidos del Altísimo, no pudiendo vencer con la escritura á los herejes, se moverán impetuosamente contra ellos con las armas».

(*Luz Católica*, núm. 54=10 Octubre 1901).

IX

El triunfo del Gran Monarca en España.

Hemos llegado al triunfo del Gran Monarca en España. La filosofía providencial de la historia podría escribir un gran volumen sobre este trascendental

acontecimiento; pero los profetas dicen muy poco, y esto poco ha sido ya dado á conocer en los capítulos precedentes casi todo. Si nos atenemos solamente á las profecías, deduciremos clara y terminantemente, eso sí, que el Gran Monarca es español y debe triunfar en España antes que venga el cataclismo europeo, que él debe remediar; pero en cuanto á los medios de que se ha de valer, ó que Dios ha de poner en su mano para el triunfo, todo es tenebroso, parece un misterio impenetrable para la inteligencia humana.

Verdad es que los acontecimientos presentes dan alguna luz á quien sepa enlazarlos con las profecías, y que nosotros podríamos añadir tal vez á los acontecimientos algún dato particular; pero las circunstancias nos imponen no meternos públicamente en unas ni otras honduras, no siendo de la manera como lo haremos con los profetas, esto es, repitiendo y comparando cosas ya dichas.

Muchas causas pueden haber influído en que hayan llegado á nosotros tan pocas profecías sobre los indicados medios de triunfar en España, porque indudablemente hubo muchas más de las que se conocen. Tal vez una de dichas causas sea la funesta parcialidad de los coleccionadores franceses de profecías, y aun de los italianos, unos y otros más aficionados que los españoles á estos asuntos. Coleccionadores hubo que no temieron falsificar ó truncar los textos proféticos, con tal de poderlos aplicar á su patria ó á un rey determinado.

Sea como sea, juzgamos que de esto ha venido providencialmente un beneficio. Si conociera el público los medios de triunfo, conoceríalos el gobierno, y excusado es decir lo que de aquí podría seguirse cuando los hechos empezasen á demostrar á todos que es muy serio este asunto del Gran Monarca. Adoremos la Providencia y esperemos: Dios lo ha de hacer.

No diremos que el temor á los gobiernos haya in-

fluído en los profetas, pero sí en sus coleccionadores, en sus anotadores y comentadores y hasta en sus copistas. El Dr. Escolá, v. gr., en su libro *Las profecías*, reproduce una tomada de la copia que publicó traducida del latín *El Reparador*, de Madrid, y está truncada por este periódico, porque habla de España. Hay también una edición moderna de las Revelaciones de Santa Brígida, y en ella se ha suprimido todo la relativo á España y al Gran Monarca. El traductor español (1) de las *Voix prophetiques*, del abate Curicque, suprimió asimismo, y por la misma razón, la profecía del V. Padre Coma, la cual ni menciona siquiera.

No conocemos el texto castellano de ésta profecía; pero debiendo ponerla aquí, la traduciremos fielmente de la misma edición francesa (la 5.ª) que sirvió al traductor español, omitiendo lo que no haga muy al caso y suprimiendo comentarios. Dice así:

«El Padre Jacinto Coma, piadoso y sabio religioso de la Orden de San Francisco, en España, donde murió en gran reputación de santidad, es conocido en Francia y en Bélgica por su profecía tocante á los acontecimientos actuales (distantes entonces del profeta más de 20 años. Sigue cumpliéndose). Fué sacada esta profecía de un sermón que el P. Coma predicó en 1849 á las Religiosas de la Inmaculada Concepción, de Manresa; y es tan notable, que según se dice, debe figurar en el proceso de beatificación del P. Coma».

«Los gobiernos, dice el profeta, que rigen hoy los destinos de la raza latina, están degradados, y lo que es peor, han degradado á sus pueblos.—La Italia, regada con la sangre de tantos mártires, es la esclava de una demagogia diabólica que ha llegado á constituirse en consejera del poder.—La Francia de San Luis, la hija primogénita de la Iglesia, se han convertido en la Francia de Voltaire.

»*Y nuestra pobre España, que palmo á palmo ha sido conquistada por la Cruz, se ha convertido en un pueblo de ilotas que corre al precipicio y lucha por romper con sus tradiciones, su Historia y su propia manera de ser.*—La negación del prin-

(1) Lic. D. Pedro González de Villaumbrosia, Canónigo de la S. I. M. de Zaragoza, Examinador sinodal, Misionero apostólico, etc. etc. (Edit. en Barcelona, año 1875).

cipio de autoridad en política ha producido necesariamente la negación del mismo en religión.

«Así, pues, no os asombre si veis un joven é inexperto monarca (¿Amadeo?) derribado de su trono por maquinaciones tenebrosas, buscando un asilo en la Ciudad Eterna; no os asombre si veis la vana é ignorante impudicicia de una mujer derribada por los mismos que de ella han participado, buscando un triste asilo en un foco de corrupción (París); no os asombre si veis el orgullo y la hipocresía que debían su elevación á la espada, recurrir más tarde (desde aquí, futuro) aunque inútilmente, á la misma espada para sostenerse: *no os asombre si veis la flaqueza, ya precozmente maliciosa, derribada por los mismos que derribaron la vana é ignorante impudicicia de una mujer; no os asombre, en fin, si veis á un ladrón coronado caer ignominiosamente en el momento mismo en que, si bien forzado, va á consumar un nuevo robo sacrílego.*

«Esto que acabo de deciros, mis carísimas hermanas, no lo comprenderéis ahora; pero muchas de vosotras verán más tarde cómo se cnmplen mis palabras». (Muchas vieron cumplidas).

«**La Providencia se reserva un medio imprevisto que hará de un solo golpe lo que, según el curso natural de las cosas, pediría mucho tiempo. Entonces será cuando los hombres abrirán los ojos á la realidad y todos se levantarán contra los usurpadores y los detractores de la humanidad**».

Tiene todo esto grandes analogías con la profecía traducida por *El Reparador*, como hemos dicho; en ella, no obstante el aparecer truncada, se descubren los partidos españoles, las guerras, el rebajamiento social y político en todas las esferas, la esperanza carlista, la esperanza alfonsina fundada en la próxima coronación, la esperanza en el Gran Monarca, que es la única sólida, la exaltación de Barcelona, etc., etc. Véase.

«¡Ay de tí, España! Naciones se reunirán en tí y tus hijos más ilustres serán dispersados.—Será vencida Barcelona para que sea exaltada.—¡Soberbia cosa y mujer hermosa! Muchos años hace que se representó en el cielo lo que ahora ha de suceder.—Se desvanecerán varones ilustres, se marcharán y no estarán en pie.—Por estos tiempos será seducida España por el mal gobierno. Aquí los pájaros harán nido. La Monarquía estará llena de engaños y asechanzas. Las noblezas se desharán en vanas palabras. *En vano trabajarán los que se prepararon para la guerra. No saben lo que se piden. Esta causa no debe temerse;* OTRA SE PREPARA».

También la célebre predicción del abate Werdin, llegando á nuestra época y abarcando, al parecer, nuestras guerras civiles y coloniales, pronunciamientos, revoluciones, etc., que todo nace de la misma causa, dice, para anunciar luégo la paz del Gran Monarca.

«En aquel día (tiempo) habrá en el país del León una guerra entre los príncipes, más cruel que todas las que han desolado al mundo, y habrá un diluvio de sangre».

Igualmente la predicción de Vatiguerro, de la que dijimos algo en el cap. III, llega cronológicamente á los tiempos aciagos en que aparecerá el Gran Monarca, y antes describe la abolición de los fueros, las guerras carlistas y quizá lo que va á pasar en Cataluña, con estas palabras de admirable concisión y sentido profético:

«Entre los aragoneses y los españoles estallarán grandes turbaciones y desuniones, y se combatirán mútuamente, y no habrá paz entre aquellos dos reinos hasta que el uno de ellos sea casi del todo destruído».

(*Luz Católica*, núm. 58=7 Noviembre 1901).

Castigos espantosos sobrevendrán á todos los pueblos desde ahora hasta que el Gran Monarca, arreglada interiormente España después de su triunfo, tome parte en la guerra europea para acabarla y establecer la paz en los pueblos cristianos.

De esto se desprende que el triunfo de la impiedad en España será muy efímero, dado que pueda llamarse triunfo lo que el Gran Monarca ha de convertir en seguida en vergonzosa derrota. No se olvide la predicción del venerable P. Coma, y añádase lo que Pío IX, á 17 de Abril de 1872, dijo á los peregrinos de diferentes naciones en un discurso considerado por todos profético.

«Bendigo á España, decía, nación eminentemente católica, nación cuya tierra ha producido tantos santos á la Iglesia, de los que un gran número fueron tipos de extraordinaria mortificación. Vivimos en unos tiempos, mis carísimos hijos, en que se ignora esa mortificación, en que muy pocos la desean; bendigo, pues, á esa tierra de España, bendecida tantas veces por Dios y santificada por el ejemplo de tantos Santos. Pero

¡ay! esta España, hace ya más de sesenta años (hoy más de noventa) que es presa de las revoluciones; entran de todas partes los falsos principios; mas yo espero que no triunfarán jamás, no, jamás, pues encontrarán siempre en ese pueblo un corazón católico para oponerse á las iniquidades de los impíos».

Es de recordar aquí el texto ya citado de una carta del presbítero D. Pedro Sánchez, confesor de la V. Sor María Antonia Gimeno: «Me ha dicho ya por dos veces la Peregrina que el Señor le ha dado á entender que no se han acabado los disturbios y persecución de la Iglesia española; que *sucederá una grande, aunque no muy duradera, después de la cual se sentarán las cosas*». Á lo cual pone el Dr. Escolá una nota que dice así:

«El Señor le dió palabra de su cumplimiento, y le dijo para tranquilizarla: *No temas, hija mía; todo cuanto te he anunciado se ha de cumplir.* Y si todo se ha de cumplir, caerá la revolución y vendrá el Monarca prometido, con el cual *se sentarán las cosas*».

Debe triunfar en España antes que estalle la verdadera guerra europea, objeto de tantas profecías y hoy prevista por todos para un plazo más ó menos breve. Esta antelación de su triunfo es consecuencia necesaria de todas las profecías que á él se refieren; algunas parecen anunciarlo terminantemente, como la de Sor Natividad. Y este triunfo será milagroso, inesperado, obra muy particular de la divina Providencia, que tomará bajo su especial protección al Gran Monarca.

La célebre profecía de Disentis anuncia el triunfo de la Patria bajo la bandera del libertador, á quien luégo presenta ocupado en limpiar de cizaña todas las esferas de gobierno y exterminar á los impíos, quienes con sus descendientes «quedarán en abominación hasta el fin de los siglos»; en seguida anuncia «una guerra general entre las potencias de Europa», terminada por el mismo libertador, y por último predice «el reinado de la felicidad» bajo el imperio del mismo.

No menos claramente profetiza San Vicente Ferrer, en aquella su famosa profecía de Cataluña, que tantas veces hemos citado. «¡Oh migueletes!, dice, ¡oh catalanes! La casa santa, las vuestras y las de toda España prevendréis y dispondréis la justicia».

Primero Cataluña, después toda España; de Cataluña ha de venir á ésta la regeneración, y las dos juntas, esto es, la nación española, hará reinar en el mundo la justicia, por medio del «príncipe que demostrará el esplendor de su fe» y «cuya causa correrá á cuenta de Dios». ¿Y no se está preparando esta regeneración en Cataluña?

El célebre vidente del Cominges da por supuesto igualmente el triunfo antes de la guerra europea.

«Entonces, dice, el Tajo producirá un guerrero valiente como el Cid, religioso como el tercer Fernando, que enarbolando el estandarte de la fe, reunirá en torno de sí innumerables huestes, y con ellas saldrá al encuentro del formidable gigante que con sus feroces soldados se adelantará á la conquista de la Península».

Podríamos alargarnos mucho; pero creemos que con lo dicho en este capítulo basta para que, comparando y meditando, descubran nuestros lectores avisados cómo y por qué medios ha de triunfar con el favor de Dios el Gran Monarca en España. Nosotros no estamos en condiciones de declarar todo lo que comprendemos ó sabemos; pero á fin de facilitar algo las investigaciones de los estudiosos, aconsejamos que no se olviden las previsiones del Conde de Maistre (véase capítulo III) acerca de la ciencia, ni la profecía del Sacerdote de Turín sobre descubrimientos que también insinúa San Francisco de Paula.

(*Luz Católica*, núm. 59=14 Noviembre 1901).

CAPÍTULO XVI

EL MEJOR GENERAL, SAN MIGUEL

CAPÍTULO XVI

EL MEJOR GENERAL, SAN MIGUEL (1)

I

De acuerdo con los Profetas.

Si decís á muchos católicos: «los profetas anuncian esto ó lo otro», se reirán en vuestras propias barbas con frescura de impíos ó indiferentes, por falta de atención ó de estudio; y al poco rato se irán tal vez á estampar sus opiniones en la prensa periódica, y siendo personas de criterio, la lógica de los acontecimientos y de la religión les llevará en substancia á las mismas consecuencias anunciadas por los profetas.

En mil ocasiones hemos notado esto, y más especialmente en los artículos que la prensa católica dedicó al Arcángel San Miguel el día 29 de Septiembre último. Un colega de nosotros muy estimado, aunque no es de los que menosprecian las profecías, no necesitó tenerlas presentes para consagrar un buen artículo al Príncipe de la Milicia Celestial; bastóle su criterio católico para coincidir con lo que anuncian los profetas, según se verá por su artículo, que es como sigue:

«Nos quejamos á menudo de que no salga en nuestros

(1) De *Luz Católica*, núms. 56 á 59=Octubre y Noviembre de 1901.

días un general de talla que eche su espada en la oscilante balanza de la política, y arrastre con el peso de ella á todos los fantoches que están *jugando á partidos,* y jugándose, en este juego pesado y de mal gusto, la herencia y las esperanzas de la nación.

Y el suspirado general no parece en lo humano; y parece extinguida en nuestro suelo la casta, no sólo de los Fernández de Córdoba y de los Albas, que supieron barrer ejércitos, sino aun la de los Pavías, que alcanzaron á barrer parlamentos.

Pero ya que no parecen los generales *terrestres,* la Santa Madre Iglesia nos compensa de esta falta proponiéndonos un general y Príncipe celestial que al grito de *¡quién como Dios!* ha derrotado siempre y derrotará una vez más, cuando se le invoque como es debido, las tenebrosas huestes que nos fatigan.

La Masonería, que es la encarnación social del Poder de las tinieblas, se está encaramando en el gobierno de *la católica España,* como ya se encaramó en el del que fué *reino cristianísimo,* y hoy no es más que la *república masónica* de Francia.

¿Qué remedio contra un poder que trabaja en las tinieblas, sin respetar leyes divinas ni humanas, valiéndose de los reyes liberales contra la Iglesia de Cristo y de las masas populares contra los reyes liberales, para establecer sobre las ruínas de todo lo divino y humano una democracia donde el diablo maneje la batuta y dancen al compás que él les golpee, la carne y lo más desechado del mundo?

¿Se acudirá á los medios legales? Las situaciones masónicas se burlan de las leyes, como se está burlando Romanones de la Constitución y González del Concordato. ¿Iremos á las urnas electorales para crear nuevos Cuerpos legislativos que nos aseguren leyes más razonables? Se necesita una candidez *colosal* para pensar en la posibilidad de este medio, después de las últimas elecciones que marcan *el copete* de las artes electorales, que siempre florecieron mientras estuvo en el candelero el tupé de Sagasta.

Pues ¿qué remedio queda? En lo humano no es fácil de decir, principalmente en medio de la desunión y fraccionamiento en que viven los elementos sociales *aprovechables.* Por esto debemos, mientras amenace un rayo de luz en la tierra, levantar nuestras miradas al cielo donde hoy se nos presenta como abogado el Príncipe, nunca vencido, de los ejércitos celestiales.

Hace tiempo que por mandato de nuestro amantísimo Padre León XIII se dice al fin de la Misa una oración llena de enérgico ardimiento, la cual debe excitar nuestra confianza en el Santo Arcángel, y dirigir nuestras preces hacia él, ya que

así lo manda á los ministros del Señor el Vicario de Jesucristo.

«¡Oh San Miguel Arcángel, dice, defiéndenos en nuestros »combates; sé nuestra ayuda contra la malicia y las asechanzas »del demonio! *Impérele el Señor* (ó reprímale el Señor) te »rogamos humildemente; y tú, Príncipe de la milicia celestial, »armado de divino poder, derriba en los infiernos á Satanás y »á los demás espíritus malignos que vagan por el mundo para »la perdición de las almas».

Cualquiera entiende á cuántos puede dilatarse esta deprecación; pues no sólo pedimos que sea derribado en sus avernales tinieblas Satanás, sino todos los espíritus que andan por el mundo para procurar la perdición de las almas; muchos de los cuales no se puede dudar que andan vestidos, no sólo de carne humana, sino de levita y de frac; pero principalmente de masónico mandil.

Roguemos, pues, insistentemente al glorioso San Miguel, que combata con estos desgraciados, para que, si es posible, los gane venciéndolos, para que se corrijan y se salven, y si se obstinan en su perversa intención, los quite por lo menos de en medio, para que con nuevos pecados no agraven la sentencia de su condenación».

II

San Miguel en la Ley antigua.

Ahora bien; ¿qué dicen los profetas acerca de todo esto? Dicen lo que en la citada Oración pedimos después de la Misa al santo Príncipe celestial, dicen que se verificará lo que desea el artículo copiado. Pondremos lo que dicen los profetas no canónicos; pero antes conviene saber qué dicen los del Canon bíblico; y aun antes de esto, veamos qué nos enseña la Tradición.

Miguel, del hebreo *mi-ca-el*, quiere decir en castellano: *¿quién como Dios?*; y tiene notable analogía con el nombre de *Macabeo*, que es el anagrama hebreo de esta pregunta: *¿Cuál de los fuertes se asemejará á tí, oh Señor?*

Según la común creencia de los fieles de todos los siglos, el Arcángel San Miguel es el Capitán de toda la milicia celestial, por contraposición á Lucifer, que es cabeza de los demonios. Así como los judíos tuvieron á San Miguel por Angel tutelar de la Sinagoga, así los cristianos le han dado siempre el culto particular de Protector principal suyo contra el poder del infierno. La Iglesia ha canonizado estas creencias.

Represéntase á San Miguel con la espada en la mano derecha, símbolo del poder de Dios; con la balanza en la izquierda, símbolo de la justicia en el juzgar el mérito ó el demérito; y con el demonio vencido á sus pies, símbolo de la victoria perpetua de la Iglesia contra las puertas del infierno.

De los elogios que á San Miguel tributaron los Padres y de los himnos litúrgicos que se cantan en las festividades instituidas para celebrar los méritos y atributos del celestial Protector, dedúcese claramente la antigüedad y la grandeza del culto que la Iglesia le ha tributado, adoptando y purificando la devoción que los judíos le profesaban.

Fundábanse, así éstos como los cristianos, en que San Miguel intervino en los grandes acontecimientos bíblicos; y en efecto, ya los más antiguos Expositores de la Biblia, según es de ver en Cornelio à Lápide *(in c. 10 et 12 Dan.)*, creyeron que el Señor se sirvió de San Miguel para obrar los mayores acontecimientos registrados en el Antiguo Testamento. Por lo cual, según ellos, fué San Miguel el que condujo á Adán echado del Paraíso y le señaló morada y enseñó á cultivar la tierra; el que detuvo la cuchilla de Abraham cuando iba á descargarla sobre Isaac; el que apareció á Moisés en la zarza ardiente; el que degolló á los primogénitos de los egipcios y condujo á Israel por el desierto; el que, haciendo las veces del Señor, dió en el Sinaí la Ley á Moisés; el que amenazó á Balaam cuando éste iba á maldecir á los hebreos, por lo cual

todavía hoy los mahometanos árabes veneran á San Miguel.

Añaden los mismos Expositores que fué este mismo Príncipe celestial quien se apareció á Josué con la espada desnuda, animándole á la guerra contra los cananeos; el que se apareció á Gedeón confiándole la misión de salvar al pueblo de Dios, consumiendo el sacrificio de aquél con fuego milagroso y ayudándole á exterminar á los madianitas; el que apareció á Manué, padre de Sansón; el que exterminó los ejércitos de Senaquerib; el que preservó á Ananías, Azarías y Misael del fuego del horno de Babilonia; el que preservó á Daniel en la fosa de los leones, y asiendo al profeta Habacuc de los cabellos, trájolo allí desde la Judea; el que todos los años removía las aguas de la piscina Probática; el que dió muerte al infame Antíoco y condujo los Macabeos á la victoria, etc., etc.

En ninguno de estos hechos nombra la Sagrada Escritura á San Miguel, sino en general, á un Angel; los Expositores fundáronse en la Tradición, renovándola y transmitiéndola á la posteridad; pero es de saber que la Tradición sagrada es comparada por San Pablo en autoridad á la Sagrada Escritura. No sólo en los acontecimientos sobredichos, sino en muchos más cuya Tradición ya no se conserva, intervino indudablemente el Príncipe San Miguel. De esto, y al mismo tiempo de la autoridad de estas Tradiciones, tenemos un acabado ejemplo en la Epístola Católica del Apóstol San Judas, lo cual merece que hagamos un poco de historia.

¿Murió Moisés realmente, ó vive aún como el Profeta Elías? De cierto nadie lo sabe, ni lo vió morir nadie, ni se sabe dónde se depositó su cuerpo. Tanto es así, que graves Expositores opinan que, si murió, fué aparentemente, de modo que resucitó después y es reservado por el Señor para que vuelva al mundo con Elías en los tiempos del Anticristo; de suerte que

no serán Elías y Enoc los dos enviados, sino Moisés y Elías, que fueron los que acompañaron al Señor en la Transfiguración. No es absolutamente segura esta opinión, pero nos parece muy fundada.

Sea como fuere, hubo entre los judíos un libro apócrifo que trataba de la *Asunción de Moisés.* Los libros de esta índole no deben rechazarse en absoluto por el mero hecho de no ser inspirados y contener alguna cosa menos verdadera, pues suelen contener doctrinas y hechos tradicionales fielmente aducidos, y por lo tanto muy venerables. Ello es que muchos Doctores antiguos, como Philón, San Epifanio, Orígenes, San Clemente Alejandrino, el Crisóstomo, Teodoreto, Procopio, Ecumenio, Josefo y otros Padres, Expositores é historiadores, confirman una Tradición adoptada por dicho libro acerca de Moisés.

Según ella, muerto ó desaparecido Moisés, el Arcángel San Miguel sostenía que el cuerpo ó toda la persona de este gran Legislador debía conservarse en un lugar escondido á los ojos de los hombres, temiendo que los hebreos, cuyo protector era el Arcángel, inclinados de suyo á la idolatría, lo adorasen como á un Dios, ó cayesen en este pecado otros pueblos de la Arabia que tenían á Moisés por un ser sobrenatural. El demonio, por el contrario, creyendo á Moisés realmente muerto, pretendía que fuese dejado su cuerpo en poder de los hebreos, para que con esto cayesen en idolatría. O bien, dice otra versión, San Miguel quería que se diese á Moisés una sepultura digna de tan gran hombre, y el demonio reclamaba su cuerpo y decía que era indigno del honor de un sepulcro, alegando por razón la muerte que Moisés dió al egipcio, por la que tuvo que huir al país de Madián.

Pues bien; San Judas Tadeo eleva al Canon bíblico esta disputa que la Tradición decía haber sostenido el Arcángel San Miguel con el demonio, diciendo en su Epístola, vers. 9:

«Cuando el Arcángel Miguel, disputando con el diablo, altercaba sobre el cuerpo de Moisés, no se atrevió á proferir contra él sentencia de maldición, sino que dijo solamente: Reprímate el Señor: *Imperet tibi Dominus*».

¡Palabras admirables y llenas de sublimes enseñanzas! En otro artículo lo veremos, continuando esta interesantísima historia.

III

El vencedor de Satanás.

«*Imperet tibi Dominus*. Ejerza el Señor su poder sobre tí y reprima tus conatos». Con estas palabras puso fin el Arcángel á su altercado con el demonio: el Señor oyó la voz de su Arcángel, y el espíritu maligno cayó otra vez rodando á su eterna mazmorra.

«No se atrevió el Arcángel, dice San Judas, á proferir contra él sentencia de maldición, sino que le dijo: Impérete (ó reprímate) el Señor».

Bien merecía que lanzase sobre él la maldición divina; pero respetando todavía en el espíritu infernal la obra de Dios y la dignidad en que fué criado, se contentó con decirle: *Imperet tibi Dominus*.

«Contrapone aquí el Apóstol—dice Amat con todos los Expositores,—la modestia y moderación del Arcángel San Miguel á la petulante arrogancia de los herejes, los cuales no reparan en blasfemar de Dios, de sus ministros y de todas las potestades».

En efecto; después del texto copiado, vuelve el Apóstol á los impíos y dice:

«Estos, al contrario, blasfeman de todo lo que desconocen, y como brutos animales abusan de todas aquellas cosas que conocen por razón natural. ¡Desdichados de ellos!..... Vosotros, al contrario, carísimos, elevándoos á vosotros mismos como un edificio espiritual sobre el fundamento de nuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, manteneos en el amor de Dios,

esperando la misericordia de Nuestro Señor Jesucristo para la vida eterna».

Lo mismo viene á decir San Pedro en su segunda Epístola (II, 11 y 12), quizá aludiendo también al altercado de San Miguel con el demonio.

«Como quiera, dice, que los Angeles mismos, con ser tanto mayores en fuerza y poder, no condenan con palabras de execración ni de maldición á los de su especie (á los ángeles condenados, ó demonios); mas estos otros que, por el contrario, como brutos animales nacidos para el lazo y la matanza, blasfeman de las cosas que ignoran, perecerán en los vergonzosos desórdenes en que están sumergidos, recibiendo el pago de su iniquidad».

Habla San Pedro de los falsos apóstoles, de los seductores del pueblo creyente, los cuales compara á los demonios como San Judas. Ahora bien; leed la prensa sectaria de todos los matices, desde la descarada hasta la cubierta con capa de catolicismo, desde la que se cubre con morrión hasta la que seduce á los buenos carlistas cubriéndose con la boina, y hallaréis en toda ella blasfemias, herejías, calumnias, maldiciones... Quieren apoderarse de Moisés, de la Iglesia, de Cristo, para corromper al mundo haciéndolo idolatrar. ¿Qué contestan los buenos católicos?

Discuten con esos demonios, firmes siempre en la verdad á imitación de San Miguel; y cuando ya la discusión es inútil, acuden al poder de Dios y dicen con el Arcángel: *Imperet tibi Dominus;* reprímaos el Señor, póngaos el Señor una mordaza y deos vuestro merecido. No bastará esto, y con el Arcángel habrá que empuñar la espada para que los demonios se vuelvan al lugar de donde salieron.

Pecadores somos nosotros; pero ¡cuántas veces hemos tenido que pronunciar ya el *imperet illi Dominus!* ¿Qué significan, entre otras cosas, las pruebas ó juicios de Dios con que más de una vez hemos retado á los falsos apóstoles? No penséis, lectores, que Su Santidad León XIII puso el *imperet illi Dominus* en la

oración que mandó decir después de la santa Misa para que sólo el demonio espiritual caiga vencido, sino para que con él lo sean igualmente por San Miguel y su ejército los demonios de carne que pululan por toda la tierra. ¿No basta la oración? Pues ese ejército, con San Miguel su Capitán, irá á la acción con la espada desnuda.

Tal vez no á todos mis lectores agradará esta aplicación de la lucha de los Angeles á nuestras presentes luchas. ¡Ah! ¡si supieran cuánto más extensa, detallada y terminante podría ser la aplicación! Pero queremos ser sobrios, advirtiendo, sin embargo, á todos los Españolistas, esto es, á todos los Tradicionalistas en tradiciones españolas y no extranjeras, y á todos los que tienen fe en la venida del Gran Monarca, que á sus luchas presentes y venideras convienen especialmente la historia del altercado de San Miguel su Capitán con el demonio.

Efectivamente; creemos haber demostrado que el gran Príncipe y sacerdote Jesús, hijo de Josedec, fué una acabada figura del Gran Monarca, de suerte que tanto como á él conviene á éste la narración del profeta Zacarías en el cap. VI. Nadie nos ha puesto una objeción, ni creemos que seriamente pueda ponerse. Aquella narración, sin embargo, conviene al Gran Monarca triunfante, y fuera de desear otra que conviniese al Gran Monarca abatido, discutido, pecador como nos lo presenta San Francisco de Paula, perseguido por el demonio y sus secuaces, etc., etc.

Pues bien, esa narración existe; en esa narración aparece otra vez San Miguel disputando con el demonio sobre Jesús ó el Gran Monarca, del mismo modo que disputó sobre Moisés; esa narración describe el período de postración del Gran Monarca, y en ella *se anuncia* su triunfo; pero todavía no *se refiere* su triunfo, como en la otra ya indicada que describe su coronación. Y esta narración profética, compendio maravi-

llosísimo de todo cuanto sobre el caso anuncian los profetas, es del propio Zacarías, que en el cap. III dice:

«Hízome ver el Señor al Gran Sacerdote Jesús (Salvador), que *estaba en pié* ante el Angel del Señor, y estaba Satán á su derecha para oponérsele. Y dijo el Angel á Satán: *Incrépete el Señor, Satán, sí, incrépete el Señor, que escogió á Jerusalén. ¿Por ventura no es este Jesús un tizón sacado del fuego?*

»Y Jesús estaba vestido de ropas sucias, y permanecía en pié delante del Angel, el cual respondió y dijo á los que estaban en su presencia: Quitadle las ropas sucias. Y á él le dijo: He aquí que te he hecho vestir ropas de gala.

»Y añadió: Ponedle en la cabeza una tiara (bonete oriental) limpia; y pusiéronle en la cabeza una tiara limpia, y le mudaron de vestidos. Entre tanto, el Angel del Señor estaba de pié. E hizo el Angel del Señor esta protesta á Jesús, diciéndole:

»Esto dice el Señor Dios de los ejércitos: Si anduvieres por mis caminos y guardares mis preceptos, tú también serás juez de mi *Casa* y custodio de mi *Templo*, y te daré algunos de estos Angeles que ahora están aquí presentes, para que vayan contigo.

»Escucha tú, oh Jesús, gran Sacerdote, y escuchen tus amigos que moran contigo, que son varones admirables. YO TRAERÉ Á MI SIERVO ORIENTE.

«Porque he aquí la piedra que yo puse delante de Jesús, piedra única, la cual tiene siete ojos; he aquí que yo la labraré con el cincel, dice el Señor de los Ejércitos; y en un día la arrojaré yo de aquella tierra de la iniquidad. En aquel día, dice el Señor de los Ejércitos, convidará cada uno á su amigo á la sombra de su parra y de su higuera».

Estas son las delicias de la paz que dará el Gran Monarca.

IV

San Miguel y el Gran Monarca.

En esta empresa de pacificación universal y triunfo absoluto de la Iglesia, el Gran Monarca será ayudado por la visible protección del Príncipe San Miguel. Todos los días, en todo el mundo, todos los Sacerdo-

tes, y con ellos todos los fieles que oyen misa, invocan después del Santo Sacrificio el poder de San Miguel contra Satanás y sus ángeles y secuaces. Imposible es, imposible que esta oración universal y constante no penetre los cielos. Terrible es la lucha; grande será la victoria por intercesión del Príncipe de los ejércitos de Dios. ¿Lo dudáis? Pues leed el capítulo XII del Apocalipsis, donde San Juan, en tremenda visión, nos descubre al Arcángel San Miguel luchando con Satanás, en favor de la Iglesia en un sentido y de España en otro.

La Iglesia y España son representadas por la mujer, y el Gran Monarca por el hijo varón, aquel Gran Monarca tan magníficamente descubierto en el capítulo X del mismo Apocalipsis por el gran profeta Holzhauser y otros profetas. El que pueda, que nos contradiga, y si arguye en buena lógica, se lo agradeceremos; pero no admitimos negaciones gratuitas, ni reparos de inteligencias quisquillosas ó prevenidas. Varias veces hemos expuesto lo que dice San Juan; véase, por ejemplo, nuestro núm. 12, pág. 178. Bástenos, pues, ahora poner el texto apocalíptico, para descubrir la victoriosa intervención del Príncipe San Miguel en las luchas del dragón revolucionario, esto es, de todas las sectas mancomunadas y dirigidas por Satanás, con la mujer y su hijo varón.

«Un gran prodigio, dice, apareció en el cielo (1): una mujer vestida del sol, y la luna debajo de sus piés, y en su cabeza una corona de doce estrellas. Y estando en cinta, gritaba con ansias de alumbrar y padecía dolores de parto.

»Al mismo tiempo se vió en el cielo otro portento, y era un dragón descomunal, bermejo, con siete cabezas y diez cuernos; y en las cabezas tenía siete diademas, y su cola traía arrastrando la tercera parte de las estrellas del cielo, y arro-

---

(1) El Apocalipsis no entiende por cielo la mansión de los Bienaventurados, sino *el reino de los cielos*, esto es, el reino espiritual de Jesucristo, ó sea el mundo católico, en cuanto Jesucristo reina en él por la gracia.

jólas á la tierra. Este dragón se puso delante de la mujer que estaba para alumbrar, á fin de tragarse al hijo luego que ella le hubiese dado á luz.

»En esto parió la mujer un hijo varón, el cual había de regir todas las naciones con cetro de hierro, y este hijo fué arrebatado para Dios y para su solio; y la mujer huyó al desierto, donde tenía un lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por espacio de mil doscientos y sesenta días.

»Entretanto se trabó una gran batalla en el cielo: Miguel y sus Angeles luchaban con el dragón, y el dragón y sus ángeles lidiaban con él; pero éstos cayeron vencidos, y desde entonces desapareció su lugar en el cielo».

Hasta aquí el Apocalipsis. Perdonen los lectores que no hagamos comentarios; no es hora. Además, sabiendo qué se entiende aquí por cielo, y que tierra quiere decir el mundo de la impiedad ó cosa análoga, fácil les será interpretar rectamente el texto apocalíptico.

De estas luchas de San Miguel por los hijos de Dios no habla solamente el Apocalipsis; el profeta Daniel, cuya profecía abarca todos los tiempos hasta el fin del mundo, y de una manera especial los tiempos de Antíoco Epifanes y del liberalismo (1), ya anunció terminantemente la intervención del Príncipe de los ejércitos de Dios en nuestras luchas. Y así como el Apóstol San Judas nos presenta al Arcángel por modelo de nuestras luchas con los impíos, así Daniel (cap. X) nos le presenta en discusión con otros Angeles buenos, por donde se ve la sinrazón y la hipocresía de los que se escandalizan de que haya discusiones entre buenos católicos. Aparécese, pues, en

(1) En aquéllos se levantaron los Macabeos y triunfaron, en estos se levantarán los Crucíferos y triunfarán. Hay tan grande analogía entre unos y otros tiempos, que parecen relativamente los mismos. Los dos son fin de una de las cuatro grandes generaciones en que se divide la humanidad; los dos son igualmente anunciados por San Gabriel á Daniel; y siendo constante que San Miguel fué el Capitán invisible que alentó y guió á los Macabeos, síguese que también ahora alentará y guiará á los Macabeos de la Cruz.

terrorífica visión el Arcángel San Gabriel á Daniel profeta, y le dice:

«Daniel, varón de deseos, atiende bien las palabras que te digo, y ponte en pie, pues yo vengo ahora enviado á tí... No tienes que temer, oh Daniel, pues desde el primer día en que, á fin de alcanzar de Dios la inteligencia (1), resolviste en tu corazón mortificarte en la presencia de tu Dios, fueron atendidos tus ruegos, y por causa de tus oraciones he venido yo.

»Pero el Príncipe (el Angel Custodio) del reino de los Persas se ha opuesto á mí por espacio de veintiún días, y he aquí que vino en mi ayuda Miguel, uno de los primeros Príncipes (de los Angeles), y yo me quedé allí al lado del rey de los persas.

»*He venido, pues, para explicarte las cosas que han de acontecer á tu pueblo en los últimos días, porque* ESTA VISIÓN SE DIRIGE Á TIEMPOS REMOTOS».

Trabajo nos cuesta contener la pluma para no poner algún comentario: tememos que sea inoportuno, por lo cual nos concretamos á decir con el mismo Daniel: que sólo él tuvo la visión del Arcángel San Gabriel que le explicaba lo venidero.

«Y solamente yo Daniel, dice, tuve esta visión; mas los hombres que estaban conmigo no la vieron, sino que se apoderó de ellos un extremo terror, y huyeron á esconderse; y habiendo quedado yo sólo, ví esta grande visión, y me quedé sin aliento, y se me demudó el rostro, y caí desmayado, perdidas todas mis fuerzas».

Después de anunciarle San Gabriel que la visión se dirige á tiempos remotos, cuéntale lo que sucederá en dichos tiempos, hasta que lleguemos al período más crítico del castigo horroroso con que Dios se tomará justicia de estas sociedades empecatadas, y entonces le dice (cap. XII):

«En aquel tiempo se levantará MIGUEL, *Príncipe grande que es el defensor de los hijos de tu pueblo;* porque vendrá un tiempo tal, cual nunca se habrá visto desde que empezaron á

(1) Inteligencia de una visión que tuvo el mismo Daniel acerca de un gran suceso en que interviene una «fuerza grande», ó sea un gran ejército.

existir las naciones hasta entonces. Y en aquél tiempo, tu pueblo será salvado; todo aquel que se hallare escrito en el libro de Dios».

¿Quién será el caudillo que debe salvar al pueblo creyente, batallando á las órdenes y con ayuda del Príncipe San Miguel? Ya lo insinuamos en el núm. 37 de *Luz Católica*, pág. 580, col. 1.ª, hablando de las cuatro grandes generaciones de la humanidad. Decíamos:

«El que lo salvará, según otros profetas dicen más claro, es el varón que Daniel vió estar «sobre las aguas del río», ó sea el mismo Angel del cap. X del Apocalipsis, esto es, el Gran Monarca, según Holzhauser y otros profetas. (V. *Luz Católica*, núm. 14, págs. 211 y 212; y núm. 27, pág. 421, col. 1.ª)

«Este varón ó Angel dice con palabras enigmáticas á Daniel, esto es, al pueblo creyente, «cuándo se cumplirán estos portentos»; y Daniel le pregunta: «¡Oh, Señor mío! ¿qué sucederá después de estas cosas?» Respóndele el Angel: «Anda, Daniel, que estas cosas son recónditas y *quedan selladas hasta el tiempo determinado*. Muchos serán escogidos y purificados como por fuego. Los impíos obrarán impiamente; pero *lo entenderán los sabios de Dios*».

Tengan esto presente los que se burlan de las profecías.

Así pues, oh vosotros, todos los que esperáis el triunfo de la Iglesia y la restauración del mundo por un Capitán enviado del Señor Dios de los ejércitos, tened confianza. *«Consurget Michael, Princeps magnus, qui stat pro filiis populi tui;* se levantará el gran Príncipe San Miguel, que tiene encomendada la defensa de los hijos de nuestro pueblo», y con él venceremos como con él vencieron los Macabeos, como con él venció Josué, á quien dijo, teniendo la espada desnuda:

«Yo soy el Príncipe de los ejércitos del Señor, y vengo á vosotros».

Aun estamos en el Desierto; antes de llegar á la Tierra de Promisión tendremos que luchar con pueblos impíos; pero tened ánimo, que el Señor nos dice como al pueblo de Moisés:

«Yo enviaré á mi Angel para que te guíe y guarde en el viaje, hasta introducirte en el país que te he preparado. Reveréncíale y escucha su voz. Y mi Angel irá delante de tí, y te introducirá en el país del Amorreo, y del Heteo, y del Fereceo, y del Cananeo, y del Heveo, y del Jebuseo, á los cuales yo exterminaré».

V

Visión de Sor Catalina Emmerich.

Ahora bien; ¿qué dicen de todo esto los profetas modernos? Lo mismo que los del Cánon bíblico, relativamente; pero los modernos, como es natural, detallan más, compréndense más fácilmente, como se verá por los siguientes pasajes que tomamos de las revelaciones de la Venerable Sor Ana Catalina Emmerich. Habla esta gran vidente de las actuales persecuciones de la Iglesia y de su próximo triunfo por San Miguel, y dice así:

«Ví á la Hija del Rey de reyes perseguida y maltratada. Lloraba amargamente estas luchas sangrientas y mortales, y buscaba con su vista una generación fuerte y casta que viniera á sostenerla en el combate. Yo le pedía especialmente que derramase sus tesoros sobre los Sacerdotes. *Sí*, me dijo; *yo tengo grandes tesoros, pero ellos los pisotean.* Llevaba un vestido azulado como el azul de los cielos.

»Mi guía me advirtió al mismo tiempo que, mientras yo pueda, pida y encargue á los demás que pidan por los pecadores, y particularmente por los Sacerdotes infieles á su vocación; y me añadió: «Tenéis que pasar por malos días. Los disidentes seducirán á muchas almas, y por mil medios se esforzarán en arrancar toda autoridad á la Iglesia. De aquí provendrá una gran perturbación».

»En otra visión ví la manera como la hija del Rey se armó para el combate. Imposible contar todos aquellos que contribuyeron á su equipo: éste consistía en oraciones, buenas obras, mortificaciones y trabajos de todo género. De mano en mano llegaban aquellas armas hasta el cielo, donde cada obra meritoria era transformada según su naturaleza, y llegaba á ser un arsenal de guerra para la casta Esposa de Cristo.

Era una maravilla ver como todo se adaptaba á su armadura, y como una cosa simbolizaba otra de una manera tan asombrosa. La hija del Rey se halló armada de piés á cabeza. Muchos de los que vinieron así en su ayuda me eran conocidos, pero no podía yo menos de admirarme al ver que *ni siquiera uno de todos los institutos, ni de personajes importantes, ni de entre los sabios, hubieran contribuido en nada*, mientras que LOS POBRES Y DESVALIDOS HABÍAN OFRECIDO POR SÍ SOLOS PIEZAS DEL TODO COMPLETAS.

»Fuí también testigo de la batalla. Eran innumerables las tropas del enemigo, y á pesar de esto, *el pequeño grupo* de los fieles combatientes exterminó batallones enteros. La casta Esposa de Cristo dirigía la acción desde lo alto de una colina. Yo corrí á ella y le recomendé mi Patria y las regiones por que estoy obligada á pedir. Hallábase armada de una manera insólita, pero enteramente simbólica, el casco en la cabeza, el escudo al brazo, la coraza en la cintura. Los combatientes que tomaban parte en la lucha se parecían en todo á nuestros soldados de hoy. Se hacían una guerra espantosa; al final no quedó en pie más que *un puñado de bravos*. Eran unas gentes que pensaban bien; la victoria quedó por ellos.

»Ví en la Basílica de San Pedro á un inmenso gentío de demoledores, mientras otras filas se empleaban en reparar los boquetes. Los devastadores, que echaban por tierra paredes enteras, contaban en sus filas muchos sectarios y apóstatas; pero los más hábiles de entre ellos, los que procedían sistemáticamente y conforme á reglas, llevaban unos mandiles blancos (francmasones) bordados de azul, con bolsillos, y tenían una llana en la cintura, y vestidos de todas maneras.

»Personajes grandes y corpulentos de cierta importancia, con uniforme y condecoraciones, asistían también á aquel trabajo destructor, pero sin ocuparse ellos mismos en la obra; concretábanse á señalar con su llana los puntos de las murallas que debían ser destruídos. Frecuentemente, además, cuando no estaban seguros de su golpe, se acercaban á uno de ellos que tenía un libro de gran tamaño, en el que parecía estar consignado todo el plan de destrucción que debía seguirse. Después de lo cual marcaban de nuevo con su llana algún punto, y bien pronto un lienzo más caía al golpe del martillo.

»Ví al Papa en oración; pero *estaba rodeado de pérfidos amigos que de ordinario hacían lo contrario de lo que él mandaba*.—Había allí muchos eclesiásticos conocidos míos. Ví también á mi confesor que venía de lejos con una enorme piedra, como si la acarrease por sí mismo. Otros rezaban el

Breviario con tibieza y llevaban al propio tiempo una piedra pequeñita debajo del manteo, como una cosa rara, ó la pasaban á otras manos. Parecíame que no tenían seguridad, ni arrojo, ni método, y que ni siquiera sabían lo que se debía hacer. ¡Daba lástima!

»Toda la nave de la Iglesia estaba ya derruída, y no quedaba intacto de ella más que el presbiterio. Entregada yo al más vivo dolor, me preguntaba dónde podría hallarse aquel hombre que anteriormente había visto yo colocado como un libertador encima del edificio, vestido de púrpura y con un estandarte *blanco* en la mano... Los que trabajaban por reconstruir la Iglesia redoblaron su actividad; habíales llegado *un refuerzo de ancianos, de tullidos, de hombres, en fin, con quienes jamás se habría contado, como igualmente de muchos jóvenes solteros en todo el vigor de la edad, de mujeres, de niños, de eclesiásticos y de seglares* (he ahí todos los órdenes de Cruciferos), y bien pronto quedó el edificio enteramente restaurado...

»La Iglesia de San Pedro me apareció de nuevo con su elevada cúpula. *El Arcángel* SAN MIGUEL *se cernía por encima de la Basílica*, todo resplandeciente, cubierto con un ropaje purpúreo como la sangre, y teniendo en la mano desplegado el estandarte de los combatientes. Al mismo tiempo se libró en la tierra una gran batalla. Los *verdes* y los *azules* combatían contra los *blancos*, y éstos, dominados por una espada ensangrentada y ardiente como el fuego, parecían en un todo perdidos; todos, sin embargo, ignoraban por qué combatían. La Iglesia estaba enrojecida de sangre como el manto del Arcángel. *Será lavada en sangre*, se me dijo al mismo tiempo. Con todo esto, á medida que se prolongaba la lucha, desaparecía la sangre por encima de la Iglesia, que se mostraba más y más radiante.

»En fin, San Miguel descendió á la arena del combate, al lado de los *blancos*, donde se multiplicaba al frente de todos los batallones. Un valor maravilloso inflamó al mismo tiempo el ardor de todos, sin que pudieran darse cuenta de esto. San Miguel en persona hendía los enemigos, y al instante se siguió una derrota general. La espada de fuego desapareció entonces por encima de la cabeza de los blancos triunfantes. Antes de acabarse la acción, no habían cesado de pasar á su lado grupos enemigos, y después se les rindieron asimismo otros innumerables. Muchos Santos del cielo intervinieron por sí mismos en el combate; desde lo alto de los aires, donde se presentaban animados de un mismo espíritu, multiplicaban las señales y ademanes, tendiendo todos al mismo fin por diferentes operaciones».

Hasta aquí la admirable vidente Sor Ana Catalina Emmerich, pobre monjita perseguida y despreciada del mundo. «Yo te confieso, exclamaba el Salvador, oh Padre, Señor de cielos y tierra, porque escondiste estas cosas á los sabios y prudentes y las revelaste á los párvulos».

VI

Otras visiones.

En el mismo caso hallamos á las religiosas benedictinas de Narni, las cuales tuvieron en Noviembre de 1837 una visión, después autentizada por el Obispo mediante proceso. Vieron en los aires destacarse una Cruz colosal, acompañada de varias figuras, todas perfectamente delineadas, de tal suerte que pudo dibujarse y sacarse un grabado: un ejemplar de este grabado tenemos á la vista; describirlo todo sería negocio de largas columnas.

Levántase la Cruz sobre un globo terrestre, del cual arroja el Príncipe San Miguel al dragón infernal, con un sinnúmero de coronas, cetros, banderas, espadas, etc. En medio de la Cruz se ven los Sagrados Corazones de Jesús y María; en el centro de los brazos las iniciales T. S. C. esto es, *Triumphum Santæ Crucis*, Triunfo de la Santa Cruz. El título, en vez de J. N. R. J., dice: *Vivat Jesus Christus Benedictus*. Encima de esto la Tiara Pontificia, y coronándolo todo resplandece el lema de San Miguel: *Quis ut Deus*. Llama la atención una brillante estrella colocada al lado de la Tiara, y debajo de la cual se lee, en un rótulo inclinado hacia la Cruz: «*In hoc signo vinces;* con esta señal vencerás».

Hablando de esta misma Cruz de Narni el ilustre da Macello en *Il Vaticinatore*, dice:

«Cuando Lucifer, á la cabeza de todas sus legiones de ángeles rebeldes y de todos los hombres perversos, juzgará haber vencido para siempre, con una gran batalla ganada á la Iglesia, y cuando tal vez los mismos Crucíferos, descorazonados, creerán que todo está perdido, entonces Jesucristo, en virtud del poder que le fué dado por el Padre, enviará del cielo una legión de ángeles, quizá en forma visible, yendo al frente de ellos el Príncipe San Miguel. Con sus palabras *Quis ut Deus*, de que un día se valió para arrojar del cielo á los ángeles rebeldes, San Miguel los arrojará de la tierra una vez más como el globo de la Cruz lo representa, y los enemigos de Cristo serán aniquilados por el ejército de la Iglesia con ayuda de las espadas angélicas. Después de tan insigne triunfo, la Iglesia gozará de profunda paz».

Continuemos con las visiones de humildes religiosas; ellas, con su humildad, confirman lo que nos han anunciado los grandes Profetas bíblicos.

Sor Imelda del Santísimo Sacramento, venerable terciaria de la Orden de Santo Domingo, tuvo una de sus grandes visiones el día 23 de Octubre de 1872, poco después de los terribles desastres de Francia, y con este motivo dice ella misma:

«Yo me puse á los piés de Jesús, ignorando lo que significaba aquella visión. Estaba silenciosa, cuando llegó un Arcángel que conversó con el divino Maestro. Jesús me atrajo entonces á Sí, y me presentó al Arcángel, que reconocí era San Miguel. El Arcángel me miró un momento y me dijo: *Haz saber que no se levantará la Francia sino cuando sea gobernada como Dios quiere.*—El día 25 ví á Jesús en la misma colina, después de la Santa Comunión. La ciudad de Roma estaba rodeada de tinieblas y parecía muy agitada. El mismo Arcángel volvió á tomar órdenes de Jesús. El Salvador me llamó á Sí, y me dijo San Miguel: *Haz saber que yo sostengo y defiendo la causa del Vicario de Jesucristo.* A estas palabras, partió para la ciudad y fué á colocarse sobre el edificio que vislumbré. Le ví poner manos á la obra y comprendí que desconcertaba los planes del infierno. Jesús estaba muy triste mirando á Roma».

Tiene mucha analogía con este pasaje el que da Macello, en *I Futuri Destini*, toma de los Bollandos, relativo á Santa Margarita de Cortona. Oraba y lloraba la Santa en cierta ocasión, pensando en las calami-

dades que sobrevendrían á la Iglesia, y díjole el divino Maestro:

«Ten por cierto que sobrevendrá en el mundo una gran tribulación, excitada por Lucifer contra la Iglesia. Desde que fué relegado al infierno, nunca habrá salido con tanto furor como entonces. Recorrerá el mundo, preparará solícitamente los caminos del Anticristo, y será tan grande la tribulación, que muchos religiosos y religiosas abandonarán sus Ordenes. Suscitará contra la Santa Iglesia innumerables peligros, para que los fieles la desprecien y censuren de tal modo los divinos oficios y la predicación, que mi palabra no podrá ser libremente predicada».

El citado autor pregunta: «¿Quién no ve que es nuestra época infeliz aquella de la cual Jesucristo habló á Santa Margarita?» Y opina, y bien podía afirmarlo absolutamente, que San Miguel será el vencedor de Lucifer en esta horrorosa contienda, después de la cual lo encadenará y cerrará el abismo, según anuncia el Apocalipsis en el cap. XX.

No opinamos como da Macello en cuanto al tiempo á que se refiere el Apocalipsis, y nuestras razones quedan largamente expuestas en el número 37 de *Luz Católica*. El Príncipe San Miguel será indudablemente el que dentro de poco triunfará de Satanás y sus ejércitos, y asimismo el que encadenará á Satanás por mil años y cerrará la boca del abismo, según el Apocalipsis lo describe; pero creemos haber probado en el mismo lugar que este encadenamiento de mil años, rigurosamente hablando, empieza con la muerte del Anticristo y no con la victoria de la Iglesia por el Gran Monarca.

Con todo esto, siendo este período de aparición, triunfo, paz y muerte del Gran Monarca, con sus tribulaciones y sus bienandanzas, sus guerras y su pacificación, etc., una acabadísima antelación profética de lo que será la *Cuarta Generación* ó reinado de los mil años, bien podemos tomar semana por año, lo cual es

muy conforme al lenguaje de los profetas (1), y decir que el período de paz *absoluta* en tiempo del Gran Monarca será de mil semanas, ó sea de veintiún años; teniendo en cuenta que este número mil, de años ó semanas, no lo fija el Apocalipsis de tal manera que no hayan de ser uno más ni uno menos; es como decir: *mil, aproximadamente.*

Tomándolo, pues, por las semanas de paz *absoluta* durante el Gran Monarca, tenemos el tiempo que poco más ó menos dan todos los profetas á esta paz, esto es, de veinte á veinticinco años (2); y así, bien podemos decir con el Apocalipsis que San Miguel encadenará á Satanás y cerrará el abismo durante mil años ó semanas, después de los cuales volverá á soltarle por poco tiempo; el tiempo del Anticristo, al cual sigue la felicidad incomparable de la Cuarta Generación.

Sor Ana Catalina Emmerich tiene en sus revelaciones un pasaje, al que se acomoda perfectamente lo que acabamos de indicar.

«He sabido, dice, que debe ser desencadenado Lucifer para un tiempo, cincuenta ó sesenta años antes del año dos mil de Cristo, si no me equivoco».

Lo cual no solo es confirmación de lo que hemos dicho, sino de que la aparición del Gran Monarca es inminente, por el auxilio del Arcángel San Miguel, Príncipe de los ejércitos de la Iglesia militante y triunfante que nos conducirá á la victoria del infierno.

VII

El Rosario de San Miguel.

Con lo dicho hasta aquí creemos haber demostrado de la manera más evidente la soberana intervención

---

(1) *Diem pro anno, diem, inquam, pro anno dedit tibi.* (Ezech. IV, 6). En una semana, durante el Gran Monarca, se obrarán más bienes que en otros tiempos felices durante un año.

(2) Paz *absoluta;* pero el reinado será de 40 á 50 años.

del glorioso Príncipe San Miguel en nuestros combates presentes y futuros con la impiedad y en nuestra victoria definitiva. Todos los fieles saben que San Miguel es el Capitán de las celestiales milicias y gran Protector de la Iglesia Católica; todos responden *amén* á la oración que el Sacerdote le eleva después de la santa Misa; pero ¡cuán pocos son los que procuran alistarse bajo la invencible bandera del Príncipe de los ejércitos de Dios, implorando su protección salvadora! ¡Cuán pocos acuden á tomar el santo y seña de este celestial Generalísimo de las fuerzas católicas!

Para dar á nuestros lectores una prueba más de que la invencible espada de este Capitán de los ejércitos del Señor no se envaina jamás en presencia de los enemigos de la Iglesia, citaremos una página de la vida del venerable Padre Francisco Javier Bianchi, muerto en olor de santidad en Nápoles el 31 de Enero de 1815:

«Los desastres de la campaña de Rusia, dice el presbítero De Valette (1), fueron predichos igualmente por Francisco Bianchi. Prometía Francisco al joven eclesiástico Gabriel Buonocore el próximo triunfo de la Iglesia, y como éste se resistiera á creerlo porque Napoleón se hallaba todavía en el colmo de su poder, siendo los principios de su última campaña extraordinariamente felices, Bianchi se echó á reir sin más réplica.

Unos días más tarde, y después de cantado el *Te-Deum* por la entrada en Moscou, habiendo venido á ver al Padre Bianchi el caballero Buonocore, tío de dicho joven, le preguntó: ¿Por qué estáis triste?—¿Cómo queréis que no lo esté, observó el Padre, si sabéis que se acaba de cantar el *Te-Deum*? Mejor hubieran hecho en cantar el *Miserere*.—Y como Buonocore le objetase que bien se podía exagerar un suceso, pero no inventarlo del todo, Bianchi exclamó, como fuera de sí: *San Miguel, San Miguel con su espada ha casi destruido ya el ejército francés entrado en Moscou; un alma lo ha visto en la oración. Notad el día en que nos hallamos, y sabréis pronto lo que ha hecho la mano del Señor*».

Pronto se supo cuán terrible verdad decía el Padre Bianchi. No quedó, pues, relegada al Antiguo Testamento la espada de

(1) *Vie du V. P. Fr. J. Bianchi.*—París, Putois-Creté, 1871.

San Miguel; desnuda permanece al servicio de la Iglesia, y no se envainará hasta el fin de los tiempos. Mientras dure la Iglesia militante, por ella luchará San Miguel, así contra los infieles como contra los herejes y malos cristianos, según nos han dicho los profetas».

Por venir en confirmación de esto, siquiera no sea una autoridad profética, copiaremos lo siguiente que *Le Rosaire de Marie*, con el título de «Le Rosaire de Saint Michel» publicó á 22 de Junio de 1872. Dábase cuenta de una carta escrita por un alma santa, sobrenaturalmente iluminada, y se decía:

»Vióse sobrecogida en su oración por la triste y universal impotencia de las gentes de bien en presencia del mal siempre creciente. Las buenas voluntades católicas, todavía numerosas en el mundo, *se le presentaban esparcidas y sin vínculo, y esto es lo que hacía inútiles sus esfuerzos para el bien general*, á falta de un Jefe, uno, fuerte, poderoso, que pudiera concentrarlos y coordinarlos.

«Vió entonces que este Jefe, uno, fuerte, poderoso, era San Miguel, y que todas aquellas voluntades esparcidas, diseminadas en el mundo entero, debían ponerse bajo su dirección. Era menester para esto hacer la consagración de este ejército de buenas voluntades católieas al sólo Jefe capaz de dirigirlo, gobernarlo, conducirlo y hacerlo invisible. Ella lo hizo, y adquirió la convicción de que San Miguel se encargaba de esta obra, y de este modo venía á ser el Generalísimo de los ejércitos católicos».

Esta comunicación, sin ser una autoridad, es muy conforme á la Tradición católica relativa del Patrocinio de San Miguel sobre la Iglésia universal, y puede inspirarnos segura confianza. Si Nuestra Señora de los Angeles es hoy más que nunca la depositaria de nuestros destinos, San Miguel viene á ser como su Ayudante general de campo para regular, bajo el mandato de María, el orden de las batallas del Señor.

Digamos algo sobre el *Rosario de San Miguel*, recomendado por el santo Arcángel á la persona misma de quien acabamos de hablar, un día de su fiesta, 29 de Septiembre, mientras le suplicaba que le diera á conocer una oración que viniera de él y por la cual

pudiera venerarle. Este Rosario, ó Corona angélica de San Miguel, recomendado por él á dicha alma, fué revelado mucho antes por el mismo Arcángel á la gran sierva de Dios Antonia de Astonaco, en Portugal. En la noticia de esta devoción, impresa con permiso del Ordinario en Loreto, año de 1860, leemos:

«Apareciéndose San Miguel Arcángel á la sierva de Dios, que le era muy devota, le manifestó que quería ser venerado por nueve salutaciones correspondientes á los nueve coros de los Angeles, y consistiría cada una en rezar un *Pater*, tres *Ave* y un *Gloria* en honor de las tres Jerarquías angélicas; y á las nueve salutaciones seguirían cuatro *Pater*, el primero en honor del mismo San Miguel, el segundo de San Gabriel, el tercero de San Rafael y el cuarto del Angel Custodio.

«Tal es el homenaje que quiso y sugirió por sí mismo el glorioso Príncipe de la Milicia Celestial; y prometió en retorno á cualquiera que de este modo le venerase antes de comulgar, que un Angel de cada uno de los nueve coros le sería designado para acompañarle á la sagrada Mesa. Además, al que rezase diariamente estas nueve salutaciones, prometió su asistencia continua durante la vida.—Esto es lo que se refiere en la vida de la venerable Antonia de Astonaco, libro II, cap. 74».

¡Cosas de beatas! dirán quizá algunos: pero no dijo eso la Santa Sede, que en 1851 y en 1852 concedió grandes indulgencias al Rosario de San Miguel. A la cabeza del Decreto de la Sagrada Congregación de Ritos se lee lo siguiente:

«Es una piadosa tradición de los tiempos pasados que el Arcángel San Miguel, Príncipe de la milicia celestial, declaró á una mujer piadosa que tenía la costumbre de venerarle cada día con actos particulares de devoción, que le sería agradable se introdujese el uso de cierta fórmula de oraciones en su honor y en honor de todos los santos Angeles del cielo; que recompensaría por esto á sus devotos servidores, viniendo á su socorro con los más abundantes beneficios en las necesidades públicas, sobre todo en las de la Iglesia Católica, de la que es perpetuo Protector, así como lo fué en otro tiempo de la sinagoga de Israel».

Es consolador para los católicos españoles saber que la Corona angélica ó Rosario de San Miguel tuvo y aun tiene en España gran arraigo. Ningún pueblo

ha sido tan devoto del Santo Arcángel como el pueblo español; ninguno bautiza á tantos hijos suyos con el nombre de Miguel. Tuvo San Miguel un templo famoso en Constantinopla; el *Michaelión* de Constantino: tiene su célebre Santuario del monte Gárgano en Nápoles: tiene el no menos célebre del peñón de la Tomba entre Bretaña y Normandía; en España los tiene á centenares; España es país de San Miguel. ¡Oh, sí, de San Miguel y del Gran Monarca que San Miguel nos ha de traer para que convirtamos otra vez el mundo! ¡De San Miguel y del Gran Monarca que San Miguel nos ha de traer para que por España triunfe la Iglesia y reine en el mundo Cristo nuestro Rey con María nuestra Reina!

San Miguel suscitó á la obscura doncellita Juana de Arco, para que derrotase ejércitos y restableciese en Francia la Monarquía cristiana; San Miguel suscitará al obscuro y abatido salvador que el Señor nos ha prometido por sus profetas, para que derrote ejércitos mil y restablezca en el mundo el imperio de la Cruz.

San Miguel Arcángel, Príncipe de los ejércitos de Dios, ¡he ahí nuestro mejor General!

CAPÍTULO XVII

LA MEJOR BANDERA LA CRUZ

CAPÍTULO XVII

LA MEJOR BANDERA LA CRUZ

I

El árbol de la muerte y de la vida.

(Leyenda oriental fundada en la Sagrada Escritura y en las tradiciones adoptadas por San Vicente Ferrer y otros Santos).

Acababa de ofrecer en Salem su primer sacrificio de pan y vino el gran sacerdote Melquisedech, cuando el mismo Espíritu de Dios, que le había inspirado aquel acto de culto, hízole vislumbrar, á través de larga serie de siglos, la fecunda realidad de su sacrificio profético.

Vió al Verbo de Dios oculto bajo la envoltura humana, ofreciendo al Padre el sacrificio de su carne y de su sangre por la redención del mundo; vióle morir pendiente de un árbol sangriento; admiró la inmensa amargura de aquel sacrificio prefigurado en el suyo de pan y vino, y súbito apareció en su alma un pensamiento de indignación que ya no se separó de ella.

«Arbol fatídico, exclamó; árbol cuyo fruto emponzoñó nuestra existencia, y de hijos de Dios nos mudó en hijos de pecado; árbol seductor de donde brotaron la perdición y la muerte; he aquí los resultados de la desobediencia en que tu fruto hizo incurrir á los primeros padres. Los cielos se inclinan hacia la tierra para disipar tu sombra con su espléndida lum-

bre; tu sombra, extendida sobre toda la raza pecadora, es la que obliga al Hijo del Eterno á revestirse de nuestra carne y morir por nuestro pecado. Arbol de pecado, ¿dónde estás? Manifiéstate y te arrancaré de tu asiento y te entregaré al desprecio de los mortales para que todos huellen tu ignominia».

Una voz secreta le dijo entonces al corazón:

«Las fuentes que brotaban en medio del Paraíso bañan todavía el árbol de la muerte: de ellas se forman los cuatro ríos paradisiacos Phison, Gehon, Tigris y Euphrates».

Melquisedech sintió al punto invencible deseo de recorrer el Asia en busca de aquellas fuentes, para arrancar el árbol decrépito y darle el destino que acababa de prometerle.

Algunos días después hallábase á orillas del Eufrates, acompañado de dos familiares, un hombre venerable que se dirigía al país de Hevilath, cuna del oro y del aljófar y del brillante, según el sagrado texto (Génesis). Era el gran Sacerdote.

Ardua era la empresa, pero él, puesto en Dios su corazón, clavada su memoria en el árbol de la muerte, insensible á la fatiga y seguro de coronar su obra, vadeando ríos, y cruzando páramos, y atravesando bosques, y venciendo montañas, llegó, después de largas jornadas, á la tierra de Mosoch, tocó en la de Arphaxad, pasó á la primitiva de Chus, llegó á los límites de la de Hevilath, y desde las alturas del Ararat observó que en las vertientes de aquella enriscada cordillera brotaban las fuentes de los cuatro ríos. ¡Estaba en el Paraíso de Adán y Eva!

Pero su alma languideció de tristeza al contemplar aquellos parajes solitarios, un día acariciados por brisas del cielo y entonces yermos y sombríos como la región de la muerte. Al arrojar de allí á nuestros primeros padres, el Angel había hecho pasar su espada de fuego por aquel país de delicias, convirtiéndolo en estrago y desolación. Allí palpitaba todavía la venganza y oprimía el corazón bajo el peso de sus iras.

En medio de un valle de hórrido aspecto, habita-

do por muchedumbres de terribles serpientes, y de singular manera señalado por la espada del ángel, vió el impávido sacerdote un árbol parduzco, casi negro, sin nombre conocido, tan gigantesco, tan seco, tan extraño, que semejaba la visión de los sueños de un criminal. Melquisedech, sin embargo, acercóse, lo examinó, y pudo hallar en él señales inequívocas de la primera maldición que Dios lanzó á la tierra.

La destructora mano del tiempo parecía haber temido acercarse al árbol de perdición: espeso matorral de agudas espinas cercaba su tronco, por el cual subió enroscada y silbando enorme serpiente; densa sombra que helaba el corazón se cernía sobre aquel árbol espantoso, como para no dejarle recibir la luz del cielo; y el viento, rozando indignado contra su seco ramaje, parecía murmurar palabras de terrible anatema.

No había duda. Aquel árbol fatídico era el de la muerte; de aquel árbol había procedido la ruina universal que tan sangrientos sacrificios había de costar al Hijo de Dios.

Melquisedech hizo una señal á los que le acompañaban, y aunque el árbol era de extremada dureza, á los pocos momentos se desplomaba al suelo crujiendo como atormentado por maléfico genio invisible.

De su ramaje se hizo una gran pira, cuyas cenizas se esparcieron á los cuatro vientos, y el tronco fué arrastrado hasta el nacimiento del Eufrates. Se le arrojó al agua, y flotando sobre la corriente llegó al país de Aram, de donde fué trasladado al río Jordán para conducirlo á Salem.

Pasó algún tiempo, muy poco, y sobre un torrente de Salem hallábase tendido á manera de puente un enorme tronco que servía de paso. Era el árbol de la muerte, allí colocado por Melquisedech, para que, hollándolo todos los transeauntes, hollasen en él el pecado y la muerte que por él habían entrado en el mundo.

Corrieron las generaciones y los siglos; el país de Canaán era ya la morada de los hijos de Jacob. Salem habíase convertido en Jerusalem; sentábase en el trono de David su hijo Salomón, y la reina de Sabá venía á rendir un tributo de admiración al Rey de la sabiduría.

Entonces miró el Señor el tronco del torrente, y dijo:

«Arbol de maldición fuiste, fuiste árbol de muerte, y has pagado ya lo que de ti podían exigir los hombres; pero Dios exige de ti una satisfacción más abundante: serás convertido en árbol de bendición y de vida, y tu segundo fruto borrará los males que causó el primero. Las generaciones han maldecido de ti, pero otras generaciones te bendecirán y adorarán agradecidas».

La reina de Sabá, de retorno á su tierra, iba á pasar por el tronco del torrente, al tiempo que el Señor pronunciaba estas palabras. Dios hizo que ella las sorprendiese en su corazón, y la afortunada reina conoció desde luego los futuros destinos de aquel madero.

«No—dijo,—no profanará mi pie ese tronco venerando, sobre el cual ha de morir el Redentor del mundo. Vadeemos el torrente, y vaya un nuncio á poner en conocimiento de Salomón lo que Dios acaba de inspirarme».

Su orden fué obedecida; y cuando Salomón estuvo sabedor de lo ocurrido, en nombre del Redentor profetizó diciendo:

«Debajo de un árbol te comuniqué salud y vida, humanidad pecadora, debajo del árbol mismo á cuya sombra fué desflorada tu madre y violada la que te dió á luz». *(Cant).*

En seguida, para librar de la profanación el venerable madero que había de ser el instrumento de nuestra Redención, así como lo fué de nuestra ruina, el hijo de David mandó hacer una hoya de cuarenta pies de profundidad y lo enterró en el fondo, convirtiendo después aquella excavación en una piscina

para el servicio del Templo. Esta piscina fué la que recibió el nombre de Probática.

Y porque en su fondo yacía aquel venerable instrumento por medio del cual había de consumar el Redentor la obra de nuestra salud, la virtud del cielo afluyó desde luego á la piscina como el agua de las vertientes que la alimentaban. Un ángel romovía en determinados tiempos del año sus aguas, comunicándoles virtud para sanar al primer enfermo que las tocase después de la moción.

Llegada por fin la plenitud de los tiempos, el Verbo de Dios se encarnó, y habitó entre nosotros, y vivió nuestra vida, y predicó su Evangelio, y padeció, y fué sentenciado á muerte de cruz. La hora de la Redención había llegado; del árbol de la muerte iba á brotar la vida del cielo.

Un encargo habían hecho los escribas y fariseos al carpintero que había de construir la cruz: «Hazla—dijéronle—de madera dura y pesada, para que sirva de mayor tormento al seductor que ha de llevarla sobre sus propios hombros al lugar del suplicio».

En las aguas de la piscina Probática repercutió esta fiera blasfemia: estremeciéronse de espanto, y su fuerte sacudimiento removió la tierra del fondo, dejando al soterrado madero libre paso para que subiese á flotar en la surpeficie.

Acertaba á pasar entonces por allí el desgraciado carpintero, vió aquel enorme tronco flotante, apreció su dureza y el peso que la humedad le comunicaba, y como muy acomodado á su intento, lo sacó y construyó de él una cruz de quince pies de largo por diez de brazo. La raza deicida quedó gustosa de este trabajo impío.

Pocas horas habían pasado, y el Autor de la vida exhalaba los últimos suspiros de la suya clavado en aquella cruz.

El sacrificio de Melquisedech había llegado á su

plenitud: la profecía de Salomón habíase cumplido. Del mismo árbol fatal, cuyo fruto nos había causado la muerte, pendía el fruto de vida eterna; allí fué corrompida y violada la progenitora de los hijos del pecado, y allí otra mujer purísima fué constituída progenitora de los hijos de Dios; allí desobedeció el hombre terreno que introdujo el pecado, y allí obedeció hasta la muerte el hombre celestial que nos dió la gracia.

La gracia y el pecado, la muerte y la vida, Adán y Jesús, Eva y María, el cielo y la tierra iban esculpidos en aquel árbol, proclamando unos la ruina del imperio del mal por ellos establecido, y abriendo otros la gran era de reconciliación entre Dios y los hombres.

Cuando me postro ante una partícula de aquel árbol para adorarla, siento en mi alma un frío glacial que la enerva y anonada: es la muerte del pecado que de lo alto de aquel árbol lanzó sobre ella su germen para perderla. Mas por un contraste único en la creación, siento también calor dulcísimo y vivificante que difunde en la misma vigor y alegría: es la vida de la gracia que de lo alto del mismo árbol dejó caer sobre mi alma un germen divino para salvarla.

Y así, luchando y reluchando entre la muerte y la vida, entre el pecado y la gracia, entre el espíritu y la carne, y tembloroso ante la partícula de aquel árbol más antiguo que el hombre y durable hasta el fin de los tiempos, terrible como la muerte y amable como la vida, adoro los inexcrutables designios de la Providencia... y entro en reflexión de mis pecados... y me confundo... y clamo á Dios... y termino diciendo y repitiendo con el Apóstol:

«Lejos sea de mí gloriarme sino en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo». . . . . .

. . . .

¡O Crux, ave, spes unica! ¡Oh Cruz Santa, Cátedra

del Dios de los humildes, Trono del Rey de los perseguidos por la justicia! Sólo en Ti me gloriaré; Tú eres mi única alegría, mi única esperanza, mi único amor; Tú eres mi salud y mi santidad.

Mírote cuando la víbora de la tentación me muerde y con su letal veneno emponzoña mi alma, y sólo con mirarte siento renacer la vida en mí, como renacía en los israelitas del desierto cuando, mordidos por las serpientes, miraban la Cruz del monte.

¡Oh Cruz, piedra angular del mundo, llave de la Historia, consumación de todos los misterios, cumplimiento de todas las profecías, fundamento de toda sociedad civilizada! ¡Oh Cruz, puerta del Cielo y muerte del pecado, compendio de toda virtud y de toda ciencia, escarnio del mundo y sabiduría de Dios!

Mírante los impíos y blasfeman de Ti; los mundanos, y te desprecian; los tibios, y quedan indiferentes; los fervorosos, y ante Ti se postran; los Santos, y ante Ti se extasían y contigo se abrazan. Mírante los sabios del mundo y llámante necedad; mírante los sabios de Dios y no hallan saber fuera de Ti, ni verdad sin tu verdad, ni luz sin tu luz, ni riqueza sin tu pobreza, ni alegría sin tu dolor.

Triunfa, Cruz de mi Dios; triunfa de las potestades del mundo, sé el estandarte de todas las naciones, alúmbranos desde los templos y las plazas, desde los monumentos y las torres, desde los valles y las escarpadas cimas, en la tierra, en el mar y en los aires. Triunfa, Cruz de mi Dios, para que todos se gloríen en Ti y en Ti se inspiren las artes y las ciencias, las sociedades y los gobiernos.

Siglo tuyo, siglo de la Cruz será el venidero, porque los ejércitos de la Cruz, los humildes, los pobres, los perseguidos, los Santos Crucíferos, por tu virtud han de dominar la tierra y someterla á tu imperio soberano. Todos te adorarán, todos se gloriarán en Ti, todos cantarán tus alabanzas.

«Salve, Crux sancta, salve, mundi gloria;
Vera spes nostra, vera ferens gaudia;
Signum salutis, salus in periculis;
Vitale lignum, vitam ferens omnium,
Te adoramus, te Crucem vivificam...»

(*Luz Católica*, núm. 14=3 Enero 1901).

II

«In hoc signo vinces». (1)

Para probar el título de este capítulo y dar la mejor razón de por qué el Gran Monarca vencerá enarbolando la Santa Cruz por bandera, nada creemos tan concluyente como referir los principales hechos que del poder de la Santa Cruz nos refiere la historia. Empecemos sin más preámbulos.

Seis emperadores á un tiempo, con títulos de Augustos ó Césares, reinaban en el imperio romano por los años de 306, y de ellos quedaban cuatro en el 311: Constantino en las Galias, Maxencio en Roma, Maximino y Licinio en Oriente. Pero así como para el advenimiento del Mesías y establecimiento de su Iglesia convino que el imperio fuese regido por un solo soberano, así convenía para el triunfo de la Iglesia en todo el orbe, y el Señor dispuso con su sabia Providencia las cosas de suerte que quedase Constantino emperador único en Oriente y Occidente.

Maxencio traía escandalizado el Occidente con sus tiranías y su desenfrenada liviandad. Forzaba á los senadores á cederle sus mujeres, quitándoles la vida si oponían resistencia; consentía que sus soldados matasen, robasen y violasen á mansalva; cometió, en fin, tantos y tan abominables abusos, que el Senado

(1) Exceptuados los artículos VII, VIII y XIV de este capítulo, todos los demás están tomados del núm. 77 de *Luz Católica*=27 Marzo 1902.

romano pidió á Constantino viniese á librar el imperio de aquel monstruo.

Constantino, ya muy inclinado al Cristianismo por las exhortaciones del gran Osio, Obispo de Córdoba y confesor de Santa Elena, madre del mismo emperador, reunió un ejército que no pudo ser mayor de 40.000 hombres, para marchar sobre Roma, donde Maxencio formó el suyo de unos 180.000 soldados.

Iba Constantino franqueando los Alpes, muy preocupado de la suerte de su empresa; porque si bien era grande el valor de los españoles y galos que componían su ejército, era temible el número de los soldados de Maxencio.

«Estas reflexiones,—dice su contemporáneo y biógrafo Eusebio de Cesaréa, en la vida que de él escribió (c. 28 y 29) —convenciéronle de que para triunfar de Maxencio había menester fuerzas superiores á las de sus armas, y entonces levantó sus ojos á la Divinidad, acordándose de que su padre Constancio había menospreciado el culto de las impotentes divinidades del imperio y honrado toda su vida al Dios Supremo, el cual le colmó de señalados favores. Invocó, pues, al Dios de su padre, suplicándole con vivas instancias que le protegiese en aquellas circunstancias gravísimas; y mientras así oraba con humildad profunda, Dios hizo aparecer á sus ojos una señal por extremo sorprendente, de la que luego nos dió fe con solemne juramento el mismo emperador».

La verdad de la historia no necesita acogerse á este juramento para su incontrastable firmeza, porque la aparición se verificó en medio del día, brillando el sol en todo su esplendor, y fué vista por todo el ejército lo mismo que por Constantino. Era una Cruz que se destacaba resplandeciente en los cielos encima del sol, como si éste le sirviera de peana, y había en ella una inscripción de letras de fuego que decía: IN HOC SIGNO VINCES; *Con esta Enseña vencerás.*

Perplejo estaba Constantino sobre el significado de esta visión; pero el mismo Dios de la Cruz se la explicó, apareciéndole en sueños por la noche con la misma enseña que al mediodía le mostró en el cielo, y

mandándole que hiciese un estandarte coronado de esta misma señal, para servirse de él en los combates como prenda segura de victoria.

Ningún crítico ni incrédulo se atrevió jamás á negar estos hechos tan bien probados, ni siquiera Juliano el Apóstata, hasta que trece siglos después vino el infame Voltaire á fingir que los ponía en duda. No defendamos la verdad de la aparición; sería rebajarla: baste entregar á Voltaire y su escuela al más bajo desprecio.

Constantino mandó poner al punto en sus estandartes la Cruz con el monograma de Cristo, y construyó uno especial en forma de Cruz, á que dió el nombre de *Lábaro*. No se sabe qué significado tenía esta palabra; pero desde entonces se llamó *Lábaro* el estandarte de los emperadores cristianos, y por extensión suele darse el mismo nombre á toda bandera de cruzados coronada por la santa Cruz.

«Mandó Constantino, dice el P. Mariana, que el estandarte real, que llamaban lábaro y los soldados le adoraban cada día, se hiciese en forma de Cruz. De esta ocasión y principio, como algunos sospechan, vino la costumbre de los españoles, que escriben el santo Nombre de Cristo con X y con P griega, que era la misma forma del lábaro. Compruébase esto por una piedra que en Oreto, cerca de Almagro, se halló de tiempo de Valentiniano el Segundo, donde se ve manifiestamente cómo el Nombre de Cristo se escribía con aquellos nombres y abreviatura».

Fortalecido Constantino por estas visiones y promesas del Dios de los cristianos, baja los Alpes, marcha impertérrito sobre Roma, y á nueve millas de ella, en *Saxa rubra*, encuéntranse los dos ejércitos. La religión antigua y la nueva se miran frente á frente en las orillas del Tíber, á vista del Capitolio; los soldados de Júpiter Capitolino y de Cristo Crucificado van á decidir cuál de los dos cultos debe dominar en el mundo; el Lábaro se levanta por encima de todas las banderas; ha empezado apenas la batalla, y el ejér-

cito de Maxencio es hecho pedazos por las tropas de Constantino; triunfan los cuarenta mil de los ciento ochenta mil, y el mismo tirano, huyendo, cae del puente Milvio y perece ahogado en el Tíber. La Cruz ha vencido, la Cruz va á dominar al mundo, la Cruz será en adelante garantía de victoria para los ejércitos cristianos: *In hoc signo vinces.*

Constantino entra triunfante en Roma con universal regocijo del Senado y del pueblo, que le saludan *Libertador de la patria*, y su primer cuidado es rendir público y solemne tributo de acción de gracias al Autor de su victoria; coloca la Cruz sobre el Capitolio; erige en la plaza pública un monumento en honor de la Santa Cruz, y al pie hace grabar esta inscripción:

«Por este Signo de salud, fortaleza de mi fortaleza, he salvado la ciudad, librándola del yugo de la tiranía; he devuelto la libertad al Senado y al pueblo de Roma; he restablecido el imperio en su antigno estado de nobleza y de gloria».

Constantino se había convertido á Jesucristo y proclamado el imperio de la Cruz; no tardaría en convertirse todo el imperio; mas quedaba todavía en Oriente el emperador Licinio, triunfador de Maximino, que murió en la derrota, y era menester que Constantino convirtiese sus armas contra el victorioso tirano oriental. Tomó, pues, cincuenta hombres escogidos de su guardia pretoriana, los más fornidos, bravos y amantes de la Cruz, y les confió el Lábaro para que lo custodiasen y enarbolasen en los campos de batalla. Llamáronse CRUCIFEROS estos abanderados, casi todos españoles; y según testifica el citado Eusebio, donde quiera que ellos levantaban la gloriosa Enseña, al punto el enemigo emprendía precipitada fuga.

Una sola vez parece que el enemigo no huyó, y fué para que se obrase un milagro estupendo. El mismo Eusebio lo cuenta con palabras del propio empe-

rador Constantino. El que llevaba el Estandarte, olvidando que ninguno de los abanderados fué jamás herido mientras lo sostenía, y espantado al ver la horrible mortandad que las flechas enemigas hacían en derredor suyo, entrególo á otro abanderado y apeló á la fuga; pero al mismo punto una flecha enemiga le atravesó el corazón. El que tomó la Enseña ó Lábaro permaneció firme; el asta de aquel divino estandarte quedó erizada de flechas; y siendo tantas las que había en un palo, ninguna tocó al Lábaro ni al abanderado. Por fin el enemigo fué despedazado, y el ejército vencedor adoró la Cruz con todo el fervor que tan patente milagro le infundía. Con tan manifiesta protección del Dios de la Cruz, Constantino había de triunfar necesariamente de Licinio.

«Con diversos pretextos, dice D. Modesto Lafuente, se encienden varias guerras entre estos dos emperadores: en todas va venciendo Constantino, hasta obligar á su rival á deponer la púrpura, humillado á las plantas del vencedor. Poco después murió ahogado Licinio, viniendo á quedar así Constantino dueño y señor único del imperio. Ya la religión de Cristo cuenta con la protección de la púrpura imperial, antes enemiga y perseguidora. El principio civilizador de la humanidad ha subido desde la cabaña de Galilea hasta el trono de los Césares; se anunció bajo Augusto, y se entronizó con Constantino. Un santo alborozo se difunde por toda la cristiandad; las persecuciones han cesado; ya pueden los sacerdotes y los fieles salir de las sombras de las catacumbas á celebrar sus ritos á la luz del día en templos erigidos y dotados por el mismo emperador; la Cruz se ostenta sobre los edificios públicos, y el Lábaro ondea en los campamentos de los soldados».

III

Milagros de la Santa Cruz.

No vamos á referir los innumerables que se leen en las crónicas cristianas y libros de edificación, sino

solamente tres ó cuatro que hacen muy á nuestro intento. Empecemos aquí por el que dió á conocer á Santa Elena cuál era la verdadera Cruz de Cristo nuestro Bien.

En cuanto al origen de la Santa Cruz, hay varias versiones, todas muy respetables, y fundadas todas en la tradición de que este árbol de vida era un tronco del mismo árbol de muerte, cuyo fruto hizo caer en pecado á nuestros primeros padres. La crítica no tiene gran cabida acerca de estas tradiciones, por la escasez que hay de datos y elementos de criterio. Quédese, pues, la piedad con sus devotas creencias; y en cuanto á nuestra opinión, que es la de San Vicente Ferrer, habrán visto nuestros lectores la leyenda que arriba, art. I, publicamos, aceptando una de las indicadas versiones.

Pocas noticias han llegado á nosotros acerca del culto de la Santa Cruz en los tres primeros siglos del Cristianismo; y á juzgar por el silencio de los monumentos é historiadores, parece que se descuidó generalmente descubrir el paradero de la verdadera Cruz. Así convenía en aquellos siglos idólatras, para que el culto del sagrado Leño no diese á unos ocasión de idolatrar, ni á otros pretexto de calumniar con este motivo la devoción de los fieles; pero triunfó Constantino, se convirtió el imperio, la Cruz iba á ser glorificada por todo el mundo, y con esto era llegada la hora de que apareciese el verdadero Leño de nuestra redención. Para ello destinó el Señor á la Emperatriz Santa Elena, madre de Constantino, inglesa según unos y española al decir de otros, pero de todos modos hija espiritual del español Osio, que fué la más notable figura de aquellos tiempos.

Ahora bien; ¿cómo había desaparecido la Santa Cruz? Muy sencillamente. Era costumbre de los judíos enterrar las cruces muy cerca del cadáver de los que en ellas eran ajusticiados; esto se hizo con la del Sal-

vador, y enterrada quedó por espacio de tres siglos. Los cristianos, sin embargo, tenían tal devoción á visitar los Lugares Santos donde se obró nuestra redención, que el emperador Adriano, para vejarlos y acabar con las peregrinaciones, hizo nivelar la cumbre del Gólgota y erigir un gran templo á Venus, en cuyo perímetro estaba encerrado el sitio donde Cristo fué sepultado. En el sitio donde se levantó la Cruz erigióse una gran estatua de Júpiter.

Resuelta, pues, Santa Elena á no perdonar medio de hallar el precioso tesoro de la Cruz, visitó los Santos Lugares el año 315 según Eusebio, ó 326 según Baronio, y teniendo ya más de setenta años de edad. Hizo entre los habitantes de Jerusalén minuciosisimas indagaciones, consultó el caso con personas competentes, y por fin adquirió el convencimiento de que, descubriendo el Sepulcro del Salvador, bien cerca hallaría la Santa Cruz. En consecuencia, hizo demoler el templo de Venus y derribar la estatua de Júpiter; quitados todos los escombros, hiciéronse grandes excavaciones, y después de mucho trabajo se halló el Santo Sepulcro.

Junto á él había tres cruces; los clavos que sirvieron para la crucifixión del Señor, así como el rótulo del *Inri*, allí estaban también; pero sueltos, de modo que no se sabía cuál de las tres cruces era la del Salvador. En estas dudas, San Macario, Obispo de Jerusalén, tuvo la inspiración de llevar las tres cruces á casa de una distinguida dama que estaba muriendo; y encomendando al Señor con ferviente plegaria el buen éxito de su tentativa, aplicó una por una las cruces á la moribunda. Nada obraron en ella las dos primeras; mas así que se la puso en contacto con la tercera, de repente se levantó perfectísimamente sana.

Transportada de gozo Santa Elena por este milagro que descubría la verdadera Cruz, emprendió en seguida la edificación de un grandioso templo en el

mismo lugar donde fué hallada, y en él depositó el santo Madero, encerrado en un riquísimo estuche. La crítica anticristiana no ha podido jamás hincar el diente en estos sucesos, demasiado públicos y auténticos para que racionalmente puedan ponerse en tela de juício. La Iglesia Católica celebra este acontecimiento el día 3 de Mayo, con el título de *Invención de la Santa Cruz*.

No muchos años después, en 365, agitado el mar por horrible tormenta, lanzaba sus furibundas olas tierra adentro en las costas de la Dalmacia. La ciudad de Epidauro, invadida por estas olas gigantescas, estaba anegándose y cayendo derruída. Espantados los vecinos, corren á la celda de San Hilario, hácenle salir al teatro de la devastación y le ponen ante aquellas olas impetuosísimas. El santo hace tres cruces en la arena, extiende los brazos hacia el mar, y las olas, rugiendo y entumeciéndose, se elevan como inmensa montaña y en seguida se deslizan mansamente á su nivel, y se calma el abismo proclamando el poder de la Cruz sobre los desencadenados elementos. Este es uno de los primeros milagros que narran las historias, después de los del Lábaro de Constantino y la invención de Santa Elena.

Quince años después, ó sea en 380, acontecía el primero de los ruidosos milagros de la Santa Cruz que la historia nos recuerda obrados en favor de un individuo. Era éste una mujer pecadora, cuya corrupción pública no obstante, quiso adorar la Cruz en la Iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén. No pudo lograr su intento María Egipciaca, este era su nombre. Por más esfuerzos que hizo para entrar, una fuerza misteriosa la tenía como clavada en el suelo á vista del público. Comprendiendo ella la causa, allí mismo pidió á Dios perdón de sus pecados, con firme promesa de repararlos, y entonces pudo entrar, adoró á su Dios, le juró fidelidad, y no faltó á su palabra.

Fué una gran Santa. Los Padres del segundo Concilio de Nicea invocaron este milagro de la conversión de Santa María Egipciaca en prueba de la santidad del culto de las imágenes.

Pasemos siglos, que no hay lugar para darlo á los milagros insignes que narran las crónicas, y vengamos á San Francisco Javier. Anunciaba este gran Santo el Evangelio en el reino de Travancor, á la sazón que los badages, tribus ferocísimas, invadieron el territorio. Toma el Santo un Crucifijo y sale al encuentro de los bárbaros, seguido de muchos cristianos; manda de parte de Dios á los salvajes que retrocedan al punto, y aquellas hordas, llenas de terror, huyen en desorden y abandonan el país para siempre.

¿Quién no tiene noticia de lo acontecido á mediados del siglo XIX en Lyón al Padre Jandel, que penetrando autorizado en una logia masónica presidida por el demonio en persona, le hizo huir despavorido mostrándole la Cruz?

«La cruz de Jesucristo, exclama San Agustín, tiene una virtud sobrenatural para poner en fuga á legiones de demonios, para darnos fuerza con que vencerlos y preservarnos de los lazos que nos tienden». «Armado de la Cruz, dice San Gregorio Nacianceno, no temo nada, no temo á nadie, y digo al demonio: huye de mí, pérfido, si no quieres que te eche á tierra con esta Cruz, á cuya presencia tiembla todo tu imperio».

Católicos, hermanos míos, ¿habrá sido alguna vez tan necesaria como hoy la fe en la virtud de la Santa Cruz, para vencer al infierno desbordado que donde quiera nos persigue y avasalla?

IV

Apariciones de la Cruz en Jerusalén.

Remontémonos otra vez al siglo IV. El 7 de Mayo del año 351 apareció en los aires de Jerusalén,

encima del monte Calvario, una Cruz luminosa, de que fué testigo toda la ciudad. Su Obispo San Cirilo juzgó oportuno enterar del prodigio al emperador Constancio, y al efecto le dirigió la siguiente carta:

«El día de Pentecostés (7 de Mayo) hacia las nueve de la mañana, apareció en el cielo una Cruz luminosa que se extendía desde el monte Calvario hasta el monte Olivete (unos cuatro kilómetros). No la vieron una ó dos personas solas, sino toda la ciudad; ni fué, como pudiera creerse, uno de esos fenómenos fugaces que se disipan al momento, sino que brilló por espacio de muchas horas seguidas á vista de los expectadores, y con tal resplandor, que los rayos del sol no podían aminorarlo; es decir, que brillaba más que el sol, puesto que la luz de éste no pudo desvanecerla.

»Todos los habitantes de Jerusalén, penetrados de un santo temor y alegría espiritual, corrieron en tropel á la iglesia. Jóvenes y viejos, hombres y mujeres, y hasta las vírgenes alejadas del mundo, ciudadanos y extranjeros, cristianos é infieles, pues aquí hay gentes de todas las naciones y creencias, á una vóz publicaban las alabanzas de Nuestro Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, verdadero autor de los milagros; y reconocían que la fe de los cristianos no se funda en los discursos persuasivos de la sabiduría humana, sino en pruebas claras de la intervención divina; y confesaban que no son los hombres solamente los que propagan esta fe, sino también el testimonio de Dios que con tales milagros la confirma.

»Nós, que habitamos en Jerusalén y con nuestros propios ojos vimos el milagro, hemos dirigido á Dios, Soberano Señor del universo, nuestros homenajes de adoración y acción de gracias, y seguiremos tributándolos á su Hijo Unigénito, al mismo tiempo que desde estos santos lugares le dirigimos nuestros votos y se los dirigiremos siempre, por la prosperidad de vuestro feliz reinado. Nós hemos creído que no nos era lícito guardar silencio acerca de tan patente milagro; por eso desde el día en que apareció resolvimos comunicar la maravillosa noticia á un príncipe de tan excelente piedad, á fin que, edificando sobre el sólido fundamento de su fe, la noticia de este prodigio divino le confirme y dé mayor confianza en Nuestro Señor Jesucristo».

Las últimas palabras parecen aludir á las opiniones heterodoxas de Constancio, enemigo declarado de la Iglesia Católica y ardiente fautor del arrianismo; pero ocurría un hecho que San Cirilo ignoraba, y es que

en el instante mismo de la aparición de la Cruz, aquel emperador se hallaba en Panonia con su ejército, presenciando desde allí la aparición de Jerusalén, y próximo á librar batalla contra el tirano Magnencio, que, al frente de un formidable ejército de paganos, quería hacer un supremo esfuerzo para restablecer la religión de los dioses del Olimpo y del Capitolio. Entrambos ejércitos vieron la Cruz aparecida, según la Crónica de Alejandría, que da detalles de que San Cirilo no hace mención, tales como el de estar la Cruz rodeada de una corona semejante á un arco iris.

Sócrates el Escolástico habla asimismo de esta Cruz en su *Historia Eclesiástica;* y el arriano Filostorgo se ocupa del suceso en los mismos términos que Sócrates, bien que añade algunas particularidades como la siguiente: «Esta aparición fué vista claramente por los dos ejércitos, poniendo un espanto indecible en el corazón de Magnencio y de sus soldados, sectarios todos del culto de los ídolos, al paso que á Constancio y sus gentes infundió un valor indomable». Es de presumir cuál sería el efecto del espanto de unos y ánimo de otros: Magnencio fué horriblemente derrotado; la santa Cruz dió á las armas cristianas una nueva victoria de recuerdo imperecedero.

El calendario de la Iglesia de Oriente, que refiere este milagro y parece haber copiado la carta de San Cirilo, fija su conmemoración á 7 de Mayo y usa de expresiones tan bellas como esta:

«La tierra fué un día santificada por la erección de la Cruz, y después lo fueron los aires por la aparición de ella».

La sana crítica ha puesto constantemente estos sucesos entre los más auténticos é indiscutibles; de ellos nadie hasta hoy ha podido dudar racionalmente. Cierto que Constancio era hereje, y por tanto, indigno de tan gran favor; pero es menester advertir que el imperial hereje capitaneaba un ejército de soldados

cristianos y casi todos católicos, que iban á luchar con el ejército de los abominables dioses del paganismo. Quizá contra la intención de Constancio, era aquella una guerra de la Cruz contra el demonio, de la Iglesia contra el error, y la Cruz triunfó con sólo aparecer en el aire.

Pasemos ahora al tiempo de Juliano el Apóstata. Todo el mundo sabe que este enemigo mortal de Jesucristo quiso dar un mentís á las maldiciones lanzadas contra el templo de Jerusalén por el Hijo de Dios, que había declarado no quedaría allí piedra sobre piedra. Juliano osó emprender su reedificación; mas he aquí lo que en su oración IV nos refiere entre otros San Gregorio Nacianceno, condiscípulo del furioso César:

«Un torbellino de viento que se levantó de repente y un violento terremoto hicieron dejar la obra, cuando aún se hallaba en los cimientos.—Una circunstancia referida por todos, y en la que todo el mundo conviene unánimemente, es que cuando los trabajadores apelaron á la fuga para evitar el peligro que les amenazaba, salió un fuego de los fundamentos del templo, bien pronto llegó á ellos, consumió á unos, mutiló á otros, dejándoles á todos las más visibles marcas de la cólera del cielo. Tal fué el acontecimiento: nadie sea tan incrédulo que ponga en duda este prodigio, á menos que igualmente no quiera dudar de otras obras milagrosas de Dios.

»Pero lo que hubo aquí de más notable y pasmoso fué una luz que apareció en el cielo en forma de Cruz encerrada en un círculo; este signo augusto que habían mirado los impíos como un oprobio en la tierra, estaba á la sazón elevado en los cielos, y patente á la vista de todos los hombres, como un trofeo de la victoria del Omnipotente sobre sus enemigos; trofeo el más ilustre y el más brillante que jamás hubo.

»Hay más; los que estaban presentes y miraban el prodigio hacen ver aún en el día las cruces que se imprimieron en sus vestidos. Cuando aquellos que se encontraban entonces allí, fueran fieles ó infieles, consideraban aquellas marcas en los otros, bien pronto vieron con sorpresa la misma señal en ellos mismos y en sus vecinos. Estas señales eran una luz brillante impresa en el cuerpo ó las vestiduras, que sobrepu-

jaba por su lustre y su belleza á todo cuanto el arte y la habilidad pueden dar de fino en un dibujo ó bordado».

He ahí lo que refiere el ilustre Doctor de la Iglesia con el candor de los hijos de Dios. Esto no impide al demasiado famoso Doelinger rebuscar una explicación natural de la aparición y aplicación de aquellas cruces, en sus *Orígenes del Cristianismo*. En lo cual le imita considerable número de cristianos reputados católicos, que creen en Jesucristo Dios, pero tienen suficiente despreocupación y desvergüenza para poner en duda ó negar estas intervenciones del Dios de la Cruz en favor de la Iglesia y de la Patria, y de los ejércitos que santamente las defienden.

V

Exaltación de la Santa Cruz.

Tal es el título de la festividad que la Iglesia celebra el día 14 de Septiembre, festividad que inauguró la Iglesia griega ya en los tiempos de Constantino, al parecer, y que después cobró gran esplendor y pasó al Occidente, con motivo del triunfo en que acabó la guerra librada por el emperador Heraclio contra los persas, desde el año 621 al 629.

Cosroes II, rey de Persia, y llamado por sus mismos cortesanos «Azote del género humano», se apoderó de Jerusalén, incendió las iglesias de la ciudad santa, se llevó cautiva gran parte de la población, robó todo lo que pudo haber á mano, en especial los vasos sagrados, cometió un sinnúmero de crueldades inauditas, y lo que fué más de lamentar, llevóse consigo el santo leño de la verdadera Cruz, con la riquísima caja de plata en que se guardaba cerrado y sellado.

Reos de muchos pecados eran así los cristianos de

Jerusalén como, en general, los demás del imperio, y Dios les castigó con tan terrible azote y les quitó aquel Arbol de vida que no eran dignos de poseer. Pero dispuso la divina Providencia que el santo Zacarías, Patriarca de Jerusalén, fuese del número de los cautivos, para que no faltase al santo depósito de la Cruz un vigilante guardián.

Prosiguiendo Cosroes sus conquistas, se apoderó del Egipto y de cuantas provincias romanas había entonces en Asia y Africa, y no tardó en volver al Oriente griego y poner á Constantinopla en trance apuradísimo. El emperador Heraclio se acobardó de tal suerte, que dispuso fugarse precipitadamente; y lo hubiera efectuado, á no impedírselo en público el Patriarca Sergio, que asiéndole del brazo le conjuró en nombre de la Religión que cumpliese con sus oficios de emperador.

Este arranque levantó los ánimos abatidos, resonó por todas partes el grito de guerra, cobró Heraclio insólito valor, diéronle los ricos alhajas y dinero, los monasterios y las iglesias le hicieron donación de los vasos sagrados para convertirlos en moneda con que ocurrir á los gastos, y poco después Heraclio pasó el Bósforo con fuerte ejército para oponerse á la devastadora marcha de Cosroes.

Una vez al otro lado del estrecho, reunió su ejército, y tomando en sus manos el Lábaro santo, juró por el Dios de la Cruz, en presencia de sus electrizadas legiones, combatir al frente de ellas hasta morir ó vencer, sin abandonarlas nunca, nunca, más que para conducirlas á la victoria si permanecían fieles al divino Rey de la Cruz.

Desde entonces, trasformado su ejército de cristiano tibio en fervoroso, de apocado en valiente y de indisciplinado en modelo de disciplina, paseó de victoria en victoria el estandarte de la Cruz por el Asia, mientras en Europa se oraba públicamente por el

triunfo de las armas imperiales. La ira del Señor aplacada, iban los cristianos á reconquistar lo perdido.

El entusiasmo religioso del ejército de la Cruz, dirigido por la ciencia de los combates y protegido por el Señor Dios de los ejércitos, hizo prodigios, obró milagros, destrozó en solas tres batallas los tres formidables ejércitos reunidos sucesivamente por Cosroes, el cual al fin murió asesinado por su propio hijo Siroes. Este pidió la paz á Heraclio, el cual se la concedió, haciendo al reino persa tributario del imperio, recobrando todos los cautivos y todos los territorios usurpados por Cosroes; y sobre todo, rescatando el Madero venerable donde murió crucificado el Redentor del mundo.

El Patriarca Zacarías, libre de su dura cautividad, acompañó hasta Constantinopla el precioso Depósito de que con tan admirable solicitud había cuidado en la Persia; y terminada con esto su misión, falleció en llegando á la corte imperial. La caja de la santa Cruz fué respetada mientras estuvo en poder de Cosroes y bajo la vigilancia de Zacarías; los sellos estaban todavía intactos cuando se decidió retornar la santa Cruz á Jerusalén, lo cual verificaron en la primavera del año 629 el mismo emperador Heraclio y el Patriarca Modesto, sucesor de Zacarías.

Un milagro se verificó al ir á poner la Cruz en el mismo lugar en que la había colocado la emperatriz Santa Elena; de este milagro, así como de los acontecimientos hasta aquí referidos, dan fe el Breviario y los antiguos historiadores Cedreno, Zonara, Suidas, Nicéforo, Glycas, Teófanes, Adón, Sigeberto, Surio y otros muchos.

Fué que, habiendo querido Heraclio llevar sobre sus hombros con grandísima pompa el santo Madero, así que llegó á la puerta de la ciudad por donde se va al Calvario, repentinamente aumentó de tal manera el peso de la Cruz, que el emperador no pudo adelantar

un paso por más esfuerzos que hizo. Atónito se quedó el imperial devoto, no menos que la inmensa muchedumbre presente, no sabiendo á qué atribuir aquel prodigio; mas el Patriarca Modesto, reparando en el oro, púrpura y piedras preciosas de que iba cubierto el emperador, díjole: «Señor, ¡no sea que ese ornato que ostentáis esté poco en armonía con la pobreza y la humildad de Cristo caminando cargado con la Cruz!»

En efecto; habiéndose descalzado Heraclio y puéstose un pobre vestido, pudo llevar como ligera carga el sagrado Leño montaña arriba, hasta el mismo lugar en que fué fijado cuando el Redentor del mundo murió clavado en él. Se aviene mal la pobreza de la Cruz con la ostentación de las riquezas; los pobres han de regenerar con la Cruz el mundo, no los ricos con el poder de sus riquezas.

VI

La batalla de las Navas.

Para la corta descripción que la escasez de espacio nos permite hacer de esta memorable batalla ganada por la virtud de la Santa Cruz, creemos del caso ceder la palabra á los padres Flórez y Mariana. Dice el primero en su *Clave historial:*

«El Arzobispo de Toledo D. Martín, había hecho una entrada por tierra de los moros, en que salieron éstos maltratados. Para vengar estos daños, pasó á España el Miramamolín de Africa, Aben Juzeph, que logró algunas ventajas contra el Rey de Castilla; y lisonjeado del feliz auspicio, volvió al año siguiente á otra campaña con más crecido número de almohades, árabes y aun etíopes. No bastaba Castilla contra tantos. Castilla y Aragón hicieron treguas con los moros.

»Acabadas las competencias entre los Reyes Católicos, se acababan también las treguas con los moros, previniéndose

unos y otros. Mahomad, hermano de Aben Juzeph, que era ya Miramamolín, juntó tanta multitud de combatientes, que se prometía acabar con cuantos adoraban la Cruz, y hacer luego prisioneros á tres Reyes. Unense los reyes de España; pasa el Arzobispo D. Rodrigo á brindar á los Principes cristianos á esta guerra sagrada; trae de Roma la indulgencia de la Santa Cruzada; crúzanse los caminos de innumerables tropas; previene el Rey Alfonso para los bagages no menos que setenta mil carros; á las fuerzas se añaden oraciones y ayunos; concurre el Cielo enviando, según se creyó, á San Isidro Labrador en traje de pastor, para que venza montes de dificultades en las marchas; llegan en fin á las llanuras de las Navas de Tolosa, donde descubriendo el campo del enemigo, descubrieron también lo majestuoso y precioso de la tienda del Miramamolín, que sobre lo fuerte del sitio en que estaba sentada, se hallaba circunvalada toda de cadenas y de los más esforzados alfanges de su ejército.

»Alentaron unos y otros á los suyos: el Cielo, dicen algunos, representó á los nuestros en el aire el estandarte del triunfo, que es la Cruz; y á los toques marciales de unos y otros, se siguieron los primeros encuentros, en que prevaleció la fuerza del contrario, para que luégo sobresaliese el triunfo de los nuestros. Recóbranse, reúnense, revístense de los últimos esfuerzos, avanzan como debían avanzar, soldados con la lanza y espada, cristianos con la Cruz y el Real Estandarte de María. Caen los bárbaros que no pueden huir; huyen cuantos no llegan á caer; truécase en retaguardia la vanguardia; síguenlos y persíguenlos los nuestros; mueren unos doscientos mil moros, sin que hubiese de parte de los nuestros más pesar, que el que entre tanto ejército sólo murieron por Cristo veinticinco, dudándose de treinta. Y pasó más allá de la batalla la victoria, pues pasando á Ubeda, que jamás supo ser vencida, fué tomada con muerte de setenta mil moros».

«Otra maravilla, añade el P. Mariana en su *Historia General de España;* que con quedar muerta tan grande muchedumbre de moros, que no se acordaban de mayor, en todo el campo no se vió rastro de sangre, según que lo atestigua el mismo Don Rodrigo. Algunos escriben que ayudó mucho para la victoria la señal de la Crnz que de varios colores se vió en el aire así que querían pelear. Otros refutan esto por no hacer el Arzobispo Don Rodrigo mención de cosa tan grande. Verdad es que todos concuerdan en que Pascual, á la sazón canónigo de Toledo, y que después fué Deán y Arzobispo, con la Cruz y guión que llevaba, como es de costumbre, delante del Arzobispo Don Rodrigo, pasó por los escuadrones de los enemigos dos veces sin recibir algún daño, dado que todos le pretendían

herir con sus dardos; y muchas saetas que le tiraban quedaron hincadas en el asta de la Cruz, cosa que á los nuestros dió mucho ánimo y puso grande espanto en los moros».

Se ve por lo dicho que los buenos historiadores no garantizan el hecho de la aparición de la Cruz en los aires; pero no contradicen la opinión afirmativa, sino que la respetan, pues en realidad se conforma con las reglas críticas. Aunque la aparición de la Cruz no pudiera sostenerse, no por eso la crítica católica dejaría de atribuir terminantemente el triunfo á la virtud de la santa Cruz, merced á las oraciones y penitencias arriba indicadas, que en los reinos españoles se hacían públicamente, y á las que se hacían en Roma; de las cuales la *Historia Eclesiástica* de D. Vicente Lafuente dice lo que sigue:

«Mientras que los cruzados españoles ganaban las alturas de Sierra Morena de un modo que se creyó milagroso, el Papa Inocencio III, cual otro Moisés, elevaba sus brazos al cielo por el triunfo de aquellos españoles, los cuales iban á combatir medio millón de musulmanes, que juraba poner la media luna sobre el templo de San Pedro en Roma y convertirle en establo de sus caballos. En la rogativa que se hizo por el triunfo de los españoles, el Papa iba á pie descalzo y llevaba en sus manos el santo madero de la Cruz; se impuso á todos los romanos un día de riguroso ayuno, y el Papa celebró de Pontifical para los hombres en la iglesia de Letrán, mientras que todas las mujeres, sin exceptuar las monjas, asistían á los oficios en la iglesia de la Santa Cruz.

»La Providencia oyó los gemidos del Padre de los fieles y la confianza de los Prelados, y vió con gratos ojos el esfuerzo de aquellos Cruzados, que antes de entrar en acción se habían purificado con la oración y la penitencia. Sopló el viento de su ira, y medio millón de musulmanes corrió aguijado de las picas de los cristianos, favorecidos visiblemente por la protección del cielo. El estandarte del Amir-Anasir fué colocado como trofeo en el templo mismo de San Pedro en Roma, donde el bárbaro pensaba enarbolarlo en señal de triunfo, y la Iglesia de España, en memoria de tan gran suceso, solemniza el día 16 de Julio el triunfo de la Santa Cruz, en memoria del que consiguió en las Navas en igual día del año 1212».

VII

La Cruz y las Españas.

El divino poder de la Cruz no dió la victoria á nuestros antepasados únicamente en la memorable jornada de las Navas, sino en todas cuantas victorias alcanzaron de musulmanes, infieles y herejes. Al hecho de las Navas hemos consagrado un artículo especial, dándole la preferencia, porque la Iglesia lo preparó con sus oraciones y sus indulgencias de Cruzada y luégo lo aceptó en su liturgia, para que en lo sucesivo glorificasen al Rey de Reyes los españoles con la fiesta del *Triunfo de la Santa Cruz*.

La Cruz ha sido siempre la Bandera de las Españas. Pelayo se levantó en Covadonga enarbolando la Cruz, una sencilla Cruz de roble que sirvió de guión y enseña á sus heroicos soldados. Tenía la seguridad de vencer con ella, porque según autorizada tradición, junto á Cangas de Onís se le apareció en los aires *La Cruz de las Victorias*, como al emperador Constantino, antes de replegarse con sus bravos en Covadonga.

La restauración de Pelayo fué obra de la Santa Cruz; tan convencidos de ello estaban los héroes de Asturias, que á la enseña de su caudillo pusieron por nombre *La Cruz de las Victorias*, y para ensalzar su memoria le consagró D. Favila el templo de la Santa Cruz en las inmediaciones de Cangas, en el mismo sitio donde su padre la vió en los aires.

Un siglo después, llevóla D. Alonso III al castillo de Gauzón, atalaya de Asturias, guarneciéndola con planchas de oro y rica pedrería y poniendo en ella una inscripción en forma de cruz, donde se lee: «*Con esta señal es protegido el pío; con esta señal es vencido el enemigo*».

Siguió la Santa Cruz decidiendo con la victoria nuestras batallas durante dos siglos. Pensando entonces Alfonso el Casto demostrar la gratitud de la renaciente España al divino Rey de la Cruz con una joya mejor que la Cruz de las Victorias, ideó construirla del oro y pedrería cogidos á los moros, cuando, según la tradición, dos ángeles disfrazados de peregrinos se le aparecieron y ofrecieron á construirla; consintiólo él, y en un instante la halló hecha tal como hoy se ve, habiendo desaparecido los dos ángeles: por este hecho se la llama *Cruz Angélica*.

Discute este origen la crítica; pero lo indudable es que debemos la Cruz Angélica á la devoción del Rey Casto y que por su mérito artístico é histórico es una de las primeras joyas de la arqueología patria. Entre los versos de su inscripción se leen los mismos que en la Cruz de las Victorias: *Hoc signo tuetur pius; hoc signo vincitur inimicus*.

La restauración pirenaica no fué menos obra de la Cruz que la cantábrica. He aquí lo que á este propósito copiamos del grave autor últimamente citado:

«Entre todos estos hechos descuella una tradición que los habitantes de aquellos países han mirado siempre con una veneración singular. El primer caudillo de aquella insurrección, á quien apellidan Garci-Jiménez, deseando acreditar el acierto de la elección que en él había recaído, avanzó con unos seiscientos hombres hasta la villa de Ainsa, de que se apoderó por sorpresa. Noticiosos los Sarracenos de aquel golpe de mano, acudieron contra los insurgentes con poderosa hueste: al entrar en acción vieron los Cristianos una Cruz roja sobre una encina; alentados con tal portento, dieron sobre los contrarios, derrotándolos á pesar de su número excesivamente superior.

»Desde entonces, tomaron por divisa la Cruz sobre un árbol; y á creer á los antiguos, la naciente monarquía se llamó, por tanto, de *Sobrarbe*.—El hecho es que la Cruz de Sobrarbe ha sido siempre la principal divisa de la restauración pirenaica, y que el reino de Aragón jamás dejó de usar la Cruz por enseña, aunque de distintas formas, según las épocas y los triunfos que en ellas debió á la divina Providencia. Aquellos pobres cristianos, con este piadoso símbolo manifestaban

esperar tan sólo su independencia del que, muriendo en la Cruz, dió al mundo salud, libertad y vida.

»A la Cruz primera de Sobrarbe sobre una encina, siguió otra Cruz griega antigua, con una espiga en la parte inferior, como para llevarla clavada en un asta. Sucedió á ésta la Cruz roja de San Jorge, flanqueada por cuatro cabezas de reyes moros, como recuerdo de la batalla de Alcoraz, ganada por aragoneses y navarros. Finalmente, las cuatro sangrientas barras en campo dorado, que usó el reino desde su unión á Cataluña, significaban, según San Bernardo, los cuatro palos de la Cruz; pero estas ya no son propiamente las armas de Aragón, sino de los Condes de Barcelona».

Sin la Cruz no se hubiera salvado España; aun hoy sería una especie de Turquía meridional. Propósito firme de todos aquellos antiguos españoles era el que siglos después formuló el gran Aparisi Guijarro de esta manera: *«A la sombra de la Cruz nacimos; á la sombra de la Cruz moriremos»*. Apenas hay una de nuestras gloriosas tradiciones de la Reconquista en que no brille esplendoroso el poder de la Santa Cruz, lo mismo que la protección de la Inmaculada Patrona y Generalísima de las Españas.

Palmo á palmo las reconquistaron nuestros padres al amparo de la Cruz, hasta abatir para siempre en Granada el inmundo pendón de la Media Luna. En memoria de aquella Cruzada, bendecida é indulgenciada por la Iglesia, y de la última victoria de nuestra reconquista, los Reyes Católicos erigieron en Granada la iglesia y el convento de Santa Cruz.

Aquí nos ocurren los siguientes párrafos de un reciente sermón predicado en Madrid por el ilustre y sabio D. Ramiro Fernández Valbuena, Penitenciario de la Primacial de Toledo:

«La publicación de la Santa Bula de Cruzada, que se hace hoy en la capital de la monarquia española, nos recuerda aquella gran epopeya de la lucha de la fe contra la herejia y superstición; la predilección del Cabeza de la iglesia con España, por haber mantenido enhiesta la bandera de la Cruz durante ocho siglos contra la media luna; y el valor heróico de los cruzados que derramaron su sangre en favor de Dios y de su patria.

En ninguna nación cristiana fuera de la nuestra, se conserva la Bula de la Cruzada, no obstante haberse concedido á cuantas tomaron parte en las guerras contra los infieles, que fueron todas las de Europa. Y es que solamente en nuestra España se conservaba la profunda fe en las gracias de la Bula, y se pedía ésta con instancia á la Santa Sede, cuando en los demás reinos había pasado á la historia.

Con esto (la toma de Granada) parecía que debieran haberse terminado las cruzadas en nuestra patria; pero no habían de pasar muchos años sin que los españoles, fieles siempre á las tradiciones de su fe y á las energías de su raza, pidieran otra vez á la Iglesia santa el auxilio de las armas espirituales para vencer á los enemigos de una y de otra; y la Iglesia concede esos auxilios á sus hijos predilectos, para que puedan derrotar á la reforma protestante en la guerra movida por los príncipes alemanes adictos á las doctrinas de Lutero contra el emperador Carlos V; y por no insistir más en este punto, todavía en el último tercio del siglo XVI se concedieron por S. Pío V las gracias de la Cruzada á la armada que combatió en Lepanto bajo la dirección y mando de D. Juan de Austria.

Desde aquella época la Cruzada española ha continuado sin interrupción, aunque en otra distinta forma, ya que nuestros católicos monarcas no han cesado de pedir á los Romanos Pontífices las gracias de Cruzada para sí y para sus vasallos, ni los Papas han dejado de concederlas periódicamente.

Cuanto somos y cuanto valemos lo debemos á la Cruz, y el día en que la Cruz desapareciera de nuestro suelo, éste, tan feraz como el primero del mundo, se convertiría en un Sahara; y nosotros sus habitantes volveríamos al estado de salvajismo de los primeros moradores de la Hesperia.

Pero á la Cruz se la ha declarado guerra sin cuartel en nuestra patria por algunos, por muchos de sus hijos extraviados, hace *más de un siglo*; y así ha ido desapareciendo de los sitios públicos de nuestras ciudades y villas el símbolo de la redención humana y de la libertad de los hijos de Dios, símbolo que no podían mirar sin rabia los hijos de las tinieblas, que consiguieron retirarle de la vista pública, como si fuera un baldón de ignominia para los pueblos.

Ha llegado la hora de una nueva cruzada, no ya contra enemigos exteriores, sino contra nuestros mismos hermanos según la carne. Moisés mandó degollar en un solo día por orden de Dios 23.000 israelitas adoradores del becerro de oro; Matatías y su hijo Judas recorrieron las ciudades de Israel, antes de luchar contra los ejércitos de Siria, y dieron muerte á los impíos y á los perversos, con lo cual se aplacó la ira de

Dios sobre aquel pueblo; San Agustín, que en el terreno científico había derrotado á los donatistas, viendo que éstos se valían de hombres perdidos y desalmados, llamados *circuncelliones*, para acometer y dar muerte á los católicos que no querían pasar al partido de Donato, pidió contra ellos el auxilio del ejército imperial. Por más esfuezos que hizo santo Domingo de Guzmán para convencer y convertir á los albigenses, no fué posible reducirlos á la razón sino por medio de las armas de los Cruzados. Ni tampoco hoy, amados fieles, cesarán los enemigos de la fe en sus tropelías, mientras no sean convencidos con el argumento de las armas.

Nos encontramos en circunstancias análogas á las en que se hallaban los católicos del mediodía de Francia en la época de Santo Domingo de Guzmán, ó en las que se encontraron los católicos alemanes cuando la confederacién protestante que tenía por jefe al elector de Sajonia.

Ahora como entonces se persigue á los religiosos y sacerdotes, se incendian los templos, se impiden los actos del culto externo, y por todos los medios se procura hacer guerra, no ya de ideas por medio de la palabra y de la prensa, que á éstas ya respondemos los católicos en igual forma, aunque no con la valentía que debiéramos, sino guerra externa con actos de fuerza; á los cuales es necesario oponer también la fuerza. ¿No lo veis? ¿no escucháis los gritos salvajes y ensordecedores del ejército enemigo, que se apresta á dar la última batalla y aniquilar la Iglesia de Dios? Asomaos á las cavernas de los trogloditas de nuestro siglo, y oiréis rugidos como de fieras, y conoceréis planes de exterminio que os harán helar la sangre en las venas.

Y nosotros, hijos de los Cruzados, que conmemoramos hoy y celebramos la publicación de la Cruzada, ¿estaremos tranquilos sin aprestarnos á defender nuestros imprescriptibles derechos de hombres y de cristianos? ¿Veremos con indiferencia pecaminosa el avanzar de nuestros enemigos destruyendo sucesivamente, pero sin dar tregua á la mano, las fortificaciones católicas?

No, no ha de ser así. Una nueva Cruzada se impone; y como lo que ha de ser, será, *no faltará un Godofredo que, puesto al frente de las huestes de la Cruz, reconquiste la ciudad santa de la fe; no dejará de presentarse en la hora oportuna un Raimundo de Fitero que sepa unir amigablemente* LA CORAZA DEL GUERRERO CON LA COGULLA DEL MONJE, *y que guiando sus mesnadas de decididos campeones, haga morder el polvo á los más audaces de la nueva morisma; pues* AUN CUANDO ALGUIEN LE CONDENA, LA IGLESIA LE BENDECIRÁ *y colocará en los altares,* **para escarmiento de cobardes y enseñanza de presuntuosos**».

VIII

La guerra de "Los Segadors" (1).

A un catalanista.

¿Y es usted, tan blasonador de su catolicismo y de su catalanismo, el que ignora la gloriosísima historia católica de la gloriosísima Cataluña? ¡Vivir para ver!

Confiesa V. que no alcanza á comprender cómo puede enlazarse la santa Cruz con el Regionalismo catalán, «sin desencajar aquélla de su pedestal religioso y rebajarla á las cuestiones políticas y económicas». No sabe «qué lazo puede haber entre la Religión y la autonomía»; no se explica «por qué hemos de procurar antes la primera que la segunda»; no entiende «por qué razón ó ilusión se ha de esperar que unos cuantos crucíferos que ahora son (somos) inermes y privados de recursos, lleguen á ser tantos y se desvíen tanto de su misión religiosa, que por fuerza de armas venzan á la revolución y establezcan la autonomía administrativa en las regiones iberas».

Amigo mío, parte V. de un funestísimo supuesto herético, cual es el que la Religión debe separarse de la política, que la Cruz es incompatible con la espada, que Dios nada tiene que ver con el gobierno y la administración de los pueblos.

Además, parece que finge V. ignorar lo que hemos publicado sobre el sello católico del Regionalismo, ya considerado en cuanto á los Fueros, ya en cuanto á los Privilegios, etc.

Ni he de explicar aquí lo primero ni repetir lo

(1) Del núm. 6 de *La Señal de la Victoria.*

segundo; de lo uno y lo otro hemos escrito mil páginas, que V. puede leer si desea convencerse. Por toda contestación, ya que V. la desea pública y á muchos puede hacer bien, le recordaré lo que V. parece ignorar: un episodio de la grandiosa historia catalana, ó más claro, el principio de la famosa guerra de *los Segadors*.

Nada digo del desarrollo de aquella funestísima guerra; porque si degeneró en guerra civil de separatismo, los cortesanos del inepto Felipe IV, y en particular su ominoso favorito el Conde-Duque, fueron los verdaderos culpables. Cataluña se vió forzada á separarse de Castilla y acogerse á Francia, so pena de entregar sus códigos de libertad cristiana al pasto de la caballería de Felipe; y si en algo erró, bien demostró su buena fe con las públicas y oficiales rogativas, solemnes fiestas, penitencias y demás, con que en cien ocasiones imploró los auxilios del cielo contra el tiranizador ejército del adulado monarca. Pudo errar, pudo pecar; pero Dios que la quería española, acogió sus plegarias, purificándola terriblemente de su error, con el triple azote de la guerra, de la peste y del hambre, y premiando su fe y su patriotismo con el mantenimiento íntegro de sus Fueros y libertades, bajo el mismo cetro del escarmentado nieto de Felipe II.

Dicho sea todo en honor de Cataluña, señaladamente de Barcelona, á quien por aquella guerra conservan odio profundo los unitaristas del liberalismo, y aun muchos católicos que beben en fuentes históricas adulteradas por los defensores de la licencia gubernativa y enemigos de las libertades regionales.

Ahora bien; ¿por qué se promovió aquella guerra y cuáles fueron los principios? Cien autores lo traen; mas, por lo visto, V. lo ignora, como lo ignoran otros muchos, aun siendo catalanes, y muchísimos más que no lo son. Espanta leer los atroces crímenes de todo género que las tropas de Fernando, acabada la guerra

en el Rosellón, cometían con absoluta impunidad en donde quiera se alojasen. Sin embargo, Cataluña, que contribuyó á la victoria en el Rosellón con 30.000 combatientes pagados á sus expensas, sufría aquel horrible desenfreno de la soldadesca, esperando que de Madrid se pusiera remedio.

¡Vana esperanza! Los crímenes aumentaban por todas partes; incendios, robos, asesinatos, sacrilegios, violaciones en masa, crueldades inauditas, sangre y ruinas, desolación y muerte acompañaban á las tropas por donde quiera. ¿Cómo no había de surgir de tanto estrago la guerra vengadora del oprimido catalán, á quien por todo socorro enviaba la corte insultos gravísimos y le encadenaba con nuevas é inauditas tiranías?

Con todo esto, faltaba un crimen horrendo que agotase la paciencia de los catalanes, y fué cometido en varios infelices pueblos por aquellas turbas armadas. Un documento oficial de aquella época, dice que los segadores, que de todas partes acudían á Barcelona como todos los años, «estaban quejosos de algunos ministros Reales, por las opresiones que éstos les habían hecho en el tránsito de los soldados y *por no haber castigado las quemas del Santísimo Sacramento*».

Mentira parece que soldados cristianos y españoles violasen, robasen, incendiasen tantas iglesias, cometiendo sacrilegios inauditos con el augustísimo Sacramento de nuestros Altares. Esto acabó de exacerbar á los pueblos de la alta Cataluña, especialmente del Ampurdán, y unos en pos de otros, al grito de *¡Viva la Religión!* y capitaneados por la Cruz, alzáronse contra el desmoralizado ejército.

A 22 de Mayo de 1640, llegaron á las puertas de Barcelona tres mil segadores bien armados, de diversos puntos de Cataluña, «llevando á guisa de estandarte,—dicen Coroleu y Pella—la imagen grande de

un Cristo Crucificado, y á voz en cuello gritaban:—*Via fora! Visca la Iglesia! Visca lo Rey, y muyra lo mal govern!* Entráronse por la ciudad y con gran tumulto de voces se alborotó ella totalmente, y cayeron derribadas las puertas de la cárcel á los pies del diputado Tamarit».

Quince días después, fiesta del Corpus, un nuevo atropello irritó á los segadores, los cuales se levantaron contra la tiranía á los gritos de:—*Visca la Santa Mare Iglesia! Visca lo Rey! Muyran los traidors!*

Ya no había remedio; Cataluña en masa tuvo que seguir la causa de los segadores, que era la suya, y empezó formalmente aquella guerra ensañadísima que Felipe IV agravaba con sus absolutistas inepcias, y que no acabó sino con la caída del conde-duque y el desengaño y nueva política del monarca.

Ninguna mira separatista llevaban los segadores. Llenos de fe y patriotismo, saqueados y abrevados de ofensas y deshonras por la soldadesca, levantáronse al ver profanados sus templos y el Santísimo Sacramento; no contra la autoridad, sino por ella; no contra la patria, sino por la patria; no contra el rey, sino por el rey. Levantáronse contra el mal gobierno, contra la tiranía de los áulicos, contra los verdugos de Cataluña; *¡Visca lo Rey y muyra lo mal govern!* Eso gritaban después de dar vivas á la Iglesia, y llevando la Cruz por bandera. El Clero en masa les secundó: la Iglesia vino en socorro de la Patria.

¿Qué le parece á V., buen amigo? ¿Pueden algo los pobres, los desvalidos—bien lo eran *los segadors*—cuando se levantan á luchar por la Iglesia y por la patria enarbolando la Cruz? ¿Y V. que es catalán y catalanista ignoraba esa gloriosa página de la historia de Cataluña? Y si no la ignoraba, ¿cómo V. mismo no respondía con ella á sus preguntas y se explicaba sus vanas dudas?

¡Cuántos hay que se levantan á sabios críticos,

debiendo bajar á alumnos de primera enseñanza! Perdone V., que si V. no merece esta exclamación, la merece el caso.

IX

Otros triunfos de la Santa Cruz.

Evagro y Procopio, antiguos historiadores de crítica ordinariamente severa y de una gran reputación de exactitud, narran un hecho revestido de todos los caracteres de milagro, acaecido en Apamea, ciudad del Asia menor, hacia el año 540.

Cosroes I, llamado el grande, rey de Persia como después lo fué Cosroes II de quien arriba hemos hablado, sitió con fuerte ejército la ciudad de Apamea, después de haber incendiado la de Antioquía y otras poblaciones cercanas. Teniendo la misma suerte los habitantes de Apamea, suplicaron á Tomás, su Obispo, que expusiese á la pública veneración de los fieles la reliquia insigne de la verdadera Cruz que su iglesia poseía, con el fin de elevar sus plegarias al Cielo en presencia del instrumento de nuestra Redención, ó al menos tener el consuelo de adorarle antes de morir.

Tan unánime fué este voto, que el Obispo hizo más de lo pedido; no sólo expuso la veneranda reliquia, sino que diferentes veces la llevó en procesión por la iglesia, elevándola sobre su cabeza para que todos la viesen y adorasen. La afluencia era considerable cada vez que se hacía esta ceremonia; y lo raro hubiera sido que no acudiese la ciudad en masa, pues la sagrada reliquia aparececía siempre rodeada de llamas ardientes como las de un violento incendio.

Pero las llamas fueron preservativas, porque Cosroes desapareció de un modo inesperado, y Apamea se vió libre de las violencias de aquel tirano; en testimonio de lo cual, y del reconocimiento de la ciudad

al Dios de la Cruz, se erigió en el ábside mismo de la iglesia un monumento conmemorativo, con una inscripción que perpetuase la memoria del milagro. Cedreno afirma que la milagrosa Cruz de Apamea fué trasladada á Constantinopla, corriendo el año noveno del imperio de Justino II, ó sea en 573.

Acontecimientos análogos abundan en las crónicas cristianas; y si no todos son tan claramente milagrosos como el de Apamea, siempre son maravillosos y rara vez deja de descubrirse en ellos el dedo de Dios. Citemos por vía de ejemplo lo acaecido en Augsburgo.

Hordas de ugros, que habían devastado gran parte de la Baviera, pusieron cerco á dicha ciudad el año 955. Udalrico, Obispo de ella, poniéndose al pecho una Cruz á manera de coraza, y seguido de todo su clero y del pueblo desarmado, salió de la ciudad y penetró con esta muchedumbre en las filas de los feroces ugros. Permanecieron éstos inmóviles, como si el brazo de Dios les contuviera, y el emperador Otón, cayendo sobre aquellas hordas audaces que prometían avasallarlo todo mientras el cielo no se desplomase ó no se hundiese la tierra, las destrozó como alimañas inmundas y cobardes.

No fué menos maravilloso ni de menores alcances sociales lo acaecido en Bayona el año 1451, antes bien reúne, como el suceso de Apamea, los caracteres de un verdadero milagro.

Duraba todavía la guerra de Carlos VII contra la invasión de los ingleses en Francia. Los Condes de Foix y de Dunois sitiaron á Bayona, defendida por una guarnición inglesa, la cual prolongaba su resistencia con gran tenacidad, aun después de haberse rendido el castillo. Un prodigio que apareció en los aires determinó, por fin, la rendición de la plaza. Era un poco después de salir el sol, en el momento en que los franceses tomaban posesión de la ciudadela, y estando el cielo sereno. Apareció en los aires, encima

de la ciudad, una Cruz luminosa, de claridad deslumbradora, y á la vista de todos permaneció durante una hora entera. Este fenómeno fué considerado por todos como señal cierta de que Dios se declaraba contra Inglaterra, y en consecuencia la ciudad de Bayona se rindió *in continenti* á las tropas francesas.

Un prodigio tan milagroso, que produjo tan fuerte impresión así en los ingleses para ser vencidos como en los franceses para vencer, no podía racionalmente ponerse en duda por los ausentes ni los venideros: sin embargo, el conde de Dunois juzgó conveniente dar fe de la verdad del hecho por medio de documento público, para que sirviese de monumento á las generaciones futuras; aquel documento subsiste aún y anda copiado en muchas historias.

No podemos menos de consagrar aquí dos palabras á la visión de Alfonso I de Portugal, hijo de Enrique de Borgoña, de la casa de Francia, y de Teresa de Castilla. Era Alfonso conde de Portugal desde 1112, y en 1139, con ocasión de la batalla que iba á librar en Urique con un ejército de moros inmensamente más numeroso que el suyo, fué advertido por un venerable anciano, cuya santidad hasta los musulmanes respetaban, que al día siguiente se le aparecería en los aires Jesús Crucificado prometiéndole la victoria. La visión predicha se verificó; prometióle el Señor que alcanzaría victoria y sería aclamado rey, y así sucedió puntualmente.

Este suceso era demasiado notable para que Camoens lo olvidase en su poema épico, y demasiado importante para que los historiadores de España ó Portugal no le consagrasen alguna página; mas quizá resistiría difícilmente un examen crítico, no teniendo otro fundamento que la palabra de un hombre, gran capitán, sí, y príncipe respetabilísimo, valiente y religioso, pero quizá víctima de una ilusión que tan fácilmente podían infundirle la excesiva tensión de su tempera-

mento y las justas inquietudes sobre el éxito de la batalla. Como quiera que sea, la promesa real ó ideal que se le hizo, no fué vana: ganó aquella batalla, y después otra y otras, hasta engrandecer sus estados con el Beira y la Extremadura. Aunque la aparición no fuera real, sus triunfos se debieron al poder de la Santa Cruz, que él invocaba en todos sus apuros.

Nos alargaríamos demasiado si hubiéramos de conceder algún espacio á la mención de otros acontecimientos semejantes. Nuestro intento principal, al referir los más señalados triunfos de la Santa Cruz, es confirmar la fe de nuestros lectores en el poder divino que por medio del Lábaro salvador desplega el Rey de Reyes en favor de sus ejércitos, y avivar su esperanza en el triunfo que los profetas, señaladamente San Francisco de Paula, anuncian al ejército español de los Crucíferos; triunfo que será incomparablemente mayor que el de los primitimos Crucíferos españoles organizados por Constantino Magno, pues aquéllos eran simples abanderados y éstos han de ser guerreros valerosísimos para dominar el mundo y rendirlo al pie de la Cruz.

Donde menos cabe ó más irracional es la incredulidad ó la duda acerca del divino poder de la Cruz en las batallas y conquistas de Religión y Patria, es en España, cuya incomparable epopeya es un continuo canto épico al Signo de nuestra Redención, que nuestros padres pasearon victoriosos de mundo en mundo y lo hicieron adorar de paganos y herejes, de bárbaros y cultos, de rudos y de sabios. Y cuando menos puede ponerse en duda la autenticidad de las indicadas profecías y la seguridad de la futura cruzada, es hoy, pues basta elevar los ojos á los montes como David, para comprender de dónde nos ha de venir el auxilio. ¿No dicen nada á los que saben filosofar, nada á los hombres de corazón, esas Cruces que por todas partes se levantan hoy en las cimas de los montes? Estamos en el si-

glo de la Cruz. Viene la hecatombe en castigo de nuestros pecados, y en seguida vienen las victorias de la Cruz y la paz de Dios.

¿No me creéis á mí? Creed á los hombres pensadores y previsores que lo afirman. ¿Tampoco á estos creéis? Pues creed á los profetas enviados por Dios para avisar al mundo. ¿Tampoco dais fe á los profetas? Dadla á la filosofía de la historia, dadla á la lógica de la Providencia; mirad lo que pasa y juzgad á dónde nos conduce. ¿Tampoco esto os merece un poco de atención? *¡¡In peccato vestro moriemini!!* Seguid, seguid avivando la cólera de Dios: no por eso dejaremos nosotros de esperar en Él, repitiendo las palabras davídicas que se leen en el *Tracto* del Domingo de Ramos, día en que seguimos emborronando estos desaliñados artículos:

«En tí esperaron nuestros padres, Señor, esperaron, y tú los libraste. A tí clamaron, y fueron puestos en salvo. Confiaron en tí, y no tuvieron por qué avergonzarse. Mas yo soy un gusano y no hombre, oprobio de los hombres y abyección de la plebe. Todos los que me miraban hacían mofa de mí, y meneaban burlescamente la cabeza diciendo: «A ver si Dios le libra, ya que en Dios espera: sálvele, ya que tanto le ama»! ¡Señor, salva de las astas de los unicornios mi pobre alma. ¡Oh vosotros, los que teméis al Señor! alabadle, glorificadle. Será contada como del Señor la generación venidera, y los cielos anunciarán su justicia al pueblo que ha de nacer, formado por el Señor».

X

Apariciones varias de la Cruz.

A la precedente brevísima descripción de las apariciones de la Santa Cruz con motivo de guerras religiosas, para dar el triunfo á los cristianos, es bueno siga la descripción, igualmente breve, de otras apariciones con que parece se propuso el Señor fines de